

Selección RNR

EL JEFE

ROMINA NARANJO



Romance Actual

Selección RNR

EL JEFE

ROMINA NARANJO



Romance Actual



EL JEFE

Romina Naranjo

1.^a edición: abril, 2015

© 2015 by Romina Naranjo

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona
(España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9365-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-104-5

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para el auténtico Jefe.

*Yo no te creé, pero aunque no lo sepas,
fuiste la inspiración de la que nació esta
historia.*

Gracias por lo que nos diste.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Agradecimientos

1

Cerré el coche con el mando electrónico y levanté la

vista para vislumbrar por entre los rayos del sol la torre

más alta del módulo de máxima seguridad, erigida como

una antigua fortificación. Parecía impenetrable y

daban

escalofríos solo de mirarla.

Respiré hondo, sosteniendo mi maletín con fuerza,
y a

paso ligero crucé el pequeño pasillo acristalado
que

separaba el garaje de la entrada principal.

A simple vista, la primera imagen de la Prisión
Caños

de Sal era austera, fría, atemorizante y,
probablemente,

esta era la realidad que se escondía tras aquellos
impenetrables muros.

Recordé las palabras de mi padre un segundo antes
de

cruzar la puerta giratoria que daba a la entrada enrejada.

Él creía que yo estaba loca. Lo mismo que pensó mi

madre. Lo mismo que dijeron mis amigos. Lo que le

pasaba a todo el mundo por la cabeza. No tenía que

demostrar nada, decían. Podía ejercer mi profesión en

cualquier otro lugar más acorde con el tipo de vida que

había tenido, con las expectativas que debía haberme

hecho conforme estudiaba la carrera.

Ser enfermera del centro de salud de un pueblo o

de

una ciudad acomodada, donde lo más grave que debiera

hacer durante mi turno fuera cogerle unos puntos a algún

niño travieso que se hubiera hecho daño jugando al fútbol.

Sin sobresaltos. Sin estrés. Sin emoción. Sin prestar

una ayuda significativa.

No obstante, yo estaba más que decidida. No había

estudiado enfermería para quedarme sentada en una silla

acolchada del área de urgencias de cualquier hospital. No.

Lo había hecho para ayudar a la gente, para sanarla. Para

ejercer donde realmente pudiera ser útil y se me necesitara. Por ese motivo me había ofrecido voluntaria

para prestar mis servicios médicos en la prisión. Por

vocación, y porque nadie más quería hacerlo.

Me retoqué la chaqueta azul oscura que llevaba a juego

con unos vaqueros pitillo y miré por el rabillo del ojo que

las manoletinas negras estuvieran limpias. Me eché la

coleta hacia atrás y anduve los pasos que me separaban de

la puerta. No habría vuelta atrás en cuanto la cruzara, y lo

hice con convicción.

El alguacil de la entrada me cacheó con profesionalidad, sin apenas dirigirme la palabra.

Comprobó mi identificación con mirada crítica y, pese a

mi temblorosa sonrisa, él no expresó ningún tipo de

emoción.

—Debe ser muy valiente para estar aquí —me dijo,

seco—, o muy tonta.

Ignoré su comentario y le seguí por el pasillo en total

mutismo. Los rayos polvorientos de sol, que se colaban

por los pequeños ventanucos enrejados, dibujaban sombras fantasmagóricas en el suelo gris y sucio.

El encargado metió una llave grande y desgastada en

una cerradura y pasó delante de mí, dejándome ver el

inicio de un pasillo estrecho compuesto, a ambos lados,

por un conjunto de celdas desde las que se oían voces,

algún que otro grito y demás sonidos que poco tenían de

agradables.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando empecé a

recorrerlo. De inmediato me llegaron todo tipo de «piropos» e improperios que me esforcé por no escuchar.

Lo había previsto. Estaba preparada para ello. No en

vano, estaba en una prisión masculina colmada de hombres que llevaban meses, años quizá, sin ver a una mujer.

Pero yo no era una mujer, recordé qué me había dicho

el encargado que me había hecho la entrevista al presentarme para el puesto. Era la enfermera de la

prisión, estaría allí para hacer mi trabajo y asistir al

doctor, nada más. No habría simpatías, trato cercano ni

conversaciones con los presos. Mi trabajo era puramente

médico, no social.

Con tales ideas en la cabeza, yo trataba de

concentrarme en proseguir mi camino. El alguacil me

repetía incansablemente las normas que ya me habían

dejado claras en cada paso dado desde la firma del

contrato y hasta ese momento.

—No les mire a la cara. No les dirija la palabra.

No

les haga preguntas. No se interese por nada que tenga que

ver con ellos. Limítese a hacer su trabajo —decía, como

si nada de todo aquello le importara lo más mínimo—, de

todo lo demás se encargará el doctor.

Asentí con la cabeza cuando aquel hombre frío y

cansado me miró, aguardando una respuesta.

Pareció

gustarle mi expresión, pues volvió su vista al frente. Sin

embargo, yo no pensaba cumplir semejantes premisas.

Esa no era mi forma de ser. Yo no podía limitarme a

ofrecer mis conocimientos médicos de forma automática y

robótica sin más, ignorando a las personas que tenía a mi

cuidado.

Porque eso es lo que eran: personas. Hombres. Errados

en su camino, tal vez, pero humanos al fin y al cabo.

Sonreí, yo siempre había logrado ver luz donde solo se

atisbaba oscuridad. Siempre conseguía encontrar algo

bueno en todo el mundo, fuese quién fuese.

¿Por qué ahora tendría que ser diferente?

Tras unos pocos pasos más, llegamos frente a una puerta blanca en la que podía leerse la palabra

«Enfermería». La crucé tras el alguacil, desilusionándome

un poco ante la primera visión que tuve de mi nuevo lugar

de trabajo.

Las camas estaban deshechas y amontonadas, los estantes desordenados, los cristales y el suelo sucios;

reinaba la oscuridad y el caos por todas partes y podía

respirarse un extraño hedor que, con toda seguridad, sería

cualquier cosa menos algo higiénico.

Lo primero que se me vino a la cabeza es que me aguardaban muchísimas horas de trabajo por delante:

limpieza, inventario, reorganización...

Todo ello sin contar con el hecho de que trabajaría casi

bajo tierra, con escasas opciones de ver el sol y respirar

aire puro, alejada y ajena al mundo real, casi como si yo

también estuviera presa. Tendría que encontrar momentos

en los que pudiera salir al menos al patio, estirar las

piernas, recordarme a mí misma que mi estado era de

libertad y que no estaba cumpliendo condena, sino ofreciendo un servicio.

Hacerme a la idea de la situación física en que iba a

encontrarme requeriría trabajo y esfuerzo por mi parte. Y

grandes dosis de calma y control mental.

Pero eso podía esperar al menos un día más. Lo

primordial, teniendo en cuenta la exagerada cantidad de

tiempo que llevaban los reos en ese penal sin atención

médica, era asegurarse de que todos y cada uno de

los

reclusos quedaban vacunados contra el virus de gripe que

amenazaba con azotar la ciudad. Era algo de primera

necesidad, pues de contar con un brote grave, dadas las

circunstancias de aquella sala médica, las consecuencias

podrían ser catastróficas.

Dejé el maletín sobre una mesa con cuidado. En él

estaban guardadas las jeringas, las agujas y las vacunas,

separadas en una pequeña neverita portátil. Ese era mi

primer cometido como enfermera de prisión.

—Estará sola como mucho un par de horas hasta que

llegue el médico —informó el alguacil.

—¿Estará usted presente mientras vacune a los presos?

—le pregunté.

El hombre asintió parcamente. Su gesto logró tranquilizarme, debo admitirlo. No es que les tuviera

miedo, pero tampoco podía confiarme en exceso. Después

de deambular un rato de un lado para otro viéndome pasar

un trapo por la mesa que había escogido para dejar

mis

cosas, abrir un par de ventanucos y reconocer los medios

con los que contaba, el alguacil se marchó sin ceremonia.

Me quedé sola una media hora, quizá cuarenta minutos,

los cuales aproveché para ventilar la enfermería y pasar

un trapo por las camillas que luego utilizaría en mi labor.

Saqué del maletín mi bata blanca, la alisé con la mano

y me la coloqué, sintiéndome de inmediato más cómoda y

relajada que minutos antes. Bien. Ya estaba ahí. El

primer

paso estaba dado, ahora solo quedaba esperar que todo

fuera a mejor.

El alguacil volvió a reunirse conmigo un poco más

tarde, trayendo consigo un dossier amarillento donde

figuraban los nombres de los presos a los que yo debía

atender. Aquel documento tenía pinta de ser una de las

pocas cosas que estaban actualizadas en aquel lugar.

Todavía no sabía mucho sobre la distribución

carcelaria pero, al parecer, los más conflictivos se

encontraban aislados en el módulo de máxima seguridad

cuyo acceso estaba permitido, en contadas ocasiones,

exclusivamente al médico.

Revisé la lista con esmero intentando ver algo que me

llamase la atención, tratando quizá de reconciliar los

nombres de aquellos hombres con personas de la calle, de

carne y hueso que, pese a estar privadas de libertad, no

dejaban de ser individuos que contaban con seres

queridos que les aguardaban. Me sentía concentrada hasta

el momento en que el funcionario me interrumpió.

—No se confie por el hecho de que no estén aquí los

asesinos —dijo con voz vacilante—. La mayoría son

fáciles de llevar, pero no todos.

Alcé la vista mirando con atención a aquel hombre que

asintió con la cabeza para corroborar sus palabras. Sentí

que quería advertirme de algo pero, o bien no se atrevía a

ello o no consideraba que yo lo mereciera.

—¿Sucede algo con alguno de los hombres de los que

me tendré que hacer cargo? —le pregunté con tacto —.

¿Algo que yo deba saber?

El alguacil miró a su espalda, hacia la puerta cerrada

de la enfermería, como verificando que nos hallábamos

solos, después dirigió sus ojos de nuevo hacia mí.

—Incluso aquí hay rangos, ¿entiende? —me explicó—.

Estas alimañas son la escoria de la sociedad. Son perros.

Pero hasta entre perros, siempre hay uno que es más fiero

que los otros.

—¿Se refiere a una especie de... líder? —tanteé,
con

más curiosidad que nerviosismo.

El funcionario asintió con la cabeza una sola vez.

—Corren rumores. Se oyen cosas. Se dicen

comentarios —continuó, bajando el tono—. Yo no
lo sé

con seguridad, no paso tanto tiempo cerca de ellos.
Solo

puedo decirle que vigile su espalda. Esto es muy
diferente

a cualquier otro trabajo que haya hecho.

Asentí con la cabeza, confundida. ¿Estaba
intentando

asustarme o tenían aquellas palabras algo de

veracidad?

¿Cómo esperaban conseguir ayuda si trataban de espantar

a la única persona que se había presentado voluntaria para

el puesto?

—¿Quién es? —le pregunté.

El alguacil dio un paso hacia mí, escrutando mi mirada,

quizá sorprendido de mi osadía. Negó con la cabeza. No

iba a darme esa información.

—Aquí se refieren a él como... *el Jefe*.

La conversación cesó en ese punto.

Con su actitud, el funcionario dejó claro que no pensaba abrir de nuevo la boca para tratar ese asunto ni cualquier otro.

Me dejó colocar la enfermería adecentando la camilla

central donde debían sentarse los reos en espera de su

dosis contra la gripe, sin hacerme ningún comentario más.

La información pululó por mi mente apenas unos minutos antes de centrarme en mis labores con los cinco

sentidos. Cuando todo estuvo listo, di el aviso y otro de

los encargados procedió a abrir las celdas en orden,

dejando que los presos accedieran a la improvisada sala

de espera antes de entrar a la consulta.

Estiré la bata con gestos mecánicos, aparté la coleta

hacia atrás y carraspeé. Comencé a llamar por sus nombres

y

apellidos

a

todos

los

reclusos.

Sorprendiéndome en muchas de las ocasiones.

Los nombres podrían haber pertenecido a cualquiera,

pero los aspectos de aquellos hombres a menudo, no les

hacían justicia. Muchos imponían respeto, otros temor,

lástima o preocupación. Los estados en que se encontraban variaban mucho, yendo desde la práctica

desnutrición, a consecuencia del sufrimiento o el arrepentimiento por su estado actual, a la vigorexia como

fruto de fuertes y duros entrenamientos. Algunos

estaban

aseados, en tanto que otros parecían provenir de un

basurero. Había dientes carcomidos, brazos tatuados y

caras con cicatrices.

Lo único que parecían tener en común era que, al entrar

a la enfermería, sonreían y lanzaban comentarios

mordaces que pretendían ser sarcásticos o simpáticos.

Como aquella era una actitud que esperaba, yo me

limitaba a dar los buenos días y a explicar el

procedimiento a seguir en cuanto a la inyección. El

funcionario no se separaba de mi lado,
haciéndome señas

cada vez que yo hablaba más de lo necesario.

Por lo visto, mis instrucciones debían ser clavar
las

agujas con la mirada puesta en el suelo y luego
darles la

espalda a la espera de que se marcharan. Aunque
en

alguna ocasión me sentí tentada a hacerlo, seguí
adelante

con las explicaciones y los tratos correctos, a
pesar de la

incomodidad que algunas groserías me
provocaban.

Cuando cruzaban la puerta saliendo al pasillo y

con

toda probabilidad rumbo a sus celdas, yo podía oírlos

hacer comentarios a sus compañeros, entre risotadas y

bromas fuera de tono.

«Joder con la enfermerita, por esa me dejaba yo poner

hasta la inyección letal.»

«Me quedan tres años y doce días, ¿crees que me esperará?»

«Yo sí que se la clavaba a ella, pero sin que se quite la

bata.»

Aunque el alguacil hizo sonar su porra contra la
puerta

abierta para llamar al orden, yo decidí hacer oídos
sordos

a los comentarios. Me habían entrevistado en las
dependencias carcelarias tres veces antes de
confirmarme

que tenía el trabajo, y en dos de las ocasiones tuve
que

cruzar un pasillo con celdas a ambos lados. Había
oído

cosas mucho peores, y no solo insultos, también
lamentos

y ruegos.

Las voces de los hombres siguieron como telón de

fondo mientras yo tiraba el último par de guantes usado y

consultaba la cantidad de dosis que me quedaba en la

nevera portátil. No obstante, en un momento determinado,

la última celda quedó abierta, y pronto, los murmullos de

la salita contigua se extinguieron por completo.

—¿Ya ha terminado, verdad? —me preguntó el alguacil

con brusquedad.

—No, aún queda uno —contesté, haciendo memoria y

recordando mis notas.

—Es tarde. Puede dejarlo para otro momento. Dé
el

aviso y que vuelvan todos a sus catres —insistió,
con un

extraño nerviosismo—. Si han aguantado tanto
tiempo sin

morirse de un catarro, no va a pasarles nada por
una

noche más.

Con mirada serena, preparé la dosis pertinente y
sostuve en mis manos el algodón impregnado en
alcohol.

Ya me había puesto el par de guantes limpios y
miraba

alternativamente al alguacil, la silla vacía y la
puerta que

daba a la silenciosa sala de espera. Si pensaba que en mi

primer día iba a caer en mala praxis ignorando a uno de

los presos cuando mis órdenes claras habían sido vacunarlos a todos, es que aquel hombre no sabía con

quién estaba tratando.

—No lo puedo dar por terminado, le he dicho que falta

uno.

En vista de que el hombre parecía petrificado, dejé el

instrumental sobre la bandeja plateada y volví a la mesa,

recogiendo la lista y consultándola. Leí el nombre
y lo

memoricé durante unos segundos, antes de levantar
la voz

y mirar hacia fuera, esperando que del otro lado se
me

oyese con claridad.

—Hugo Fernández —anuncié.

Sorprendida, fui consciente de que el alguacil
había

dado varios pasos atrás hasta caer sentado sobre
la silla

que había usado para inyectar a los presos, como
si de

pronto las fuerzas le hubieran abandonado. Me
miró como

si acabara de decidir que yo era un caso perdido.

De la sala contigua no llegó el mínimo sonido,
¿pero

qué demonios pasaba? Si aquello era algún tipo de
broma

o novatada no estaba dispuesta a caer en el juego.
Mi

trabajo era serio, y de llevarlo a cabo de forma
correcta

dependía la salud de unas personas cuyas
circunstancias

eran ya lo bastante precarias como para además
añadir

alguna enfermedad contagiosa, por leve que esta
pudiera

ser.

Con voz clara, repetí la llamada.

El silencio de fuera se hizo aún más denso a medida

que unas pisadas se aproximaron a la puerta. Me giré de

espaldas, cogiendo la última jeringa y el botecito con la

dosis, midiéndola con pulcritud. Una vez la inyección

estuvo lista para ser usada, cogí el algodón humedecido

en alcohol y me puse de frente.

Entonces, él entró.

2

El hombre que cruzó la puerta era el más apuesto

que

había visto en mi vida hasta ese preciso momento.

Sentí como si el aire hubiese abandonado mis

pulmones y tuve la sensación de que la habitación se hacía

cada vez más pequeña ante su imponente presencia.

Era más alto que los demás y estaba mejor formado.

Sus desgastados pantalones vaqueros azules no disminuían

el largo de sus piernas.

Llevaba el negro pelo semilargo y engominado hacia

atrás y su masculino corte de cara estaba

aderezado por

una cuidada barba de cuatro días.

Mostraba la cabeza alta en una clara posición dominante.

Salí de detrás del biombo justo a tiempo para apreciar

algo insólito: el alguacil que se había dejado caer en el

asiento minutos antes, se puso en pie en cuanto vio entrar

a aquel misterioso hombre, dejándole libre la silla en la

que yo les había estado pinchando. Sin mediar palabra, el

recluso giró sobre sus talones y se aproximó en

silencio.

Un tanto nerviosa, pues el alguacil había enmudecido,

me acerqué hasta mi nuevo paciente, que clavó sus negros

ojos en mí.

Su mirada desprendía tanto poder que sentí calor de

inmediato. Se sentó en la silla, con las piernas abiertas, y

se desabrochó la chaqueta mostrándome uno de sus bíceps.

—Hola —saludé con torpeza—, soy... la nueva... la

nueva enfermera.

—Hola —respondió—, yo soy Hugo.

Su sonrisa socarrona se borró cuando apreció el tamaño de la jeringuilla. Le temblaron un poco los labios.

Respiró hondo, evitando mirar el objeto directamente.

—No te preocupes, solo será un pinchacito de nada,

como un pequeño pellizco —expliqué.

Dejé la inyección sobre una bandejita plateada que tenía a mi lado y tomé entre mis manos un algodón

empapado en alcohol para desinfectar la parte donde

pensaba vacunar. Lo pasé despacio por el brazo de Hugo

que no cesaba de mirarme.

—No te dolerá —insistí.

—Estoy seguro —concedió con su fuerte voz
varonil

—. Con esas manos tan suaves, será la mejor
inyección

que me han puesto nunca.

Me sonrojé, lo que hizo que su sonrisa se
incrementara.

No obstante, el funcionario, que se había
mantenido en un

discreto segundo plano hasta ese momento, dio un
paso al

frente.

—Mantén la boca cerrada, Fernández —escupió,

intentando alzar la voz.

Hugo giró la cabeza hacia él, regalándole una mirada que

incluso a mí, que no tenía sus ojos enfrente, logró escandalizarme.

El alguacil tragó saliva, volviendo a apartarse en silencio.

—¿Y qué hace una princesa como tú en un infierno como este? —preguntó Hugo.

—Pues... sanar heridas —expliqué, destapando la jeringuilla—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Hugo echó un poco la cabeza hacia atrás, haciéndose el

interesante. Se lo pensó un momento antes de responder,

con chulería.

—Colmenar me parecía demasiado frío. Esto es más

acogedor. Con un aire... familiar.

Me reí sin poderlo evitar, negando con la cabeza.

Bueno, sería un recluso con aspecto serio y peligroso,

pero nadie podía acusarle de no tener sentido del humor.

Llevé mi mano a su brazo, buscando un músculo en el

que poder inyectar la vacuna. Noté en las yemas de los

dedos lo suave que era su piel y también advertí cómo su

vello se erizaba. Tenía los brazos fuertes y duros como

rocas.

—Relaja los músculos o no podré pincharte — pedí, un

tanto avergonzada.

—Aquí no resulta fácil relajarse, ¿sabes?

—Ya... sí, bueno... mucha medicina alrededor.

Hugo mostró de nuevo su sonrisa, dejándome claro que

no era eso a lo que se refería. Aun así, respiró hondo y

pareció quedarse más tranquilo, momento que yo

aproveché para clavar la aguja.

Apenas hizo ningún gesto de dolor, prosiguió ahí,
firme

y callado, con sus ojos fijos en todos y cada uno
de los

movimientos que yo hacía, alterándome los
nervios.

—Bien, ya está. Has sido muy valiente —me
permití

bromear.

—¿Ya? —se quejó él—. ¿Tan rápido me vas a
echar?

¡Vaya! Y yo que pensaba que estaba en mi día de
suerte.

Le sonreí, anotando en mi planilla que todos los

reclusos ya habían sido tratados. Él se levantó, sosteniendo la chaqueta con la mano libre. Le observé de

rejo, me parecía aún más alto que hacía unos instantes.

—Bueno, será cuestión de romperse algún hueso para

tener un segundo encuentro, ¿no?

Le miré atónita. Él tan solo se encogió de hombros, no

aclarándome si sería o no capaz de semejante barbaridad,

aunque yo suponía que sí.

Se dirigió hacia la puerta de la enfermería, ante la atenta mirada del alguacil, que parecía esperar su

marcha

con desazón y nerviosismo. Pero antes de salir,
Hugo

volvió a mirarme de arriba abajo y con una
consistente

dosis de descaro.

—Muchas gracias por todo —dijo—. Han sido
unos

minutos de gloria.

Y sin más, se fue.

De nuevo me sentí enrojecer, por lo que bajé la
cabeza

simulando centrarme en mis anotaciones. Los
pasos

apresurados

del

alguacil

me

sacaron

de

mi

ensimismamiento. Se posicionó ante mí, fuera de sí.

—¡No está en sus cabales! —me espetó.

—¿Disculpe?

—¡No durará ni un asalto aquí! —continuó

increpándome.

—¿Puede saberse a qué viene todo eso? —le

pregunté,

molesta con su actitud.

—No podía hacer caso a lo que se le había dicho, ¿verdad? No podía acatar las órdenes y limitarse a ponerles el veneno ese en el cuerpo a estos animales, no, claro que no. La señorita tiene sus propias ideas.

—Perdone, pero en primer lugar no es veneno lo que

les he inyectado, sino una sustancia vitamínica utilizada

para prevenir el virus de la gripe y segundo...

—Tenía que hacerse amiga de lo peor de esta cárcel,

¿verdad? —prosiguió, logrando confundirme—.

¡Menudo

ojo clínico el suyo, doctora!

—Es enfermera —corregí.

—¡Como sea! —Respiró hondo—. Escúcheme con atención por su propio bien, porque no pienso repetírselo.

No se acerque a ese hombre. ¿Lo entiende? Es peligroso.

Muy peligroso. Evítelo y no se busque problemas.

El funcionario caminó nervioso hacia la puerta, pasándose la mano por el cuello, como si le doliese una

contractura muscular. Abrió la puerta antes de dedicarme

una sola frase más.

—Seguramente el médico llegará esta tarde. No se le

ocurra moverse de aquí hasta entonces. Cierre la puerta y

no salga.

3

En efecto, tal y como había previsto el alguacil, sobre

las seis de la tarde el médico hizo su incursión en la

enfermería.

Vistiendo pantalones beige, polo azulado y con la bata

pulcramente abrochada, me sonrió mostrando sus

blancos

dientes y haciéndome una ligera inclinación de cabeza sin

ni siquiera despeinarse.

—Soy Mario Carvajal —anunció—. Médico de día y

superhéroe de noche.

Ante su tono serio y franco, no pude por menos que

echarme a reír, asintiendo con la cabeza ante su inusual

presentación.

—Encantada —le dije, estrechándole la mano.

Dejando el maletín sobre la mesa, volvió a sonreírme.

Me di cuenta de que observaba con cuidado todo lo que

yo había hecho en apenas unas horas, la estancia lucía más

limpia a simple vista.

También noté que aquel hombre no debía tener muchos

años más que yo.

—Por lo que veo, estoy de suerte. No solo me han traído una ayudante, sino que además es una florecilla —

recalcó, con retintín—. ¿Te han dicho ya lo loca que estás

por haber venido?

—Un par de veces —reconocí, no muy contenta

con el

término «florequilla».

—No voy a decirte que es la mejor decisión que has

tomado en tu vida, porque te mentiría. Pero no debes

preocuparte en exceso, a nosotros los reos nos respetan

bastante, saben que somos los únicos que pueden proveerles medicinas y recomponerles cuando se rompen

alguna extremidad.

—Lo sé. Estoy tranquila, no se preocupe, doctor.

—¡Por favor! Llámame Mario —declaró, sonriendo—.

Después de todo vamos a pasar muchas horas juntos, ¿no?

Debemos llevarnos bien.

Afirmé, pensando que Mario tenía toda la razón.
Me

sentía un tanto más segura con su presencia, al menos ya

no estaba sola o con el alguacil cuyas caras largas e

inmensos ratos de mutismo empezaban a desesperarme

seriamente.

—Me han comentado que ya has vacunado a todos los

presos —dijo.

—Así es. Esta misma mañana.

—¿Ha habido algún problema? ¿Ha ido todo bien?

—Todo muy bien, apenas se han quejado del dolor

—
comenté, risueña.

—Lamento que tuvieras que hacerlo a solas con el

alguacil. Debería haber estado también el
encargado para

evitar problemas.

—No hubo problema alguno —repetí.

Mario asintió, dándome la razón.

—Si hay algo que necesites saber o alguna
pregunta

que quieras hacerme... —ofreció, poco después.

Me mordí la lengua forzando a todos mis músculos a

callar, pero me fue imposible. La curiosidad no hacía más

que bullir en mi interior, como si de una potente olla a

presión se tratara.

—En realidad... sí hay algo que quiero saber —
tanteé

—. Algo sobre uno de los reclusos.

—Si necesitas sus historiales, alergias y demás, las
las

tengo en este armario. Te haré una copia de la
llave para

que puedas acceder a él sin problema.

—No, quiero decir, sí, sí, naturalmente eso es algo que

necesito, pero... mi cuestión era algo más... específica.

Sobre uno de los reclusos en... particular.

Mario se cruzó de brazos, sentándose sobre la mesa y

mirándome con el semblante relajado, aguardando la

pregunta. Respiré hondo, decidida.

—¿Qué puede decirme sobre Hugo Fernández? —
solté.

La media sonrisa del médico se borró de inmediato

dando paso a una molesta mueca y una

desagradable caída

de ojos. Supuse que el tema en cuestión no era en absoluto

de su agrado.

—¿Fernández? —repitió—. ¿Y qué quieres saber sobre eso?

Abrí mucho los ojos, sorprendida. ¿Había dicho «eso»? Teniendo en cuenta que hablábamos de una persona, ¿el término correcto no debería haber sido

«ese»?

—El asunto es... —comencé—, que nadie me ha comentado nada al respecto y... la actitud del alguacil

cuando le vio fue... bastante... reservada.

—Una actitud bastante lógica, en mi opinión —
cortó

Mario.

Le miré esperando una explicación. Resultaba
notable

que la relación entre Hugo y Mario no era
excesivamente

cordial.

—Escucha... no sé mucho acerca de ese...
delincuente.

Ni tengo el menor interés. Trato de evitarle la
mayor parte

del tiempo y, por fortuna, él hace lo mismo con
esta área,

así que no debes preocuparte.

—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Por qué está aquí? —
continué insistiendo.

—Bueno, como ya te he dicho, no estoy muy al
corriente sobre su brillante trayectoria carcelaria
pero,
estando entre rejas, supongo que eres capaz de
comprender que no le han encerrado por ser
precisamente
un buen cristiano.

Mario parecía airado, gesticulaba con las manos,
quizá
confuso ante mi repentino interés, o sin
comprender el

motivo por el cual yo podría querer perder mi tiempo

hablando de algo que él consideraba «escoria».

—¿Tan peligroso es? —cuestioné, con un hilo de voz.

—Se oyen cosas, comentarios... —dijo Mario—.

Dicen por ahí que una vez Fernández le rompió los dos

brazos a otro recluso de un solo golpe y que después se

puso a fumar a su lado, echándole la ceniza encima,

mientras el pobre diablo, tirado en el suelo, aullaba de

dolor.

Me llevé las manos a la boca, ahogando un suspiro de

incredulidad.

—¿Responde eso a tu pregunta?

Mario se bajó de la mesa, abrió su maletín y comenzó a

ordenar sus cosas, en apariencia ajeno al profundo estado

de estupor en el que me había dejado con su relato. Sin

embargo, volvió a mirarme algo más afable y se sintió

animado para regalarme un último consejo.

—Lo único que tienes que hacer es permanecer aquí,

tratar de no quedarte sola y hacer tu trabajo sin mayor

preocupación. No tiene por qué ocurrir nada. Pero por si

acaso, evita todo lo que puedas cualquier roce o encuentro

con ese hombre. Como si no existiera para ti.

Asentí, sentándome en mi mesa y revisando los informes del cajón, tratando de concentrarme.

Bien. Si lo que pretendían, tanto Mario como el alguacil, con sus comentarios y expresiones era asustarme

o mantenerme distante, se habían equivocado de táctica.

Lo único que habían conseguido con sus insidiosas

frases

era incrementar mi curiosidad.

Había algo en ese hombre, Hugo Fernández, oculto y

misterioso que hacía que todo y todos quisieran

mantenerlo apartado. ¿Sería verdad todo eso que contaban

de él? ¿Qué crimen tan horrible podía haber cometido

para ganarse semejante fama?

No sabía por qué pero, cuánto más me ordenaban que

ignorase su existencia, más crecía en mi interior la

imperiosa necesidad de satisfacer mi ansiedad de

conocimiento respecto a él.

4

Comprobé al día siguiente que el menú de la cantina de

la cárcel distaba mucho de ser similar a cualquier otro

que hubiese probado en mi vida.

La comida no era mala, pero no podía disfrutar de ella

con plena tranquilidad. En aquel lugar estaba prohibido

bajar la guardia por cualquier circunstancia. La debilidad

podría ser fatal.

Mi segundo día laboral como enferma en el penal

había

empezado más o menos bien. Después de una noche en mi

piso, en la que no había hecho otra cosa que no fuera dar

vueltas en la cama, me había levantado con el alba para

llegar a mi hora.

Mario apareció al menos cincuenta minutos más tarde.

No le importaba hacer esperar a los reclusos.

Ahora me encontraba allí, en el reservado del comedor, con él, algunos alguaciles y encargados. Si

estiraba un poco el cuello levantando bien la

cabeza,

podía vislumbrar las siluetas algo alejadas de los presos

que comían y hablaban en el otro lado.

Dejé el tenedor sobre el plato, que aún permanecía casi lleno, y me puse en pie alisándome las arrugas de la

bata. De inmediato, me gané las miradas curiosas de mis

compañeros de mesa.

—Tengo que hacer el reconocimiento posterior a la

vacunación para asegurarme de que no ha habido efectos

secundarios

—expliqué

de

modo

profesional—.

Aprovechando que los reclusos están reunidos, me parece

que este es un buen momento.

Identifiqué la mirada sobrecogida del alguacil que me

había acompañado el primer día, y cuyo nombre aún

desconocía, así como las expresiones de burla y risa que

mantenían los guardias.

—No es necesario que hagas semejante cosa y mucho

menos sola —determinó Mario.

—Es necesario —repliqué—. Si ha habido reacción,

tendrá que ser tratada, o de lo contrario podría empeorar.

—¡Oh, sí! Los reos pueden tener escalofríos y dolor de

barriga, ¡qué gran pérdida! —se burló uno de los guardias, estallando en desagradables carcajadas.

—Creí que se me había contratado para llevar a cabo

mi trabajo, ¿no? Pues eso mismo es lo que estoy haciendo.

Mario se puso en pie mirándome con mucha severidad

pese a su juventud.

—Si insistes en que deben ser observados, lo haré yo.

Llevo más tiempo aquí y sabré cómo tratarlos.

—Te agradezco la oferta Mario, pero dado que fui yo

la que les vacunó... debo ser yo la que les revise.

Me di la vuelta y salí del reservado a grandes zancadas, sin mirar atrás, para evitar que de nuevo intentaran detenerme.

No obstante, a mis oídos llegaron claros algunos improperios que los allí reunidos lanzaron contra

mi

persona tachándome de loca, malagradecida,
inmadura y

quién sabe cuántas tonterías más.

Sujeté la planilla con fuerza y destapé un bolígrafo
caminando rumbo al comedor de los reclusos.
Solo debía

pasear por entre las mesas sin acercarme mucho,
asegurándome de que todos se encontraban en buen
estado.

Pero era más complicado de lo que podía parecer.

En cuanto advirtieron mis pisadas, dirigieron sus
ávidos ojos hacia mí haciéndose señas unos a
otros,

comentando en voz alta sus apreciaciones u opiniones, e

incluso poniéndose en pie para verme mejor.

«¿Qué haces tan solita, guapa? ¿Te has perdido?»

«Ven aquí, que esta vez la inyección te la voy a poner

yo.»

Se rieron las gracias unos a otros alzando la voz y

desviando sus comentarios a ámbitos cada vez más

íntimos y personales. Sentí que empezaba a enrojecer y a

sentirme mal, y cuando estaba a punto de darme la vuelta

para salir corriendo, algo sucedió.

En medio del alboroto causado por las voces,
gritos,

palmadas y silbidos de los reos, de repente, del
lado

opuesto del comedor, se oyó el fuerte choque que
produce

una mano abierta sobre la superficie plana de la
mesa,

retumbando en la estancia con poder.

Al instante, los reos callaron. El silencio se hizo
denso

y profundo e incluso yo permanecí muda, tras
haber dado

un pequeño salto fruto de la impresión y el susto
que me

había causado el sonido.

Giré la vista para comprobar qué o quién lo había producido y me encontré directamente con la imperturbable e imponente presencia de Hugo.

Estaba sentado solo, en la mesa más apartada de toda

la cantina, con la mano extendida aún sobre el tablón de

madera. Miraba a los reclusos, pero ninguno le devolvió

el gesto.

Caminé hacia él sin ser apenas consciente del rumbo

que tomaban mis piernas. Lo notó, pues alzó la mirada

hasta dar con mis ojos. Sonrió suavemente,

cruzándose de

brazos y esperando a que me acercara más.

Me paré a un par de metros, guardando una
distancia

prudencial.

—Buenos días —dije, mirando la planilla.

—Hola, no esperaba tener la suerte de volver a
verte

tan pronto —contestó.

—Lamento molestar, solo quería saber si has
notado

algún tipo de efecto secundario por la vacuna:
sudores

fríos, malestar, décimas de fiebre...

Hugo se pasó una mano por la barba, meditándolo a conciencia.

—Pues ahora que lo dices... sí, sí que me he notado un tanto... febril, justo en este momento, pero creo que tiene más que ver con tu presencia que con la inyección. Levanté la mirada y él me guiñó un ojo, haciéndome enrojecer.

—Bueno pues... si te encuentras sano... nada más. Hasta luego.

—¿Ya te vas? —preguntó con interés—. Esperaba que

pudiésemos... charlar un rato. Aquí no abundan las conversaciones interesantes. Bueno, de hecho, apenas existe alguna conversación.

Le miré dubitativa y dirigí mis ojos a la entrada del

reservado donde aún debían encontrarse los demás. Sin

querer, las palabras de Mario volaron a mi memoria,

alterando mi sistema nervioso aún más de lo que ya lo

estaba.

«Dicen por ahí que una vez Fernández le rompió los

dos brazos a otro recluso de un solo golpe y que después

se puso a fumar a su lado, echándole la ceniza encima,

mientras el pobre diablo, tirado en el suelo, aullaba de

dolor».

Hugo proseguía mirándome y supe que había notado

que yo me estaba retrayendo. Incluso di unos pasos hacia

atrás, pero no me hizo ningún comentario.

—Lo siento, no... no puedo. No me permiten estar en

esta zona, tengo que irme ya o podrían despedirme.

—Entiendo —respondió con una suave mueca.

Me di la vuelta y caminé rumbo a la salida,
sintiéndome extraña. ¿Hacía lo correcto? Después
de
todo, apenas llevaba dos días ahí, y si todos creían
que
debía alejarme de Hugo, quizá eso fuera lo más
inteligente.

Mis pensamientos se vieron turbados cuando
advertí
que frente a mí, e impidiéndome el paso, se
encontraba
uno de los reclusos que me habían increpado antes
con sus
palabras.

Sonrió de una forma tan desagradable que me heló la sangre.

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotros, encanto? ¿Qué pasa? ¿Hoy no nos pones otra inyección?

Porque yo estoy enfermo, ¿sabes? Y estoy seguro de que podrías curarme.

Alzó su mano, grande y encallecida hasta mí, que me había quedado helada. Intenté esquivarle y proseguir mi camino, pero me lo impidió.

—¿Qué? ¿Te crees muy buena para estar entre

nosotros? ¿O piensas que deberíamos darte algo a cambio

de tus... servicios?

El hombre rio de forma grotesca durante apenas un segundo, después, abrió desmesuradamente los ojos y

escondió la mano con la que había intentado tocarme.

Me di la vuelta, advirtiéndole a qué se debía el repentino

retroceso del reo. No pude evitar quedarme sorprendida.

Hugo se había levantado de su asiento y había andado

hacia nosotros colocándose protectoramente a mi lado y

mirando sin pestañear al preso, que no se movía.

—Como no te quites de en medio y dejes a la señorita

proseguir su camino, me van a condenar a perpetua,

porque pienso romperte hasta el último hueso que tengas

en el cuerpo. ¿Entendido?

Le miré impresionada. Ni siquiera había subido el tono

de voz ni cambiado de expresión. No le hacía falta. Nadie

se atrevía a intervenir. Cuando Hugo Fernández hablaba,

se acataba.

—Vale, vale, tranquilo, jefe —dijo mi atacante,
alzando las manos en son de paz.

—Ni jefe ni hostias, ¿está entendido o te lo tengo
que
repetir?

—Entendido —coincidió el tipo.

Hugo asintió y con un claro movimiento de su
cabeza le

indicó al otro que se esfumase. Después, me
agarró de la

muñeca y, abriéndose paso entre las mesas, me
sacó de

allí rumbo a la enfermería.

Seguí las grandes zancadas de Hugo con cierta dificultad, sintiendo el calor de sus dedos cerrados en el dorso de mi mano. Me condujo en total silencio por el pasillo anexo a la cafetería, hasta que la desgastada puerta de la enfermería apareció frente a nosotros. Me miró severamente a los ojos, con la barbilla muy alta. Observé que llevaba una camiseta negra bajo su jersey a rayas, y que su pelo, siempre pulcramente engominado, estaba un tanto ahuecado por los lados como

si acabase de levantarse después de echar la siesta.

El análisis que estaba haciendo de su persona se vio

truncado cuando la rudeza de su voz acabó con el molesto

silencio que nos había estado envolviendo.

—No sé qué te has pensado, pero esto no es una guardería, ni tampoco el hospital del pueblo. Es un penal.

Y es peligroso. Esos tíos te rajan la garganta con la misma

navaja con la que luego pelan las naranjas, ¿lo comprendes?

Asentí nerviosa, impactada ante su violenta forma

de

hacerme ver la realidad. Él pareció notar que se había

excedido, pues suspiró en voz alta y me soltó con cuidado

la muñeca, sin cesar de mirarme, esta vez con más calma.

—No deberías tener tantas atenciones con los presos,

esto no es ningún juego, podrías llevarte un buen susto.

—Ya... claro... gracias —titubeé con torpeza, dando

un paso hacia atrás cuando me vi «liberada».

—No tienes que agradecerme nada —cortó Hugo,

apreciando mi gesto—. Escucha, por mí no tienes que

preocuparte, ¿de acuerdo? Sé que suena muy típico decirlo, pero puedes confiar en mí.

Le miré, confusa y sobrecogida. ¿Acaso se estaba ofreciendo voluntario para protegerme? Me extrañó, pero

lo cierto es que en esos momentos la información que

tenía de él me parecía del todo fuera de lugar. ¿Realmente

aquel hombre era tan malvado como pretendían hacerme

creer?

—Parece que a ti... te respetan —tanteé.

—En un sitio como este, o te haces respetar, o te comen

vivo —respondió, cruzando los brazos a su espalda.

—Intentaré recordarlo —susurré, ahogando un suspiro.

Él sonrió y me guiñó un ojo, logrando que enrojeciera

otra vez.

—Bueno yo... tengo... tengo que volver al trabajo
—

balbuceé, girándome un poco hacia la puerta.

Hugo asintió, rascándose la barba como si no estuviera

muy seguro de lo que debía hacer él en ese momento.

—Ve con cuidado, no lo olvides —me repitió.

Asentí, agradeciéndole el gesto con una suave
sonrisa

que él compartió.

Sin embargo, el momento se vio roto por Mario
que

venía corriendo por el pasillo, con la bata
ondeando por

la corriente que él mismo creaba con sus prisas,
hasta

situarse justo frente a mí.

—¡Te lo advertí, te dije que no debías hacerlo! —
me

acusó, cogiéndome de las manos—. ¿Estás bien?
¿Te ha

pasado algo? ¡Debiste haber hecho caso!

—Me encuentro perfectamente, Mario —le dije en voz

alta, para acallar sus protestas—. Solo hubo un

pequeño... intento de amotinamiento, pero como verás, no

ocurrió nada.

Me observó con cuidado las manos y la cara, quizá

esperando encontrar algo que rebatiera mis palabras,

intenté volver a hablar, pero entonces advertí que las

atenciones del doctor Carvajal ya no estaban en mí.

Me había soltado y, tras colocarse posesivamente

frente a mí, miró a Hugo con los brazos cruzados y una

expresión de completa repulsión en el rostro.

—Debí suponerlo —escupió, con coraje—.
Cuando

huele a cloaca, siempre hay ratas merodeando.

—¡Mario! —me quejé, escandalizada ante
semejante

trato.

—Debí haber imaginado que en medio del
conflicto

estarías metido tú, Fernández —acusó—. ¿Quién
si no?

—¡Eso no es cierto, él solo...!

—No vuelvas a acercarte —ordenó Mario,

cortando

mi defensa—, o daré parte al alguacil para que des
con tus

huesos en la celda de castigo durante un buen
tiempo.

Abrí la boca, impresionada ante semejante
acusación.

Mario daba por hecho que Hugo había tenido la
culpa del

desbarajuste en el que yo me había visto
involucrada,

cuando él ni siquiera había estado presente para

comprobar que Hugo, en realidad, lo único que
había

hecho era prestarme su ayuda.

Quise volver a decir algo, pero me impactó comprobar

que Hugo, lejos de sentirse humillado o vejado, se limitó

a dar un paso al frente, intimidando a Mario con su espigada estatura y su moreno rostro curvado en una

irónica sonrisa.

—Por lo menos yo estaba ahí para socorrer a la señorita, ¿dónde estabas tú?

Los ojos de Mario brillaron de rabia tras recibir el último dardo envenenado de Hugo, que incrementó su

sonrisa cuando me miró, solo un instante antes de darse la

vuelta y marcharse por el oscuro pasillo sin decir una sola

palabra más.

Cuando volvimos a la enfermería unos minutos

después, el humor de mi compañero no parecía haber

mejorado mucho, y el mío tampoco.

No me había gustado la manera en la que había

acusado a Hugo de hechos que no había cometido, y lo

cierto es que empezaba a sentirme culpable de ello, pues

si yo hubiera obedecido y no hubiese acudido a revisar a

los presos, tan desagradable incidente no habría

ocurrido.

—Solo hacía mi trabajo —le dije poco después.

—Lo sé —concedió Mario—. No es culpa tuya que ese

animal aproveche la mínima oportunidad para crear un

problema.

—¡Él no tuvo nada que ver! —contesté, más alto de lo

que habría querido—. Los demás reclusos se pusieron un

tanto alterados y Fernández se acercó para calmar los

ánimos.

Mario negó con la cabeza, con una sonrisa

calmada en

el rostro que ni siquiera yo comprendí a qué venía.
Me

había esforzado en explicar lo sucedido tal y como
había

pasado, pero al parecer, el buen doctor prefería
seguir

encerrado en su propia opinión.

—No te preocupes. Comprendo que quieras
exculparlo

por temor a las represalias. Es normal que le
tengas

miedo, pero te aseguro que no te hará daño.

—Ya sé que no me hará daño —espeté con
frialdad.

—Por supuesto que no. Mientras permanezcas aquí,

cerca de mí, no te pasará nada malo.

Sentándome en mi mesa y respirando hondo, negué con

la cabeza incrédula ante todo lo que había pasado.

¿Esa

era la visión que Mario tenía de mí? ¿Acaso pensaba que

yo necesitaba un hombre que me cuidase?

Bajé la vista a mi cuaderno de anotaciones y recordé

cómo Hugo se había enfrentado a todos aquellos

malhechores llevándome cogida de su mano hasta un lugar

seguro, sin que ni siquiera le temblase la voz.

¿Por qué no me molestaba la actitud protectora de Hugo pero sí la de Mario?

Sacudí la cabeza. Mario había sido injusto y cruel. Me

caía bien. Me había caído bien hasta el instante en que se

había predispuesto a enjuiciar a la gente sin pruebas. Sí,

eso era. Esa era la explicación.

Me acerqué a la máquina que había en un lado de la

sala y saqué un café. Aquella noche me esperaba guardia y

pretendía mantenerme despierta.

Me habían informado de que las guardias nocturnas en

la enfermería resultaban tranquilas, ya que casi nunca

había nada. Sin embargo, estaba a punto de comprobar

cuán equivocada estaba esa información.

6

Eran apenas las once de la noche cuando me vi

obligada a levantar la cabeza de las anotaciones que había

estado llevando, sentada en mi despacho, al oír unas

extrañas pisadas que se acercaban por el corredor contiguo.

Agudicé el oído, sujetando el bolígrafo con fuerza entre mis dedos, a la expectativa de qué ocurriría cuando

la puerta se abriese, lo cual sucedió apenas unos segundos

después.

Nada más ver la figura alta que cruzó el umbral me puse de pie de un salto, con los ojos muy abiertos y

dejando caer el bolígrafo sobre el escritorio mientras

caminaba a trompicones hacia la entrada.

Ante mí se encontraba Hugo, bastante más pálido de lo

habitual. Me miró durante un segundo, volviendo a

bajar

su vista un tanto mareado. Dirigí mis ojos hacia donde se

encontraban los suyos y el corazón me dio un vuelco.

—¡Dios mío! ¿Pero qué te ha pasado?

Llevaba la mano derecha envuelta en un trapo que en

algún momento debía haber sido blanco, pero que ahora

se encontraba cubierto de sangre, al igual que el jersey

gris de Hugo y buena parte del suelo de la enfermería.

Corrí hacia él sujetándole de la cintura para conducirlo

a la camilla, pues era posible que acabase desmayándose

como resultado de la enorme pérdida de sangre. Le dejé

recostado y cogí gasas, hilo y aguja.

Volví a su lado y con cuidado retiré el trapo,

sorprendiéndome ante la magnitud del corte en la palma

de su mano, y procediendo de inmediato a cortar la hemorragia.

—Parece que estoy predestinado a no salir de aquí,

¿eh? —susurró, forzando una sonrisa.

—¿Cómo te has hecho esto? —pregunté—. No habrás

intentado cometer ninguna locura, ¿verdad?

Hugo negó suavemente, curvando los labios al sentir el

desinfectante escocer sobre su piel, pero sin emitir quejido alguno.

—Ha sido un accidente tonto en el gimnasio —explicó

—, algo sin importancia.

—Por algo sin importancia uno no está a punto de perder una mano —recalqué, presionando las gasas en el

tajo—. Parece que ha sido un corte limpio. ¿Cómo ha

sido?

Hugo giró la cara hacia mí mirándome durante unos

segundos antes de decidirse a responder.

—Un tío estaba jugando con la máquina de las pesas,

toqueteando las piezas sin saber lo que hacía. El peso se

soltó y yo intenté sujetarlo antes de que le cayera en la

cabeza y se rompiera.

—Así que has salvado la vida a otro recluso — deduje,

maravillada, colocándole unos puntos de papel alrededor

del corte.

—He salvado mi máquina de hacer pesas —
insistió,

haciéndose el duro.

Asentí con la cabeza mientras acababa de
limpiarle los

restos de sangre y procedía a vendarle con
cuidado la

mano, asegurándome en todo momento de que los
puntos

que había dado permanecían sujetos haciendo su
función.

Examiné mi obra y su pálido rostro con aprensión,

llegando a una importante determinación.

—Creo que deberías pasar la noche conmigo,
quiero

decir, aquí, aquí —balbuceé, sonrojándome—.
Aquí en...

la enfermería.

—¿Me estás invitando a dormir aquí? —cuestionó

Hugo, con un tono de voz ronco y varonil que me
puso

nerviosa.

—Sí, digo no, digo... quiero decir...

Él sonrió ante mis titubeos, incorporándose un
poco,

apoyado en el codo del brazo bueno.

—¿En qué quedamos?

—Creo que sería conveniente que pasaras la noche
aquí, has perdido mucha sangre, puedes sufrir

mareos,

bajadas de tensión, subidas de fiebre...

—Vale, vale, no hace falta que sigas insistiendo,
me

quedo, me quedo —declaró, con chulería.

Ignoré su comentario, recogiendo el instrumental y

guardándolo en el armario, mientras él se sentaba
en la

camilla, con las piernas colgando, mirándose el
vendaje

con curiosidad.

—Aquí sí que podremos hablar, ¿no? Digo...
nadie nos

llamará la atención.

Le miré, asintiendo, lo cual le hizo sonreír. Me acerqué

otra vez, entregándole unas toallitas húmedas para que se

limpiase los dedos y los restos de sangre de la camisa. Su

oscuro flequillo se balanceaba en su frente y por un

instante, sentí deseos de acariciarle.

—Es verdad que... ¿le rompiste los dos brazos a otro

recluso de un solo golpe y luego fumaste a su lado mientras él se quejaba por el dolor?

—Cuando dije que podríamos hablar me refería a cosas más interesantes.

Me sentí ruborizar ante el corte que él había dado a

mis palabras. Afirmé con la cabeza, comprendiendo que

mi curiosidad podría haberle hecho sentir incómodo.

—Lo siento, discúlpame —dije con torpeza.

—No, no tengo nada que perdonar, es solo que no me

gusta hablar de eso.

—Lo entiendo.

—Es que tenemos muy pocos momentos para estar así... a solas. —Le miré, confusa—. Y me gustaría que me

contases algo más agradable.

—Bien, pues como algo agradable te diré, Hugo, que

he salvado tu mano.

—¿Recuerdas mi nombre? —cuestionó, impresionado.

—Sí, bueno, yo... —titubeé, tocándome el pelo—, tengo muy buena memoria y además... he... estado intentado memorizar las fichas, para tener unos mínimos

conocimientos sobre vosotros.

—¿Memorizar las fichas? ¿Te piensas quedar aquí mucho tiempo? —preguntó Hugo, lleno de curiosidad.

—Esa es la idea, si no me despiden.

—Tranquila, yo me aseguraré de eso. Al menos el tiempo que esté aquí. Cuando salga provocaré que te

echen, no me fío dejándote sola, rodeada de estos descerebrados.

Me reí de buena gana, rebuscando entre los cajones

uno de los pijamas de «ingreso» para ofrecérselo a Hugo.

Él me lo agradeció, con una mirada intensa que me llegó

al alma.

—Aquí hay una televisión, por si te apetece —informé,

acercándole también una manta y un par de

sábanas

limpias.

—Prefiero hablar, en serio. Hace mucho que no mantengo una buena conversación. Bueno, en realidad

hace mucho que no mantengo muchas cosas.

Volví a ruborizarme maldiciendo para mis adentros.

¿Cuándo había sufrido una regresión a mis quince años?

¿Es que no podía soportar ningún tipo de comentario

levemente subido de tono antes de ponerme colorada?

—Deduzco que no hace mucho que eres enfermera

—
convino Hugo—. Pareces bastante joven, así que tienes

que haberte licenciado hace poco. ¿Para eso has estudiado? ¿Para trabajar en un penal? ¿Cómo demonios

has acabado aquí?

—De hecho soy diplomada, no licenciada, y me ofrecí

voluntaria —dije sin más.

—¿Qué?, ¿qué? —enfaticó Hugo, completamente incrédulo.

Afirmé con orgullo. Aún no me arrepentía de esa decisión y esperaba no tener que hacerlo nunca.

—¿Por qué te sorprende? ¡Es un trabajo de ensueño!

Estoy rodeada de hombres grandes, fuertes y protectores.

Reí mi propia gracia, pero al parecer, Hugo no le encontró el humor al chiste por ningún sitio.

—¿Eso te gusta? —cuestionó—. Te aseguro que no es

nada bueno que sean grandes y fuertes, ni muchísimo

menos creas que son protectores. Aunque, bueno, algunos

sí —especificó, guiñándome un ojo.

—Solo trataba de ser irónica —expliqué.

—¿Estás casada?

Abrí mucho los ojos ante semejante pregunta.

Hugo

prosiguió mirándome sin achicarse ante mi estado de

confusión. No comprendía por qué había soltado semejante cosa, y no supe cómo reaccionar.

—¿Perdón? —dije con torpeza.

—Que si estás casada. No sé... si tú fueras mi mujer,

nunca permitiría que trabajases en un sitio como este —

concluyó.

—Entonces déjame decirte que serías un marido muy

posesivo.

—Lo sería, no lo niego. No me gustaría compartir a mi

mujer con tanto hombre... ¿cómo has dicho antes? Grande

y fuerte. Creo que conmigo tendría suficiente.

Le miré de arriba debajo de la forma más disimulada

que pude y tragué saliva. Si yo fuera su mujer... sí, probablemente tendría más que suficiente.

—Es tarde, Hugo, debes dormir. Has tenido una fuerte

hemorragia y las heridas cicatrizan mejor cuando uno está

descansado —determiné, dando por finalizada la conversación de momento.

Él asintió, sin molestarse en cambiarse para ponerse el

pijama, se tumbó en la camilla boca arriba, suspirando de

forma sonora.

—¿Dónde vas a dormir tú? —preguntó.

—Tengo una cama en el despacho —expliqué,

señalando la puerta cerrada del reservado con la mano—,

pero es mi noche de guardia, así que permaneceré

despierta por si tenemos compañía de otro «salvador de

máquinas de hacer pesas».

—Bueno, como quieras. Si necesitas echar una

cabezadita, puedo hacerte un hueco.

7

—Muy bien, esto me gusta mucho más. Tiene mejor

aspecto, sin duda.

Retiré el vendaje de la mano de Hugo, cerciorándome

de que el tajo estuviese cerrando como debía.

—Voy a desinfectar la herida y a cambiar la venda. El

corte está cicatrizando muy bien —expliqué.

—Eso es gracias a ti —me alabó Hugo—. Me has cuidado de lujo.

Había resultado una noche de lo más tranquila. Él

había dormido durante horas mientras yo ponía en orden

las fichas y revisaba su fiebre cada pocos minutos.

En más de una ocasión me sorprendí mirándole llena

de curiosidad, y es que sus facciones, tan viriles y masculinas, parecían esculpidas en el mármol más exquisito del mundo.

Recogí vendas y alcohol y lo coloqué todo sobre una

pequeña bandeja plateada antes de volver a acercarme a

él, que aguardaba sentado en la camilla, pensativo.

—Anoche me dijiste que no tenías marido —soltó sin

más—, pero supongo que pretendientes no deben faltarte.

Alcé las cejas sin tomar muy en serio sus comentarios,

mientras me centraba en desprender la venda de su mano

causándole el menor daño posible.

—Aquí dentro todos hablan de ti. Te has vuelto famosa

—me informó.

—¿En serio? No lo creo. No soy el tipo de mujer que

vuelve locos a los hombres —resolví, con cierto rubor.

—Aquí sí. Créeme.

—Bueno... soy la única mujer que tenéis cerca.

Supongo que los reclusos se sentirían atraídos por cualquier escoba con falda que les pasara por delante.

Esperé que se riera o que diera la razón a mi alegato,

pero no fue así. Se limitó a levantar la cabeza y mirarme

hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

—No eres ninguna escoba con falda. Esa no es la visión que yo tengo de ti.

¿Y cuál es, entonces? ¿Cómo me veía él? Me tragué las

preguntas, diciéndome a mí misma que el asunto podía

írsenos de las manos, lo cuál no sería correcto.
Había

muchas cosas en juego, entre ellas, un posible
despido

para mí y un castigo para Hugo.

El vendaje quedó retirado y el corte desinfectado.

Mientras pasaba el algodón con alcohol por su
mano,

Hugo permaneció callado, concentrándose en no
emitir

ningún quejido que le restase hombría.

Yo podía sentir su respiración golpeándome en la
cabeza, debido a su posición más alta. Logró que
me

temblase un poco el pulso.

—¿Y qué me dices del medicucho ese?

Levanté la cabeza, con las gasas aún en las manos.

—¿El doctor Carvajal? —Hugo asintió—. ¿Qué pasa

con él?

—No sé. Te tira la caña, ¿no?

—¿Qué? ¿A mí? —Me abochorné.

—¡Vamos, no me jodas! Pero si se huele desde lejos.

Todo el rato protegiéndote, aconsejándote, cuidándote...

Va a tumba abierta.

—Mario solo... solo me ofrece recomendaciones desde su posición profesional. Lleva más tiempo

aquí y

sabe cómo funciona la prisión.

—Ya, recomendaciones... —se burló Hugo—. ¿Y qué

te recomienda, si puede saberse?

—Pues, principalmente, que no me acerque a ti.

Hugo sonrió de medio lado, destilando encanto sexual

por los cuatro costados. Sentí un extraño calor en el

vientre que me apresuré a ignorar.

—¿Sí? ¿Tan peligroso soy?

—Según él...

—Me importa una mierda el «según él». ¿Qué

piensas

tú?

Le miré a la cara y no pude resistirme a seguir el coqueteo. Después de todo, no era nada malo, ¿verdad? Y

entre nosotros, parecía surgir de alguna extraña manera

natural y cómoda.

—Pienso que no es tan fiero el león como lo pintan.

Hugo alzó una ceja en una fingida pose de hombre con

el orgullo herido que logró arrancarme una sonrisa y

hacerme especificar mi apreciación.

—No pretendo quitarte méritos malévolos. Estoy segura de que eres muy conflictivo y peligroso.

—Gracias —aceptó él, con un movimiento de cabeza.

Nuestra distendida

y

juguetona

charla

quedó

volatilizada cuando uno de los alguaciles, en concreto

aquel al que no le importaba en absoluto la salud de los

presos y con el que yo ya había tenido mis

controversias,

accedió a la enfermería sin siquiera llamar a la puerta.

—Andando, principito, se te ha acabado el asueto.
Tus

apuestos reales te esperan.

Hugo se puso en pie, ofreciéndole al oficial una mirada

intimidatoria que, como otras veces, le hizo callar.
Ni

siquiera le tocó para conducirlo a la salida.

—Recuerda que mañana debes volver para que pueda

cambiarte el vendaje —dije en voz alta, a propósito—.

Tráigale.

—Si quiere tener a este cerca, es cosa suya, doctora.

—¡Enfermera! —repetí por enésima vez.

El encargado abrió la puerta y, con un gesto de cabeza,

indicó a Hugo que saliera, lo cual él cumplió sin rechistar,

después de dedicarme un guiño de ojos que me ruborizó

de nuevo.

A media tarde Mario hizo su aparición en la enfermería.

—Buenas tardes —le dije.

—¿Qué tienen de buenas? —espetó con dureza.

—¿Ha sucedido algo, Mario?

—Esta semana me toca revisión y medicación de los

reos del módulo de máxima seguridad. Estaré allí los

cinco días de la semana, son muchas celdas y no podré

ocuparme de todo en un solo día.

—¿Eso quiere decir que estaré sola esta semana?

—

pregunté, obviando el ofrecerme para ayudarle, ya que

aquel era un acceso restringido para mí.

—De eso quería hablarte. —Se cruzó de brazos—.

En

esta penitenciaría, a algunos de los presos se les dan

permisos por buen comportamiento para que realicen

según qué tareas, como horas de servicio a la comunidad,

que puedan reducirles las condenas.

Asentí. Por supuesto, eso ya lo sabía. Algunos colaboraban para reducir las penas y otros, por obligación.

—Tendrás que asignar a uno de ellos para que te eche

una mano aquí —explicó Mario—. Ponle... no sé, a

colocar las cajas en el altillo o a contar paquetes de

tiritas. Lo que quieras. Pero es obligatorio.

Abrí mucho los ojos, ¿colaborar con un preso?

—Mario, no conozco a ningún recluso lo suficiente como para pedirle sin sentirme intimidada que venga a

ayudarme.

—Ojalá pudiera impedir que te codearas con ellos,

pero es una orden de arriba. Lo siento.

Quise replicar, pero entonces, caí en la cuenta de algo.

Mi anterior excusa había sido falsa. Sí que conocía a uno

de los internos. Y le conocía lo bastante como para pedirle su ayuda.

La cuestión era, ¿sería capaz de convivir toda una semana con él, encerrados en las cuatro paredes de la enfermería?

8

Me alcé de puntillas sobre mis zuecos blancos, notando

el molesto sonido de las desgastadas patas de madera de

la silla bajo mi peso. Resoplé, estirando los brazos lo más

que podía, sujetándome con una mano de la estantería y

tratando de alcanzar con la otra una caja
polvorienta que

se hallaba pegada a la pared.

Maldije en silencio, ¿quién demonios había sido el
cerebrito que había dejado las ampolletas de
penicilina

tan escondidas? Era para demandarle por
incompetente.

La puerta chirrió al abrirse, lo que me hizo
suspirar

aliviada. Jamás me había alegrado tanto de que
Mario

apareciera de improvviso.

—¿Podrías sujetarme de la cintura un segundo, por
favor? —pedí, persistiendo en mi empeño por

llegar a la

superficie marrón de la caja.

Advertí pasos que se acercaban y apenas unos segundos después, dos fuertes y grandes manos me asían

de las caderas, con precisión y sutileza a la vez. El contacto me resultó tan agradable, que por un instante,

deseé que no acabase.

—Vaya, qué fuerte estás —comenté, incrédula.

—Hago pesas.

Y esa no era la voz de Mario.

—¿Hugo?

Ese tono viril, rudo y ronco era fácilmente reconocible

para mí. Sentí cómo el sudor me bajaba por la espina

dorsal. Increíblemente ante lo que estaba ocurriendo, quise

girarme para comprobar si mis apreciaciones eran ciertas,

con tan mala suerte que tropecé con mis propios pies,

perdiendo el equilibrio de la silla, que se torció, cayendo

al suelo con estrépito.

Sin embargo, yo me vi envuelta por dos grandes brazos

que me sujetaron, manteniéndome sana y salva,

alejada

del suelo.

Respiré de forma entrecortada por el susto y alcé
la

vista para toparme, a escasos centímetros, con la
penetrante y oscura mirada de Hugo, que me
observaba

con los labios entreabiertos, dejándome notar su
cálido

aliento en la cara.

Poco a poco me posó en el suelo con una

impresionante delicadeza, desliando sus brazos de
mí, al

tiempo que yo soltaba los míos de su cuello,
aunque ni

siquiera sabía en qué momento me había sujetado a él.

—Gracias —susurré.

—Gracias a ti por... dejarte caer por aquí —
respondió

Hugo, socarronamente.

Me fijé entonces en su mano vendada y el temor se
adueñó de mí. De inmediato sostuve su brazo en
alto

buscando posibles heridas causadas por el
sobreesfuerzo.

Por fortuna, no encontré ninguna.

—Ven aquí, tengo que cambiarte el vendaje.

Hugo obedeció y se sentó en una silla mientras yo
iba

por el instrumental.

—¿Se puede saber qué buscabas ahí arriba?

Aparte de

intentar matarte, claro.

—Trataba de alcanzar la caja con la penicilina,
pero al

parecer no soy lo bastante alta como para eso —
repuse,

cortando su venda.

—¿Y dónde está el matasanos que no corre a

socorrerte chorreando babas como los caracoles
de río?

Le miré con el entrecejo fruncido, al tiempo que él
se

reía a carcajadas.

—Mario tiene trabajo en el módulo de alta seguridad.

Estaré sola esta semana.

Y fue en ese momento cuando supe que la conversación

había dado el giro perfecto para hacer mi ofrecimiento.

Más fácil no iba a tenerlo, desde luego, y sentía que era

ahora o nunca.

Pegué el esparadrapo para mantener sujeta la venda

limpia de Hugo y, aclarándome la garganta, procedí.

—Necesito contactar con algún recluso para que me

ayude aquí, ya sabes, a trasladar el equipo,
mantener esto

en orden, hacerme compañía... Será una especie
de

servicio a la comunidad. Hará que se pase menos
horas en

la celda y quizá, reduzca la pena —expliqué—.
Me

preguntaba...

—¿Te preguntabas? —apremió él.

—Si querrías hacerlo tú.

—Sí.

La corta y concisa respuesta de Hugo me hizo
levantar

la mirada hacia él. Sus negros ojos, más o menos

cubiertos por su rebelde flequillo, estaban parados en

alguna parte de mi anatomía, ignorando a mi mirada y

observándome casi sin parpadear.

—Puedes pensártelo, no hay prisa —le dije.

—No tengo nada que pensar. Me encantará ayudarte. Te

lo debo, después de todo —señaló, alzando su mano

vendada.

—No me debes nada, es mi trabajo.

—Insisto. Además, creo que te vendrá bien mi compañía, no vaya a ser que intentes volver a subirte a

esa silla y acabes con una brecha en la cabeza.

Me reí, asintiendo. En lo más profundo de mi ser

agradecía su motivación y me alegraba
sobremanera que

fuera él quien estuviera a mi lado todo ese tiempo.

Mi propio pensamiento hizo que me azorara.

No obstante, mi turbación duro escasos segundos
antes

de que la puerta volviera a abrirse y otro de los
reclusos

entrase por ella, como si anduviese por su casa,
sin llamar

ni importarle el que yo estuviera dentro o no.

Anduve hacia él, con los brazos cruzados,
haciéndome

la valiente en una fingida pose que quizá me quedó exagerada.

—¿Se te ofrece algo? —pregunté solícita.

Él quiso contestarme, pues me percaté de la mueca burlona en su rostro, pero antes de hacerlo, desvió la

mirada hacia mi derecha, quedándose lívido.

—El Jefe —susurró.

Me giré, topándome con el semblante serio de Hugo,

que ni siquiera se había movido del sitio, ni alzó la voz

cuando dejó clara la orden a ejecutar. Una sola palabra.

No hacía falta más.

—Fuera.

El reo asintió con torpeza y se marchó por donde había

venido. Abrí la boca de impresión, estupefacta.

Cada vez estaba más convencida de que Hugo

Fernández sería un excelente fichaje para la enfermería.

—¿Qué dirá de esto el santurrón del medicucho?

—
cuestionó poco después, apoyándose en la pared con

despreocupación.

—Tal vez ponga el grito en el cielo —repuse,

consciente de que había muchas posibilidades de que eso

pasara.

—A lo mejor intenta hacerte cambiar de opinión

—
tanteó.

—Puede. Pero la decisión está tomada y no soy una

persona que altere sus resoluciones por influencias externas —alardeé con seguridad.

Hugo sonrió de medio lado, atusándose el pelo con la

mano buena, al tiempo que me miraba de una forma que no

logré interpretar.

—Me vuelven loco las mujeres con carácter —
dijo,

guiñándome un ojo.

9

—Un poco más a la izquierda —indiqué—. Un
poco

más... más... ¡perfecto!

Hugo empujó hacia atrás la caja de medicamentos
que

había estado sosteniendo en sus manos, hasta
dejarla

guardada en su lugar correspondiente de la
estantería.

Estaba subido al pequeño alzador que yo usaba
para

acomodar las piernas tras un duro día de trabajo, y es que,

gracias a su alta estatura, no necesitaba alzarse mucho

más.

—¿Ahí va bien? —preguntó.

Volví a mirarle, centrándome esta vez, de forma poco

profesional y algo descarada, en cierta parte de su anatomía situada en los bajos de su espalda.

Sacudí la

cabeza, ¿estaba mirándole el trasero a un recluso?
¿Estaba

mirándole el duro y prieto trasero a un recluso?
¿Pero en

qué diablos estaba pensando?

—Sí, muy bien, gracias.

Bajó de un salto, sacudiéndose las manos y sonriendo.

Su corte había cicatrizado casi del todo y ahora apenas

estaba cubierto por una pequeña gasa con esparadrapo.

Aquel era el primer día oficial de Hugo como mi ayudante y de momento parecía bastante dócil y colaborador.

—¿Qué más tenemos que hacer? —cuestionó, mirándome con curiosidad.

—Inventario —informé, ampliando mi sonrisa ante

su

extraña expresión.

—¿Inventario? ¿Y eso qué es? ¿Nos vamos a inventar

medicinas nuevas?

—No, no, claro que no —expliqué, riendo—.

Inventario es... tomar nota de la cantidad de
medicinas

con las que contamos. Llevar un listado para saber
qué

necesitamos comprar. ¿Entiendes?

Hugo asintió rascándose la cabeza, y supuse que le
parecía una labor aburrida, pero si así era, no se
quejó.

Dedicamos un par de horas a contabilizar cajas de
gasas, tiritas, vendas, botellas de alcohol y demás
enseres

que yo precisaba para mi trabajo, en aparente
calma, hasta

que algo la enturbió.

La puerta de la enfermería se abrió de improviso
y,

como casi siempre, no trajo nada bueno.

Mario cruzó el umbral con su pulcra bata
abrochada

sobre la ropa, llevando consigo un maletín vacío
que

pretendía llenar de medicamentos para su periplo
por el

módulo de máxima seguridad.

Nada más encontrarse cara a cara con Hugo su semblante se ensombreció regalándome una mirada dura y antipática que me hizo sentir incómoda.

—¿Qué hace ese aquí? —escupió, señalando a Hugo con el dedo.

—Ayudarme —contesté con simpleza—. Tú mismo

dijiste que debía solicitar la colaboración de uno de los

reclusos, ¿no? Pues... hecho está.

—¡De uno de los reclusos! ¡De uno cualquiera, salvo

este! —gritó—. ¡Es peligroso!

—Precisamente por eso se ha ofrecido a espantar a

todas las ratas que se crucen en mi camino. Es tan fiero

que no se ha aparecido ni una en toda la mañana.

Oí cómo Hugo soltaba una carcajada que intentó

disimular tapándose la cara con la mano, mientras los ojos

de Mario echaban chispas en mi dirección, incrédulo de

lo que oía.

—Es un delincuente —insistió.

—Tranquilo, Mario, estoy segura de que el señor

Fernández es un criminal con clase y educación, y que en

caso de que quisiera atacarme, tendría la bondad de

comunicármelo primero.

Sabía que estaba siendo insolente, pero no me

importaba en absoluto. Aún no había olvidado cómo el

buen e intachable doctor Carvajal había inculpado a mi

«protegido» de los hechos de la cafetería, sin pruebas.

Todavía esperaba que se disculpara.

—Claro

que

sí

—añadió

Hugo,

jugueteando

distraídamente con los bisturís y mirando a Mario con

intención—. Yo siempre doy dos avisos a mis víctimas,

antes de asestar el golpe final.

Los miré a ambos apenas unos segundos y Mario,

negando con la cabeza y sin recoger las medicinas por las

que había venido, se marchó.

Cuando clavé mis ojos en Hugo, este soltó el

bisturí

como si le diese corriente, poniendo su mejor cara de

niño bueno. Chasqueé los labios, recogíéndolo y metiéndolo en su funda.

—No juegues con esto, podrías cortarte —le advertí.

—Gracias.

—¿Por qué? —le pregunté, mirándole.

—Por defenderme delante del Ken médico ese —explicó—. Nadie había sacado nunca la cara por mí.

—Bueno, no hay de qué. Pero mi defensa no es gratis,

señor recluso Fernández. ¿Ve todos esos jarabes para la

tos? Pues quiero saber exactamente cuántas botellas hay.

—¿Por qué lo haces?

—Hay

que

acabar

el

inventario

—respondí,

haciéndome la tonta.

—No, me refiero... ¿por qué haces todo esto por mí?

Apenas me conoces, él podría tener razón.

—Ya te lo he dicho —le corté—, siempre consigo ver

algo bueno en las personas. ¿Por qué ibas a ser una excepción?

Me sonrió y se puso a trabajar de inmediato.

Un par de horas después, estando casi todo el instrumental contabilizado, etiquetado y limpio, di a Hugo

unos minutos de sosiego para que se fumase un cigarrillo

cerca de la ventana de la enfermería.

Coló un par de dedos por el enrejado, suspirando con

nostalgia, mientras sus ojos color chocolate eran iluminados por los brillantes rayos del sol de la tarde.

—Mira qué día hace —murmuró, llamando mi atención

—. Si estuviéramos fuera te invitaría a dar un paseo.

Sonreí, acercándome a él con los brazos a mi espalda,

mirando por encima de su hombro el tranquilo ambiente

que se respiraba.

—Bueno, ¿quién dice que no puedes hacerlo? —
Hugo

me miró, estático e incrédulo a partes iguales—.
Puede

que no tengamos un campo florido, pero el patio es grande, y puede hacer un apaño, ¿no?

—¿Estás aceptando mi invitación?

—Depende —respondí haciéndome la interesante—. —

Pídemelo.

Hugo sonrió de medio lado, atusándose el pelo y

girándose hacia mí para verme bien. Traté de mantenerme

impasible, pero el caso es que sentía acaloradas mis

mejillas.

—¿Quieres salir a pasear al patio conmigo? —

preguntó, con su tono de voz ronco y viril habitual.

—Me encantaría.

10

A esas horas, el patio de la cárcel estaba solitario y

silencioso, puesto que los reclusos no tenían permiso para

salir de sus celdas.

El ambiente era caluroso y tenso. Hugo y yo

caminábamos en silencio, el uno junto al otro. Él con las

manos cruzadas a su espalda y yo con las mías metidas en

los bolsillos de la bata blanca.

Tan solo se oían nuestras pisadas y algún que otro leve

suspiro.

—¿Qué planes tienes? —pregunté, por sacar cualquier

tema de conversación.

—Estoy trabajando en un túnel subterráneo que cavo

pacientemente con una cuchara sopera. Me lleva mi

tiempo, pero lo tengo bien apuntalado, así que yo creo que

aguantará.

Solté una carcajada sincera que acabó por contagiarle.

Miré a Hugo un segundo, él se encogió de hombros haciéndome comprender que, ahí donde él estaba,

uno no

podía planificar demasiado sobre casi nada.

—Me refiero —especifiqué— a qué piensas hacer cuando te... den de alta.

—Pues... volver a mi vida, supongo —dijo, sin más.

—Bueno, si es aquí a donde te ha llevado tu anterior

vida, quizá deberías cambiar un poco de hábitos, ¿no?

—Supongo que sí. No, ¿sabes qué? Tienes mucha razón

—admitió, acortando sus zancadas, para que fueran

similares a las mías—. Podría vivir de otra

manera,

estando encerrado aquí te cambian las prioridades en la

vida.

Asentí, entendiendo que aquello debía de ser muy

cierto. Aún no sabía qué delitos había cometido, ni me

atreví a preguntar, pero deduje que, cuanto menos, estaba

arrepentido.

—Empiezas a querer cosas a las que a lo mejor antes

no les dabas mucha importancia —continuó.

—¿Qué cosas? —me permití preguntar.

—Me gustaría ser mejor persona —declaró—, y tener

mejores horarios de trabajo. Antes era un caos, nunca

sabía cuándo entraba ni cuándo salía.

Quise saber en qué trabajaba, pero no me animé a

interrumpir su confesión, parecía dispuesto a sacar de sí

sus mayores inquietudes.

—Así podría llegar antes a casa y tal vez, con suerte...

encontrar a alguien que estuviese dispuesta a esperarme

despierta.

Aquello me dejó perpleja. Me coloqué un mechón

de

pelo detrás de la oreja y le miré con los ojos entrecerrados a causa del fuerte sol que nos iluminaba.

—¿No tienes mujer? ¿Ni novia? —solté, sin poderlo

evitar—. Yo creía... Di por hecho que...

—No, no tengo. Soy el puto amo de la soltería — declaró sonriendo con un ligero tono amargo—. Ninguna

me aguanta, me pregunto por qué será.

Sonreí, intentando infundirle ánimos. Me atreví a sacar

una de mis manos del bolsillo de la bata y le toqué el

brazo con cariño.

—Todos tenemos defectos. Seguro que en algún lugar

está la mujer perfecta para ti.

—Yo también lo creo —admitió, mirándome con algo

que me pareció ternura—. Espero que no muy lejos.

—Seguro que sí —afirmé—, y te esperará despierta

cada noche o, bueno... quizá se permita una cabezadita —

añadí en tono simpático.

—Créeme, si tuviera en mi vida una mujer así, capaz

de esperar ansiosa mi regreso, intentaría volver a ella lo

antes posible.

Miré a Hugo a los ojos, hipnotizada ante su tono ronco

y suave que estaba logrando transportarme hasta un lugar

extraño en el que no sabía si debía estar.

—Aunque... si cayera dormida la cogería en mis brazos y la llevaría hasta nuestra cama — prosiguió.

—Qué atento... —murmuré, apretando el paso y mirando al frente.

Él sonrió, atusándose el pelo. Ese día no llevaba su

habitual engominado hacia atrás, por lo que el flequillo,

por lo general controlado, reposaba rebelde sobre su

frente tapándole la visión.

—Yo continúo aguardando la llegada de mi príncipe

azul —le confesé, sintiéndome cómoda en su compañía. Si

él me había regalado sus inquietudes, ¿por qué no hacer

yo lo mismo?

—Te has equivocado de módulo. Los príncipes no entran en la trena —comentó socarrón.

Negué con la cabeza, quitándole importancia a su

comentario.

—Aunque... si lo que quieres es un buen hombre... —

continuó—, pues no sé... No seas tan exigente. Príncipe,

príncipe... pues no, pero aunque el tipo en cuestión no

tenga el expediente de un Ministro, no tiene por qué ser

mal tío, ¿no?

—¿Sugieres que baje el listón? —cuestioné, siguiéndole el juego.

—Podrías sopesar otras opciones. No sé, ¿qué tiene un

príncipe que no tenga un ex convicto rehabilitado,

por

ejemplo?

Volví a estallar en carcajadas y esta vez Hugo solo se

encogió de hombros, sin verle del todo la gracia a su

pregunta.

—Hablando de rehabilitación... ¿por qué estás aquí,

Hugo?

—Porque es donde tengo que estar —dijo sin más.

Le miré de reojo durante un instante antes de

comprender que no iba a decirme nada más sobre ese

asunto.

Nuestros pasos se vieron bruscamente cortados unos

metros más adelante. La verja de seguridad nos gritaba de

forma muda que hasta allí se podía ir. No había más patio.

Se había acabado el territorio permitido, lo demás quedaba fuera de nuestro alcance.

Hugo suspiró echando un vistazo afuera antes de darse

la vuelta. Quise hacer o decir algo que pudiera aliviar su

disconformidad.

—¿Sabes? Podríamos salir a tomar algo pero me

duelen muchísimo los pies, así que mejor nos quedamos

en casa, ¿te parece?

Me sonrió con agradecimiento apreciando mi gesto de

buena voluntad.

—Sí, creo que será lo mejor. A estas horas el sol pega

mucho y eso no es bueno.

Le di la razón rozando su brazo con suavidad hasta que

se decidió y empezamos a deshacer nuestro camino en

dirección a la enfermería. Pronto saldrían los presos y

supuse que Hugo perdería parte de su terrible fama si le

veían en mi compañía, aunque eso a él parecía no importarle.

—Gracias por esto —me dijo—. Por un momento he

sentido... me he sentido como si fuera libre.

—No, Hugo, gracias a ti.

—¿A mí? ¿Y qué he hecho, si se puede saber?

—Demostrarme que no siempre los príncipes están metidos en castillos.

11

Me froté las manos, nerviosa como pocas veces en mi

vida había estado, y repasé de nuevo el plan asegurándome de haber medido con cuidado cada pequeño detalle.

Resoplé. ¿De verdad estaba segura de lo que iba a hacer? ¿Estaba cien por cien convencida de que era correcto?

Sonreí. Me daba igual. Sabía que iba a merecer la pena.

Recordé con ternura el paseo por el patio y la posterior

vuelta a la enfermería. Hugo había demostrado poseer un

corazoncito bastante más grande de lo que parecía

y me

había dejado ver muchas cosas de su interior.

Una vez habíamos regresado al trabajo, se había

lamentado de todas las cosas que había perdido por estar

encerrado. Había rememorado con tristeza que cosas tan

sencillas y simples como pasear o ver una película,

estaban vetadas para él.

Por eso yo, en un arranque de algo que no pude

identificar, decidí ponerle remedio.

Y ahí estaba, a las diez y pico de la noche, esperándole

en mi enfermería después de un duro día de trabajo, en

lugar de haberme ido a casa. Porque sí, yo, con absoluta

premeditación, le había citado.

Por supuesto él no sabía para qué.

Ese día no había acudido a colaborar conmigo, por expresa petición. Le dije que no se dejase ver y que,

cuando cayese la noche, se quejase de dolor de estómago,

cabeza o algo por el estilo, para que el guarda de turno le

mandase hasta mí.

Consulté mi reloj de pulsera. Pasaban diez minutos

de

la hora convenida. Tal vez no viniera. Bien,
aquella era

una posibilidad que ya había contemplado.

En cierto modo, tenía lógica. Me había mirado
confuso

tras oír mi explicación. Y ahora que lo pensaba
con

frialdad, había resultado bastante estúpida. Me
abochoché.

«No te dejes ver durante el día. No vengas a
ayudarme.

Quédate en la celda y cuando anochezca, quéjate
de algún

malestar. Te espero en la enfermería sobre las diez
y

media.»

Había sido poco profesional y absurda. Me estaba bien

empleado recibir el plantón. ¿En qué demonios estaba

pensando cuando se me ocurrió una cosa así?
Después de

todo, apenas le conocía... y yo jamás en mi vida me había

comportado así, ni personal, ni muchísimo menos profesionalmente.

Volví a mirar el reloj. Faltaban quince minutos para las

once de la noche. Algo en mi interior comenzó a desinflarse y sentí en mi estómago la caída de una

sensación amarga muy desagradable.

Suspiré decidida a finiquitar aquel tonto paripé de una

vez por todas, para irme a casa, que es donde debía estar,

y dormir en espera de un nuevo día.

Pero entonces el pomo de la puerta giró, y por el

resquicio de la puerta apareció una despeinada cabellera

negra que hizo que mi estómago diera un salto mortal.

Avivé mi sonrisa sin ser apenas consciente. Ahí estaba

Hugo. Había venido.

Di un paso al frente mirándole con fingida

seriedad

mientras observaba como entraba, con paso firme,
y me

buscaba con la mirada.

—Llegas tarde —acusé, en broma.

—Ya, lo siento. Me quejé como un condenado y el
cabrón del alguacil no...

—No, no, no, Hugo. No quiero excusas de ningún
tipo.

No me vale ni que cogieras atasco, ni que te liaras
en el

trabajo ni nada. ¿Acaso no pudiste llamarme por
teléfono

para avisarme de que te retrasarías?

Me miró durante un segundo, antes de sonreír
ampliamente, encogiéndose de hombros. Eso era
lo que yo
pretendía, que olvidase, al menos, por un rato su
situación
y el lugar en el que estaba.

Se fijó entonces en el sutil cambio que había dado
la
habitación. El sofá que normalmente permanecía
en la
oficina, había sido movido hasta la sala principal,
estando
ahora justo frente a la televisión.

—¿Y esto? —me preguntó, confuso, mientras
cerraba

la puerta.

—Dijiste que apenas recordabas la última vez que habías visto una buena película acomodado en el sofá,

¿no? Pues bien... aquí tienes el sofá y yo he traído algunos

DVD.

Hugo levantó la vista dirigiéndola a mis ojos y abrió la

boca sin emitir ningún sonido. Se había quedado sin

palabras.

—No me mires así, me has salvado de caerme de la

silla, ¿recuerdas? Me podría haber roto la cabeza.

Te

debía un favor.

Prosiguió observándome, incrédulo.

Yo, por mi parte, me acerqué a la televisión y metí uno

de los discos en el reproductor que había traído,

sentándome después en el sofá y descalzándome los

zuecos.

—¿Vas a venir ya o tengo que seguir esperándote

durante el resto de la noche? —acusé, señalizando los

idiomas de la película.

Hugo asintió con la cabeza y caminó torpemente

hacia

mí, sentándose en el sofá y remangándose las mangas del

jersey hasta los codos. Saqué de mi bolso un paquete de

chucherías y le ofrecí.

—¿Haces esto con todos los presos? —preguntó, cogiendo un par de dulces golosinas.

—Solo con los héroes que me salvan la vida.

Sonrió sin dejar de mirarme y se acomodó, apoyando

la cabeza en el respaldo del sillón, con un extraño brillo

en los ojos.

—¿Qué has traído?

—Algunas históricas y clásicas novelas de amor

—
dije, mientras él se quejaba—. Lo siento mucho, señor

Fernández, será su castigo por haber llegado tarde.

—Bueno... siento haberte hecho esperar, pero seguro

que puedo compensártelo. ¿Te parece si dejamos el vídeo

para otro momento?

Le miré, viendo cómo me guiñaba el ojo, reía en VOZ

alta ante mi turbación y dirigía su atención a la televisión.

Empezaron a sudarme las manos y decidí dejar de lado,

por el momento, el juguetito de crear ambientes.

—Gracias por esto —susurró, un poco después—.

Nadie se ha tomado nunca tantas molestias por mí.

—No hay de qué —contesté, a falta de algo mejor que

decir.

—Dime que me has traído un par de cervecitas frías y

será la mejor noche de mi vida en mucho tiempo.

Me reí con alegría, negando con la cabeza ante su gesto

de disgusto.

—Lo lamento, Hugo. El único alcohol que está permitido aquí es el que uso para desinfectar las heridas, y dudo que quieras bebértelo.

Nos centramos en la película, que resultó ser una comedia romántica con leves dosis de acción que le hicieran a Hugo el trago aún más agradable.

Había llevado unas cuantas y él había asegurado, sonriente y gozoso del momento, que pensaba verlas todas, pues esa noche no tenía la menor intención de dormir.

No obstante y con el paso de las horas, cuando ya estaba bastante avanzada la segunda película, fui yo la que

noté cómo se me entrecerraban los ojos.

Empecé a ver borroso al protagonista del filme, y cada

vez me resultaba más difícil concentrarme en el enrevesado argumento. Demasiadas horas de pie atendiendo reclusos, parecía que habían acabado por hacer mella en mí.

En un determinado momento, cerré los párpados durante un segundo y ya no me percaté de nada más.

De lo siguiente que fui consciente, fue de encontrarme

extrañamente suspendida en el aire y en movimiento.

Respiré hondo, notando una agradable y estimulante

fragancia casi desconocida para mí hasta ese momento.

Con mucha fuerza de voluntad entreabrí los ojos, justo

a tiempo para verme envuelta por los fuertes brazos de

Hugo. Mi cabeza estaba apoyada en su mejilla y mis

brazos rodeaban su cuello con firmeza.

Suspiré, mirándole entre confusa y extasiada.

Desde

aquel ángulo, la luz de las farolas del patio que entraba

por entre los estores de la ventana incidía en su pelo y en

su boca, que lucía tentadora, húmeda y sensual muy cerca

de mi campo de visión.

Me encontré azorada y confusa. ¿Soñaba? ¿Estaba dormida o despierta?

—Hugo... ¿qué estás haciendo? —le pregunté con levedad.

Noté cómo sus manos se movían despacio por mi espalda al tiempo que su oscura mirada descendía

sobre

mí, mirándome con intensidad, antes de responder.

—Llévate a la cama —contestó.

Y no me importó en absoluto cuáles fueran sus intenciones.

12

Desperté en mi cama, sí, pero sola y arropada.

Estuve toda la mañana dándole vueltas a lo ocurrido la

noche anterior, con una sonrisa tonta en los labios y las

mejillas sonrojadas.

Todo había resultado perfecto, incluido el incidente de

mi inoportuno sueño. Hugo había resultado un caballero,

atento, amable y educado.

Me había dejado y se había marchado. Sin más. Y el

hecho de que no hubiera hecho si quiera el intento de

propasarse, incluso me ofendió.

El reloj de pared anunciaba que faltaba poco para el

mediodía, no obstante, mi ayudante de enfermería aún no

había hecho su aparición. Aquello me preocupó. ¿Acaso

se sentía incómodo o violento conmigo por lo ocurrido?

¿Rescindiría nuestro contrato verbal de colaboración?

Apenas llevaba cuatro días contribuyendo con su ayuda

y esperaba de todo corazón que no se hubiera cansado. No

sabía por qué pero, la idea de continuar mi trabajo sin la

entretenida

presencia

de

Hugo,

me

resultaba

desagradable.

Me entretuve llenando un maletín de medicinas y efectos de primeros auxilios, pues sabía que Mario acudiría esa tarde a recogerlo para continuar su periplo

por el módulo de máxima seguridad. ¿Cómo estaría? Me

sentía un poco culpable, apenas me había acordado de él

en todos estos días.

Si llegase a saber lo que había sucedido la noche anterior, probablemente me despediría de inmediato.

Caminé tras el biombo para coger unas gasas, cuando

advertí voces en el pasillo. Volví a girarme,
dejando

algodones y alcohol sobre la mesa, y aguardé
paciente. Un

alguacil se acercaba, lo sabía por el incesante
tintineo de

las llaves que llevaban siempre colgadas del
cinturón.

La puerta se abrió y, en efecto, el encargado entró.

Pero no veía solo. Abrí los ojos de par en par
asombrada

ante lo que vi.

El alguacil traía a un preso sujeto del brazo, de
muy

malas formas. El susodicho tenía el labio roto y
una

brecha en la ceja. Estaba despeinado y con la ropa
llena

de polvo. Venía esposado.

Era Hugo.

—Aquí le dejo a este pájaro, doctora. A ver si
puede

coserle la cara y meterle en vena algo que le baje
los

humos —escupió el encargado.

Hugo se giró para mirarle, levantando la cabeza en
una

clara señal de orgullo. El alguacil le empujó al
centro de

la enfermería, soltándole y dando un paso atrás.

—No me mires así, Fernández —le advirtió,

aunque

también habría podido ser una súplica—. Haga lo que

pueda, doctora.

—Enfermera —corregí, como siempre—. Haga el favor de quitarle eso —me quejé—. Suéltelo ahora mismo.

El hombre me miró con suspicacia, pero eso no me amedrentó. Di un paso al frente con los brazos cruzados,

sabiendo que Hugo me miraba con atención.

—¿No me ha oído? —pregunté.

—Este hombre es peligroso. No tiene ni idea de la que

ha armado hace un momento en...

—Me trae sin cuidado —corté—. Aquí no es más que

un paciente que necesita atención médica. No podré

ocuparme de sus heridas si se encuentra en esas condiciones. Suéltele.

—Le advierto que tendrá que quedarse a solas con él,

tengo que ir a recoger a los otros, que están mucho peor.

—Correré el riesgo, es más, lo haré yo misma. Por favor, la llave.

El alguacil me miró anonadado, como si acabase de

decirle la barbaridad más grande que jamás
hubiese oído

en toda su vida. Sin embargo, respiró hondo y sacó
una

pequeña pieza de metal de su llavero,
entregándomela de

mala gana.

—Usted verá lo que hace. Queda bajo su

responsabilidad —declaró, marchándose con un
portazo.

Me acerqué a Hugo y, cogiendo sus muñecas entre
mis

manos, metí la diminuta llave en la cerradura de
las

esposas.

—Ya está —exclamé con triunfo cuando pude quitárselas. Tenía las muñecas enrojecidas—. ¿Mejor?

—Gracias —declaró, e intentó sonreír, pero su labio

roto se lo impidió.

Cogí gasas y puntos de papel así como desinfectante y

algodón antes de volver junto a él, que se sacudía el pelo

y los tejanos de tierra.

—¿Se puede saber qué ha pasado para que te presentes

así?

—He tenido que poner a un par de tíos en su sitio

—
dijo sin más.

—Entiendo. —Humedecí el algodón con alcohol.

—Hoy ha entrado uno nuevo. Un... ratero cutre, ¿sabes? De estos que joden los parquímetros. Un *cogecarteras*. Le querían acribillar entre cuatro, solo por

ser novato.

—Y yo que pensé que las novatadas eran solo cosa de

las residencias universitarias... —murmuré, impactada—.

¿Fuiste en su defensa?

—Fui a poner orden. No me gustan los jaleos en el

patio cuando paseo. Me distraen de pensar en mis cosas,

ya sabes. Intentos de fuga y cosas así.

Le miré, con las cejas alzadas, él solo se encogió de

hombros. Pasé el algodón por su ensangrentado labio

inferior. Dio un salto en la camilla.

—Qué vergüenza, un hombretón tan grande con miedo

al alcohol —reñí, riéndome.

—Escuece —se defendió Hugo.

Sustituí el algodón con alcohol por una gasa limpia,

para no acrecentar su incomodidad y darle

periodos

tranquilos antes de volver a desinfectar.

—Algo más ha tenido que pasar, ¿no? No creo que solo

por mantener el orden en el patio te hayas estado revolcando por el suelo con otros presos, ¿no es verdad?

—tanteé.

—Le tenía ganas a uno de esos cabrones desde hace

tiempo —declaró Hugo, viendo cómo yo preparaba uno

de los puntos de papel para su ceja.

—¿Por qué? —cuestioné.

—Había dicho... cosas... sobre ti. Comentarios.

Aquello me dejó muda. Levanté la cabeza
mirándole

con seriedad. Él sostenía la gasa en su boca,
cortando así

la hemorragia. Evitó mi mirada durante unos
instantes,

antes de iluminarme con sus negros ojazos.

—¿Qué cosas decía?

Hugo negó con la cabeza esbozando una tenue
sonrisa

de medio lado.

—No volverá a hacerlo. Nunca. Ahora sabe que
debe

respetarte.

Me sentí muy agradecida por una parte, y algo asustada

por la otra. Imaginaba que me traerían al «angelito» en un

rato, y suponía que debería reconstruirle buena parte de la

cara, y quién sabe qué más.

—Te lo agradezco... pero no te metas en peleas por

ese motivo. Puedes ganarte una temporada en la celda de

castigo.

—Ya he estado. Es muy tranquilo. Salgo de ella como

nuevo.

Ni siquiera me molesté en constatar. Apliqué los puntos en la ceja y volví a desinfectarle el corte del labio,

soplándole con ternura para evitar el escozor.

—Aún no te he agradecido lo de anoche — susurró.

Bajé la vista, pues yo me encontraba de pie y él, sentado en la camilla. Movié la cabeza, apartándose el

flequillo de la frente. Desde mi perspectiva veía cómo se

le marcaban los masculinos huesos de la mandíbula y las

heridas le daban un aire peligrosamente sexy que me hacía

perder la concentración.

—No hay de qué. Estamos en paz, luego tú... hiciste

que no me quedara dormida en el sofá. Gracias.

—No tienes idea de lo mucho que me costó — añadió.

—¿El qué?

—Dejarte en la cama y darme la vuelta — murmuró,

mirándome—. Fue toda una prueba de dominación. Creo

que solo por no haberte tocado un pelo, merezco una

reducción de la pena, ¿no te parece?

Tragué saliva, apartándome de él y guardando los

enseres de las curas en su sitio. El ambiente permaneció

tenso durante unos segundos.

Poco después, él volvió a sus labores, organizando

cajas de medicamentos y yo tomé notas en mi cuaderno,

hasta que la puerta se abrió y por ella entró Mario. Me

sonrió con candor y amabilidad, gesto que no compartió

con Hugo, que permanecía medio oculto y en silencio

detrás del biombo.

—Veo que sigues enfrascada poniendo parches a lo

peor de esta sociedad. Tediosa labor la tuya —
declaró

con mala intención, en referencia a Hugo.

—Hago mi trabajo —apacigüé—. Te he preparado el

maletín. ¿Cómo va todo en el módulo de alta seguridad?

—Avanzando, lento pero seguro. Gracias por lo del

maletín, eres una joya —me dijo, guiñándome un ojo.

—No es para tanto, solo... bueno...

—Tuviste guardia anoche, ¿verdad? —me cortó—.

Pasas demasiado tiempo encerrada en estos muros.
No es

justo para ti. Tú no estás presa.

—Lo sé. Mario. Solo intento ser útil y hacer bien mi

trabajo —repetí.

—Lo haces magníficamente. Demasiado bien, quizá.

No debes consagrar todo tu tiempo a ello, necesitas salir y

distraerte, dormir en casa, lejos de todos estos...
—

respiró hondo—. Creo que tengo la solución.

—¿Solución? ¿Qué solución? —cuestioné, confusa de

adónde pretendería llegar con todo aquello.

—Una cita. Tú y yo. Lejos de aquí. ¿Qué me

dices?

¿Quieres cenar conmigo?

13

Un profundo estrépito hizo que las palabras se me bloquearan en la garganta.

Me llevé la mano al pecho, impresionada, y caminé

presurosa los pocos pasos que separaban mi posición

actual de la parte de la estancia oculta por el biombo. Allí

estaba Hugo, agachado, recogiendo las cajas de medicinas

que se le habían caído al suelo.

—¿Estás bien? —pregunté ayudándole a meterlo todo

de nuevo en la caja que había estado intentando colocar en

lo alto de la estantería—. ¿Hugo?

Él solo asintió dedicándome una mirada fría y

dolorosa, pese a que no se había hecho daño con el

accidente de la caja, al menos no físicamente.

Nos incorporamos casi al mismo tiempo, en silencio.

Me sentí incómoda y quise poder romper la tensión, pero

entonces Mario caminó hacia nosotros cruzándose de

brazos y mirando la escena con hastío.

—Menudo ayudante te has buscado —acusó con malicia—. Un poco torpe, ¿no?

Le miré, reprochándole su comentario. Hugo permaneció callado, de espaldas a nosotros, reordenando

las cajas de medicamentos con ligera brusquedad.

—Aún no me has respondido —instó Mario—. ¿A qué

hora quieres que quedemos a la salida?

—Mario yo... verás...

—¿A las nueve te va bien? Así podrás arreglarte y pasar por tu casa antes, si quieres.

—No... no, Mario escucha... —respiré hondo, sintiéndome mal—. Yo no... no puedo. Tengo mucho

trabajo, muchas cosas pendientes que hacer. Además, esta

noche me toca guardia y...

—Pues la cancelas —determinó sin más.

—¿Y si alguno de los presos se pone enfermo? —
tanteé yo.

—Bueno, pues ya le verás al día siguiente. No creo que

se muera nadie en una noche.

Negué con la cabeza, decidida a cumplir con mis obligaciones a rajatabla.

—¡Tú no estás encerrada aquí! —prosiguió insistiendo—.

No tienes por qué pasarte los días y también las noches

entre estas mugrosas paredes, rodeada por los animales

que están presos.

—Lo siento Mario, quizá en otra ocasión.

—Pero...

—¿No captas el no, tío?

Tanto Mario como yo nos giramos al unísono.

Hugo se

había puesto frente a nosotros rompiendo el silencio que

le había acompañado desde hacía rato. Miraba al doctor

Carvajal como si le produjese asco su sola presencia, y

Mario había abierto los ojos de par en par, fuera de sí,

incrédulo ante lo que oía.

—Métete en tus asuntos, Fernández, y déjame a mí en

los míos.

—¿En los tuyos? ¿Crees que ella es tu asunto? —
Hugo

sonrió de medio lado—. No quiere ir contigo ni a la

vuelta de la esquina.

—¡Hugo! —recriminé yo, avergonzada y sintiéndome

de repente como un valioso premio que dos hombres se

disputaban.

—Ah, claro, y tú piensas que ella prefiere quedarse

aquí contigo, ¿no, Fernández?

—Dímelo tú, doctor. Es aquí a donde vendrá esta noche, ¿no?

—¡Por pura obligación! ¡Por lástima!

—O porque sabe que hasta estar trabajando en la enfermería de un penal es menos aburrido que toda una cena contigo.

Mario apretó los dientes caminando hacia delante y encarando a Hugo que le superaba en al menos dos cabezas de altura y proseguía sonriendo con chulería, sin amedrentarse ni un ápice.

—Escúchame bien, delincuente. No eres más que un desgraciado que tiene muchas cosas que ocultar, así que si no quieres que tu estúpido reinado entre los demás

imbéciles que hay aquí se termine... mantén la boca

cerrada y aprende cuál es tu sitio. No aspire a cosas que

jamás podrás conseguir.

Hugo levantó la barbilla echando la cabeza ligeramente

hacia atrás en una pose amenazante. Le observé, irradiaba

advertencia por los cuatro costados, parecía casi una

autoridad.

—Lo que quieras —dijo sin más—, pero sigue siendo

aquí donde ella prefiere estar. Aquí, donde no estés tú.

Mario volvió a acercarse, pero entonces yo me interpuse, caminando con firmeza hacia el otro lado de la

habitación donde estaba la puerta.

—¡Basta ya, se acabó! —rugí, furiosa.

Ambos hombres me miraron confusos. Apreté los puños, cogiendo aire y mirando primero a uno y después

al otro.

Parecían haberse olvidado de que yo estaba ahí, limitándose a pelear por un trozo de carne como dos

leones hambrientos. La feminista que había en mí se sentía

ofuscada y ofendida.

—Ha

sido

una

halagadora

demostración

de

testosterona. Ahora, por favor, quiero ponerme a trabajar.

Sola.

Mario asintió, recogiendo su maletín y mirándome con

un suave deje de reproche en la mirada, antes de salir por

la puerta que yo acababa de abrir.

Hugo no pudo ocultar su sonrisa triunfante. Parecía un

pavo real con todas las plumas abiertas.

Se aproximó un instante, quizá para decirme algo, pero

yo le corté alzando la mano e indicándole la salida con

seguridad.

—Tú también, Hugo —dije sin vacilar.

—¿Qué? —preguntó fuera de sí.

—Necesito estar sola. Vete, por favor.

Él asintió, tragándose su orgullo y caminando muy erguido hasta la puerta, pero ni siquiera tuvo que

cruzarla

por sí mismo, ya que en ese momento uno de los alguaciles hizo su aparición.

—¡Coño, Fernández! Llevo buscándote media hora.

¿Tú qué te piensas? ¿Que estos son los jardines privados

de tu casa? ¡No puedes campar a tu antojo!

Ni él ni yo hicimos comentario alguno.

—Vamos, tienes visita.

—¿Visita? —cuestionó Hugo, tan impactado con la información como yo.

—Ya ves, debe de ser tu día de suerte, porque se han

acordado de ti. Date prisa o la morena que te está esperando se largará por donde ha venido.

Hugo sonrió, saliendo de la sala escoltado por el alguacil. Me miró solo un instante antes de perderse de vista por el pasillo.

14

Hugo me miró como si acabase de propinarle una dolorosa puñalada a la altura del corazón, su extrañamente pálido semblante pareció empeorar al tiempo que sus brillantes y oscuros ojos me enfocaban con nerviosismo.

Hacia días que no nos veíamos, pues el fin de semana

había estado de por medio y yo lo había aprovechado para

irme a mi casa. Necesitaba pensar.

Suspiré mientras continuaba metiendo algunas cosas

dentro de mi maletín, pretendiendo ignorar la presencia de

Hugo en la enfermería. Mi mente no había parado de

procesar la información que me había llegado el último

viernes en que habíamos estado juntos, en ese mismo

escenario.

«Tienes visita. Date prisa o la morena que te está esperando se largará por donde ha venido».

Nunca una frase tan corta había dado para tanto.

¿Quién sería esa mujer? ¿Quién era y qué tipo de relación tenía con Hugo? ¿Su amiga? ¿Su amante?

Las miles de posibilidades se habían arremolinado en

mi

mente

robándome

el

sueño

durante

horas,

arrancándome la calma sin piedad. Él me había dicho que

no había nadie esperándole fuera. ¿Acaso había mentido?

Y aunque así fuera, ¿por qué demonios tenía eso que

afectarme tanto?

Después de todo, yo solo era la enfermera de su módulo y, por cordial que fuera nuestra «amistad», no

pasaba de ahí. Y jamás pasaría.

Durante esos días había revoloteado a mi alrededor

una inquieta posibilidad que me atemorizaba, una

probabilidad a la que pretendía no dar cabida, por miedo.

Ni siquiera quería pensar en ello.

Hugo dio un paso al frente y se cruzó de brazos.
Mi

estómago dio un vuelco, pero seguí recogiendo.

—Veo que tienes prisa en irte. Ni siquiera es media

tarde y ya estás dejándolo todo impoluto —me increpó

con mal humor.

Respiré hondo sabiendo que el tenso pero cómodo silencio había sido roto de forma irreparable.

—Aún tengo que arreglarme, no quiero llegar tarde —

me excusé.

—Claro. Supongo que querrás ponerte guapa para tu

cita... y para él.

Giré la cara mirando la expresión ceñuda y

malhumorada de Hugo, pero no le dije nada. Era cierto.

Esa noche iba a cenar con Mario.

Me había estado llamando durante todo el sábado,

insistiendo y prometiendo planes que parecían ser

perfectos y entretenidos. Mi mente apenas le había

prestado atención, más ocupada imaginando tórridas

escenas entre Hugo y su misteriosa compañera de

pelo

oscuro en el bis a bis que habían compartido.

Al final había aceptado, pues aquello era lo mejor
y lo

más inteligente. ¿Qué sentido tenía seguir
aferrándome a

algo que en realidad jamás habías tenido?

—He decidido darle una oportunidad —expliqué,
aunque no me lo hubiese pedido.

—¿Ah sí? ¿Y por qué? ¿Vas a decirme que de
repente

le has encontrado el atractivo? ¿Así, sin más? —
cuestionó

Hugo, elevando sutilmente la voz.

—Simplemente lo he decidido así —repetí—.

Mario

no es el hombre perfecto, pero quizá ha llegado el

momento de dejar de esperar al príncipe azul y
aferrarme

a la realidad.

—Hablas como una solterona vieja y amargada, lo
cual

no eres. No tienes que agarrarte a un clavo
ardiendo como

si no hubiera más posibilidades. ¡Sigue buscando!

—Todo esto no es asunto tuyo, Hugo.

Levantó la vista mirándome con aflicción, pero no
dijo

nada. Me arrepentí de mis palabras en el preciso

momento

en el que abandonaron mis labios. Estaba tan enfadada por

algo sin sentido que ni siquiera era consciente de lo que

decía.

—Tienes razón, no soy nadie para opinar —
determinó,

yendo hacia la puerta con pasos cortos y tambaleantes.

—¿Por qué tendría que estar mal que me agarrase a ese

clavo ardiendo? ¿Qué sugieres? ¿Que siga esperando con

paciencia algo que tal vez no llegue? ¿Que siga

aguardando un imposible?

—Entonces admites que hay algo más, ¿no? —
susurró

—. Pues pelea, joder. Rendirse es lo fácil, lo
cómodo, es

de cobardes y tú no lo eres. ¡Mírate! Trabajas en
un penal.

—Cuando la guerra está perdida, no merece la
pena

seguir peleando, Hugo —murmuré, mirando al
suelo.

—Ninguna pelea está perdida mientras quede un
solo

loco dispuesto a jugarse la vida en ella —declaró
él con

solemnidad.

Se dio la vuelta dispuesto a marcharse, pero entonces,

de mi garganta brotó aquello que durante tanto rato había

querido decirle, aquello que me había dolido más que la

más dolorosa de las bofetadas.

—Mi decisión ya está tomada. Le daré a Mario esa

oportunidad en la cena de esta noche, tal y como tú se la

has dado a esa persona que vino a verte.

Hugo se dio la vuelta mirándome con un asombro que

no pudo disimular. Si pensó o tuvo la seguridad de que mi

cita con el doctor Carvajal se debía en exclusiva
al

despecho, no lo dijo. Guardó silencio y se limitó a
asentir

con la cabeza.

Alcé los ojos, viendo cómo la palidez de su rostro
se

mezclaba con un extraño sudor que le perlaba la
frente.

Demasiado calor en la enfermería, supuse.

—¿No vas a decirme nada? —pregunté, temerosa.

—Espero que lo paséis muy bien —soltó con tanta
ironía y falsedad que me pitaron los oídos.

—Nadie te ha pedido que mientas, Hugo. Te

agradecería que fueras sincero.

Él asintió, girándose hacia mí y mirándome con enfado

y dolor a partes iguales.

—Muy bien. Pues espero que resulte una cena tan aburrida e insoportable que acabes arrepintiéndote de

haber salido con el gilipollas ese durante el resto de tu

vida. Espero que la comida sea horrible, la conversación

absurda, el vino barato y a la salida os llueva encima

convirtiendo la idea de velada romántica que debéis tener

en la peor pesadilla que se te pase por la cabeza
poder

vivir. ¿Te parece lo bastante sincero o quieres
más?

Sin decir una sola palabra más, se dio la vuelta y
asió

el pomo de la puerta con brusquedad.

—¡Ah! Por cierto, la chica morena que vino a
verme es

Candela, mi hermana. ¡Aunque dudo que eso te
importe en

lo más mínimo!

Y entonces cruzó el umbral, cerrando la puerta con
un

sonoro y profundo portazo.

La tarde se me hizo larguísima hasta que llegó el momento de salir de la enfermería con el maletín, escoltada por un muy sonriente Mario, que no paraba de parlotear alegre mientras cruzábamos el largo pasillo contiguo a las celdas, rumbo a la salida.

—¿Paso a buscarte a tu casa? Será más cómodo que

volver a encontrarnos aquí, y menos desagradable, ¿no te

parece?

—¿Hum? Sí... sí, claro. Como quieras.

—He pensado que podemos ir a un tailandés del centro

y después pasear por la plaza, frente a la catedral.

Es

preciosa, ¿la has visto alguna vez? Iluminada es un espectáculo.

—Claro, claro.

Mario paró en seco, mirándome sin perder la sonrisa,

pero con un deje de temor incipiente que no se molestó en

ocultar.

—¿Existe algún motivo para que actúes como si todo te

fuera indiferente?

—Mario, yo... Verás...

Mi frase se vio interrumpida cuando uno de los alguaciles nos alcanzó por detrás, corriendo y llevándose

una mano al pecho, asfixiado.

—¡Doctora! Menos mal que no se ha ido.

—Enfermera —repetí por enésima vez, aunque ya no

sabía por qué lo hacía—. ¿Ocurre algo?

—Sea lo que sea podrá esperar a mañana, la señorita y

yo hemos acabado nuestro turno, vamos a salir. Si alguno

se ha puesto con dolor de barriga, seguro que sobrevive

—escupió Mario mordaz, ganándose una mirada

airada de

mi parte.

—Acabo de hacer la revisión de las celdas, para
apagar las luces. Fernández estaba echado en su
catre

hecho un ovillo y temblando como si lo
hubiéramos

sumergido en hielo.

Abrí los ojos de par en par, notando cómo el nudo
de

la preocupación y la desesperación se hundían en
el

interior de mi estómago.

—Parece un cuadro vírico con un poco de fiebre,
¿no

se va a morir por eso! —dijo Mario.

—Le castañetean los dientes. Está amarillo y no para

de sudar el muy condenado. Parece que le va a dar algo

—prosiguió el alguacil.

—Lléveme inmediatamente a su celda y llame a su compañero, con toda seguridad tendrán que ayudarme a

trasladarlo a la enfermería —ordené.

Seguí al encargado por el pasillo, mientras un muy molesto doctor Carvajal intentaba por todos los medios

conjuguar unas frases que yo solo oía a medias. La gris y

metálica puerta de la celda quedó abierta y yo casi me

abalancé sobre el ovillo cubierto de mantas que yacía en

el catre, temblando como un niño asustado.

—Hugo —susurré, tocando su frente. Ardía—. Hugo,

¿puedes oírme?

Sus negros ojos se abrieron, acuosos y perdidos, enfocándose con incredulidad y agradecimiento.

Acaricié sus cabellos mojados sonriéndole con ternura,

mientras oía cómo el alguacil llamaba por su *walkie-*

talkie a otro de los funcionarios. Mario me miró a

los

ojos duramente con una extraña expresión que no pude

comprender.

—Ingrésale y ya le atenderás mañana, tu turno ha acabado —ordenó con superioridad.

—No pienso moverme de aquí hasta haberle bajado la

fiebre. Lo siento, Mario, no puedo dejar solo a Hugo

estando tan enfermo.

El susodicho volvió a mirarme e intentó abrir la boca

para susurrar unas palabras que no lograron salir de su

garganta. Proseguí acariciándole, al tiempo que los pasos

del nuevo alguacil se cernían sobre nosotros.

—Tranquilo, estoy aquí, ahora mismo te pondrás

mejor. Dios, debí darme cuenta esta mañana de que

estabas enfermo. Lo siento muchísimo, Hugo. Lo siento.

Entre los dos hombres le levantaron de la cama con

máximo cuidado, guiándole hasta la enfermería, donde

me apresuré a preparar una cama con sábanas limpias y

varias mantas, al tiempo que sacaba el instrumental del

maletín.

Me disculpé con Mario a través de una mirada, pero él

tenía los ojos clavados en Hugo, que permanecía tumbado

muy débil y tembloroso, a expensas de mis cuidados.

No pude estar segura debido a mi nerviosismo, aun así,

juraría que vi una sonrisa triunfante y burlona dibujarse

durante un segundo en los resecos labios de Hugo,

dirigida a Mario con socarronería justo antes de

desmayarse por la alta temperatura.

Me pasé la mano por la frente secándome el sudor
y

ahogando un bostezo de cansancio. Había pasado
la noche

en vela, pero al percibir que la alta temperatura
del

cuerpo de Hugo había bajado, sabía que había
merecido

la pena.

Recogí los trapos húmedos que había utilizado
para

humedecerle las sienes y la cara, echándole un
último

vistazo para asegurarme, una vez más, de que
dormía

plácidamente.

El pobre había pasado una noche muy mala,
removiéndose inquieto a causa de la fiebre,
balbuceando

palabras que apenas podía entender. Incluso en
ocasiones,

hablaba de la policía, mentaba no sé qué pistola y
preguntaba por un inspector cuyo nombre no había
dicho.

Tal vez rememoraba lo que sin duda debían de
haber

sido los momentos previos a su detención.

Una vez dejó todo en su lugar volví a acercarme
hasta

su cama, sonriendo con calma. Lo peor había
pasado y

ahora solo restaba ser paciente hasta que se recuperase.

Pasé mis dedos por su semblante moreno, ni siquiera la

gripe le había palidecido esos bonitos y viriles rasgos tan

suyos. Le aparté el flequillo de la cara, le acaricié los

párpados, las mejillas cubiertas de vello, la comisura de

los labios...

—Has pasado la noche velándole, ¿verdad?

No me sorprendió en absoluto escuchar la voz de

Mario a mis espaldas, ni siquiera nos estábamos viendo,

ya que Hugo permanecía dormido detrás del biombo y yo

me encontraba junto a él. Suspiré, apartándome de su

cama y saliendo al otro lado de la enfermería.

El doctor Carvajal aún llevaba su ropa de vestir, como

yo, fruto de nuestra frustrada cita de la noche anterior.

Cuando le vi, me limité a asentir.

—Solo es un recluso más, como los otros —dijo.

—No para mí —respondí—. Le amo.

¿Qué sentido podía tener ya ocultarlo? El hecho de que

no lo reconociera en voz alta no significaba que

esos

sentimientos dejasen de existir. No sabía cuándo, cómo o

por qué había sucedido, pero esa era la verdad. Me había

enamorado de Hugo, tal vez desde el primer instante en

que le había visto, o puede que poco a poco y con el paso

de los días. No importaba, el caso es que así era. Le

quería. Le quería con todas las fuerzas que albergaba en

mi ser.

Mario me miró con una expresión que dejó absoluta y

totalmente claro lo que pensaba al respecto. Ni siquiera

necesitó decírmelo.

—Ya sé que es un locura —sonreí—, pero no me

importa. Le quiero y aunque le condenasen a treinta años,

seguiría queriéndole. Es algo que no puedo cambiar.

—Pero... si ni siquiera sabes lo que... —comenzó

torpemente Mario.

—No sé por qué está aquí, es cierto. Pero sé que es un

buen hombre. Confío en él, en su arrepentimiento, en su

buen corazón... Hugo es bueno, tierno y cariñoso,

aunque

intente esconderlo bajo esa fachada dura como la roca.

Mario clavó sus ojos en mí, vi dolor en ellos, incomprensión, e incluso puede que rabia y desconcierto.

—No me importa lo que pase —continué—. Si él me

aceptase yo... le estaré esperando al otro lado de estas

puertas. Le esperaré despierta cuando llegase a casa y

pasaría el resto de mi vida a su lado.

A estas alturas de conversación ya no me molestaba en

ocultar las lágrimas que discurrían por mi rostro
conmocionado. Estaba liberando por fin todos
aquellos

sentimientos que me había esforzado por mantener
ocultos.

—Si te aceptara dices... —comentó Mario, en un
tono

rudo y frío—. Deduzco por tanto que no le has
dicho nada

acerca de tus sentimientos.

Negué con la cabeza, enjugando mis lágrimas otra
vez.

—¿No sabes lo que siente él? —continuó—. Pues
entonces ni te molestes en decírselo. Un
presidiario de

este calibre... lo mismo le valdría la cocinera que tú.

Piensa, Sara. Ganarse tu confianza le ha dado horas fuera

de la celda, un trato más especial del que ya tenía aquí

dentro. ¿De veras crees que hay sentimientos? ¿Es que no

ves que solo buscaba sacar provecho? Quién sabe lo que

habrá hecho para hacerte creer que es amor.

—Le juzgas sin conocerle —defendí vivamente—.

¿Pero, sabes? Para que te quedes tranquilo, te diré que no

me ha puesto un solo dedo encima. ¡Ojalá lo hubiera

hecho! —lancé, fuera de mí.

Mario se limitó a negar con la cabeza, mirándome con

la boca abierta como si hubiese dicho una grandiosa

barbaridad.

—De todos modos, no creo que jamás le confiese lo

que siento —murmuré, en voz baja—. No tengo el menor

resquicio de esperanza. Aun así, supongo que

comprenderás por qué no podré volver a aceptar una

invitación tuya. Lo siento, Mario.

Carvajal levantó la cabeza, airado y molesto. Dio

un

paso atrás agarrando el picaporte de la puerta,
herido en

su orgullo de hombre y sabiéndose perdedor de
una

batalla que ni siquiera había comenzado a librar.

—Aprovecha ahora que está dormidito y suéltale
el

discurso. Quién sabe, a lo mejor vives uno de esos
momentos de romance con los que sueñan todas las
niñas

tontas como tú. Cuando despierte y veas quién es
en

realidad, te darás cuenta de lo bajo que has caído.

Se dio la vuelta y se marchó, furioso y molesto.

Suspiré cuando escuché la puerta cerrarse y
respiré

hondo, acercándome al lavabo y enjuagándome la
cara

para retirar las lágrimas que se habían quedado
adheridas

a mi rostro.

Consulté mi reloj de pulsera, comprobando que el
medicamento que le había dado a Hugo ya debía
haber

hecho su efecto.

Me acerqué al pequeño y desvencijado lavabo que
reposaba en un lado de la enfermería y dejé que el
agua

fresca mojase mi rostro. Me miré en el espejo

antiguo,

observando mi nariz, un poco enrojecida, y mis ojos

hinchados. Una imagen exterior penosa que hacía perfecto

juego con mi estado interior.

Haber abierto mi corazón de esa manera me había

hecho sentir vulnerable y perdida al mismo tiempo. Era

plenamente consciente de que debía superar mis

sentimientos, olvidarlos y dejarlos atrás. Jamás tendría el

valor suficiente para confesar lo que sentía, además de

que sabía a ciencia cierta, que no valdría de nada.

Respiré hondo, recogiendo el termómetro y algunos

antigripales del cajón, dispuesta a continuar con mi

trabajo lo mejor que pudiera y deseando de todo corazón

no haber hecho a Mario un daño irreparable.

Lo que no sabía era que detrás del biombo, dos grandes y emocionados ojos oscuros muy despiertos me

aguardaban con ansiedad, después de haber oído palabra

por palabra todo cuanto yo había dicho.

16

Crucé la sala y me impacté al ver a Hugo cuya

expresión no podía definir. Giró la cara hacia mí y me

sonrió de una forma tan intensa que casi me cegó.

—Vaya, ya estás despierto. Me alegro —comenté, sacando el termómetro de mi bolsillo—. Parece que estás

más fresco. ¿Te sientes mejor?

—Nunca he estado tan bien como ahora —me dijo.

Le sonreí, colocando el termómetro bajo su brazo y

consultando el reloj. Le miré bien. Ya no sudaba frío y sus

pupilas, negras y brillantes, enfocaban con claridad.

Coloqué mi mano en su frente.

—Parece que la calentura ha remitido.

—Yo no estaría tan seguro —añadió con malicia.

—¿Ah, no? Bueno, esperaremos la respuesta del termómetro entonces.

Me pasé la mano por la cara. Sabía que debía seguir

con la nariz hinchada y los ojos enrojecidos, dando una

pésima imagen de mí misma.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo, con sagacidad—.

¿Has estado llorando?

—¿Qué? No, claro que no —mentí—. Es que... he estado manipulando potingues y... bueno, ya

sabes, se me

suben un poco a la cabeza.

Él asintió, aunque por supuesto, no me había creído.

—Veamos esa fiebre.

Le retiré el termómetro con delicadeza, comprobando

con alivio que, aunque unas pocas décimas apuntaban una

temperatura más alta de lo normal, los peligrosos altos

grados a los que había llegado la noche anterior habían

desaparecido.

—Estás mucho mejor. Parece que los

medicamentos

son milagrosos —dije, sonriendo.

—O tus manos y tus cuidados —susurró Hugo—.

Eso

es realmente lo que ha hecho el milagro. Dime algo,

¿sabes hacer más?

—¿Más qué? —susurré, mirándole con confusión.

—Milagros —explicó él, incorporándose un poco—. —.

Dime, ¿podrías conseguir que yo saliera de aquí y viviera

una historia de amor prohibida con la mujer de mis sueños?

Se me secó la garganta y sentí un incómodo
pinchazo

de celos en el vientre, pero me obligué a sonreír,
captando

que quizá, y como casi siempre, Hugo hablaba más
en

broma que en serio.

Sus ojos permanecían enfocados en mí, mirándome
con

intensidad, aguardando una respuesta.

—Bueno... todo depende de lo que quisiera esa
mujer

—balbuceé—. Creo que aún deliras un poco por
la fiebre.

Tal vez deberías tumbarte.

—¿Podrías preguntárselo? —prosiguió insistiendo
—.

¿Podrías preguntarle si estaría dispuesta a vivir un
romance prohibido conmigo? Así yo podría saber
si debo

pedir el milagro de salir de aquí para tenerla... o
si ella

estaría dispuesta a entregarse a mí aquí. ¿Lo
harías? ¿Se

lo preguntarías?

—Claro, claro que sí, Hugo, se lo preguntaría.
Ahora

descansa, ¿de acuerdo?

Me levanté de la cama, dándole la espalda,
fingiendo

interés en recolocar las cosas en la bandeja de utensilios.

Me temblaba la mano con la que sujetaba el termómetro.

Así que eso era. Él tenía a alguien. Había otra.

—Para eso necesitaría decirte quién es ella, ¿no?

—

azuzó.

Sentí el chirriar del somier y un sudor frío me recorrió

la espalda. Hugo se encontraba con las fuerzas suficientes

para ponerse en pie, y lo había hecho.

—Debo decirte quién es ella —insistió—.

¿Quieres

saberlo?

—Todos tenemos nuestros secretos... —murmuré,
nerviosa—. No es necesario que...

—Pero es que yo quiero decírtelo. Quiero que lo
sepas.

—Hugo, no hace falta que me digas nada, yo... si
hay

alguien, si quieres que traiga a alguien a verte, lo
entiendo. Cuando quieras, hablamos y...

—Eres tú —me cortó, dejándome helada—. Tú
eres la

persona a la que quiero ver y tener cerca, tú eres
la única

que sabe hacerme sentir mejor. Tú eres la mujer de

mis

sueños. Solo tú.

Me di la vuelta mirándole. Aunque un tanto débil,
Hugo

proseguía acercándose y su mirada y sonrisa me
hicieron

temblar de pies a cabeza. Dios mío... ¿qué se hace
cuando

el ser deseado viene hacia ti, predispuesto a quién
sabe

qué? ¡Esas cosas no las enseñan en la facultad!

—He debido tomarte mal la fiebre.

—Te he escuchado antes —prosiguió—. Todo lo
que le

dijiste a Mario. Todo lo que sentías. Creo que esa

ha sido

mi mejor cura.

—¿Qué? —pregunté, llena de temor.

El miedo me inundó de la cabeza a los pies. ¿Lo
había

oído todo? Me llené de rubor y de vergüenza,
confusa y

mareada, sin saber qué hacer o qué decir.

Totalmente

perdida y sin argumentos.

—Yo... no sé de qué me estás hablando —dije con

torpeza.

Hugo negó con la cabeza, acercándose más a mí,

alzando la mano para enlazar mi cintura, ya casi

podía

rozarme.

—Sí que lo sabes —me susurró—. No me rehúyas

ahora. Has dicho cosas que me han emocionado,
nunca

antes nadie había hablado así de mí.

Negué con la cabeza, dando un paso hacia atrás y

tropezando con una de las camillas, que se me
clavó en la

espalda haciéndome un leve daño. Hugo sonrió,
divertido

quizá ante mi torpe intento de poner distancia entre
ambos.

—Quizá no me has entendido con claridad. La
fiebre a

veces aturde los sentidos —expliqué, con torpeza
y

miedo.

—¿Vas a negar que sientes algo por mí? —
preguntó

Hugo—. ¿Me vas a decir que esto no provoca nada
en ti?

Y juro que no supe cómo ni cuándo, pero antes de
que

podiera darme cuenta, había avanzado aún más, me
había

cogido de la cintura con uno de sus fuertes brazos
y estaba

rozando mi mejilla con sus tersos y cálidos labios.
Mi

mundo se tambaleó y perdí total consciencia de

todo.

Sentí su mano deslizándose por mi espalda en una caricia cadente y sutil que pretendía calmarme. Estaba a

punto de echarme a llorar. ¿Cuántas veces había imaginado eso?

—No creí tener la suerte de que te hubieras fijado en

mí —susurró Hugo, con los ojos cerrados, rozando mi

cara con sus labios—. Deseaba tanto tu contacto, tu

calor... sentirte así de cerca, en mis brazos...

—Hugo, por favor...

Callé con un suave jadeo cuando sus labios
encontraron mi cuello, besándolo con ternura y
lentitud.

Percibí el roce húmedo y caliente de su lengua y
todos mis
nervios se pusieron de punta. Casi había olvidado
quiénes
éramos y dónde estábamos.

—No me hagas esto —rogué, sin fuerzas,
temblando.

—¿Que no haga qué? —me preguntó mirándome a
los
ojos, apartando mi pelo hacia atrás con su mano
libre—.

¿No te gusta?

Me apresuré a negar con la cabeza. Sus pupilas
estaban

ennegrecidas de deseo, pero también había ternura
y

cariño. Deseé abrazarle con toda mi alma y no
soltarle

jamás.

—Despertar cada vez es más duro —dije. Habían
sido

demasiadas noches de imaginación bruscamente
cortadas,

no podría con otra desilusión.

—Sigue soñando, soñemos juntos —me dijo, muy

bajito. Quise hablar, pero me lo impidió—. Shh,
no hables

ahora, no es el mejor momento para las palabras.

Sentí su frente contra la mía, al mismo tiempo que sus

dos brazos aprisionaban mi espalda, pegándome a su duro

y fuerte cuerpo, que resultaba cálido y acogedor. Sin

querer, mis manos subieron hasta su tórax mientras su

boca, dulce y tentadora como una fruta fresca, remoloneaba en mis párpados, en mis mejillas...

—Hablaremos mañana —me dijo—, pero ahora vamos

a disfrutar de este momento.

Entonces, sus labios atraparon los míos y a pesar

de

todas esas leyendas urbanas que hablan de los
apetitos

voraces, casi bruscos, de los presos, no encontré
muestra

de ello en la boca de Hugo. Me besó con pasión,
con

anhelo y con hambre, pero no solo para saciar la
sed de un

hombre que llevaba tiempo privado del contacto
de una

mujer, sino que lo hizo con sentimiento, de forma
dulce y

cadente.

Recorrió mi boca con la suya, dejé entrar a su
lengua y

sus brazos me rodearon. Nada más existió a nuestro

alrededor. Las rejas parecieron abrirse, la distancia con el

mundo real se hizo más pequeña y las circunstancias de

ambos perdieron importancia.

Cuando me alzó en brazos, demorando sus labios en mi

cuello, supe que volvería a llevarme a la pequeña cama

de la enfermería que yo ocupaba.

Pero esta vez no dormiría sola.

17

Sonreí adormecida, sintiendo en mi cuello los

ronroneos tiernos y relajados de Hugo, que me mantenía

firmemente sujeta a él, con su brazo grande y moreno

rodeando mi cintura.

Alargué la mano y recogí del suelo la bata blanca, cubriendo con ella mi cuerpo por delante y asegurándome

una vez más de que me había bajado la falda del todo. Los

labios de Hugo atraparon el lóbulo de mi oreja, estremeciéndome

y

haciéndome

sonreír.

Él

rio

suavemente, susurrándome al oído.

—¿Te ha dado un arranque de vergüenza a estas alturas?

—Más bien, un arranque de frío —le respondí apretándome contra él.

Suspiré, mirando la puerta cerrada del despacho.

Aquel lugar que servía para mis noches de guardia, donde

tenía un pequeño escritorio, una silla desgastada, una

cama individual y poco más como mobiliario decorativo.

Aquel lugar que siempre me había resultado lúgubre y

triste. Ahora era muy diferente. El beso lo había cambiado

todo.

Tras besarnos una vez, hubo otra y luego una más... y

ya no hubo forma de parar. Hugo me había llevado de la

mano hasta el pequeño cuarto, yo había cerrado la puerta

y todo lo demás había dejado de importar.

Habíamos terminado enredados el uno en el otro,

recostados en el pequeño camastro, besándonos y tocándonos sin medida. Al final, ocurrió lo que tenía que

ocurrir: terminamos haciendo el amor ardientemente.

Jamás me había sentido de la manera en que Hugo me

hizo sentir. Nunca había sido besada, acariciada y deseada de la forma en que él lo hacía. La bonita ropa de

salir que llevaba para mi frustrada cita con Mario había

acabado desperdigada por el suelo, a excepción de la

falda, que había permanecido enrollada en mis caderas, ya

que quitármela habría sido perder un tiempo precioso.

La fogosidad de sus movimientos, de sus embestidas,

la forma en que su cuerpo y el mío habían encajado, de

manera perfecta, todavía me hacía estremecer. Hugo me

había llevado al orgasmo con una facilidad que me

sonrojaba, y no se había detenido ni se había permitido

perderse en su placer hasta que mi estado fue laxo y

saciado por completo.

No podía compararlo con ningún otro hombre, porque

aquel sexo con sentimientos de fondo, con palabras

susurradas, con risas y juegos entremezclados con el

deseo y el placer, superaba con creces cualquier otra

experiencia.

—Deseaba tanto que pasase esto... Nunca creí que fuera posible, y mucho menos aquí dentro.

Las palabras de Hugo me hicieron despertar de la ensoñación en la que había estado sumergida. Me coloqué

boca arriba, mirando embobada sus ojos castaños, grandes y brillantes y su cálida sonrisa satisfecha.

—No imaginas cuánto quería hacer esto contigo —
me

susurró, a modo de confidencia—. Desde el
primer

momento en que te vi.

—Yo también deseaba que pasase —reconocí,
acariciándole la mejilla.

—Nos estamos saltando muchas reglas, me parece
—

murmuró, mirándome con aprensión.

—No supones cuántas —admití, preocupada.

—¿Pero sabes qué? Que me importan una mierda.

Porque tú... ahora... me has hecho sentir como un
hombre

libre. Libre y feliz.

Le sonreí, cerrando los ojos cuando se inclinó sobre mí

y volvió a besarme, devorando mis labios como si aquello

fuese lo último que pudiese hacer en su vida.

—Me has hecho sentir tan bien con todos tus cuidados,

con tus atenciones... —continuó hablándome, mientras sus

besos se deslizaban por mi cuello.

—Tú me has hecho sentir viva, Hugo. Como jamás me

había sentido.

No obstante, nuestras muestras de pasión murieron

ahí,

pues sabíamos que no contábamos con demasiado tiempo

y debíamos ser discretos con nuestra recién estrenada

situación.

Nos vestimos entre miradas cómplices y caricias

fortuitas y salimos a la sala principal de la enfermería,

donde la puerta no tardó en abrirse. Era el alguacil, que

venía predispuesto a devolver a Hugo a su celda.

—Venga, principito, es hora de volver a tus aposentos

reales —le dijo, con sorna.

—Recuerde que mañana debe dejarle salir a primera

hora —insté sin perder el tiempo—. Es mi ayudante y toca

inventario.

—Como usted quiera, doctora.

—Enfermera —corregí una vez más, mirando a Hugo

—. Cuídate esa fiebre. Espero que no vuelva a importunarte.

—Pues yo espero que sí.

Tanto el alguacil como yo miramos a Hugo con incredulidad. Él me sonrió con picardía, logrando acalorarme. Poco después, mientras el encargado

abría la

puertezuela, Hugo me dedicó una mirada de lástima y

disculpa, antes de verse obligado a marcharse sin siquiera

poder decirme adiós.

Cuando me quedé sola, me dejé caer sobre la butaca,

apoyando los brazos en la mesa y suspiré. Me había

metido en problemas a lo largo de mi vida, pero el que

tenía ahora los superaba a todos con creces.

Había faltado a la primera de una larga lista de

inquebrantables normas que debía cumplir, la de

mantener

una relación de índole personal con un paciente. Y más

teniendo en cuenta que dicho paciente era un preso cuyos

delitos yo seguía sin conocer.

Sin embargo, sabía que no era una más para Hugo. No

había sido un simple desahogo, un trozo de carne en el

cual satisfacer sus necesidades masculinas. Era algo más.

Lo sabía. Lo había notado. Lo había visto en sus ojos, en

cómo me miraba mientras me hacía el amor.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al recordar los

detalles. Sus manos, grandes, morenas y varoniles aferradas a mis caderas, seduciéndome, alentándome tan

deliciosamente que apenas fui consciente de mi propio

abandono.

Su pasión, sus gemidos y jadeos, su entrega inagotable,

su cuerpo... Dios, Hugo parecía esculpido en mármol.

Estaba entrenado, como preparado para lidiar con alguna

batalla. Su pecho fornido, su vientre marcado, sus brazos

fuerzas, sus torneadas piernas, su...

Me sobresalté al ver que, sin querer, había tirado al

suelo el lapicero, diseminando todo el suelo de

bolígrafos, lápices y demás útiles de escritura.

Agitada,

me apresuré a guardarlos.

Debía ducharme, pues mi pelo, mal recogido y

húmedo, empezaba a incomodarme, aunque al recordar los

motivos de semejante estado no pude por menos que

volver a sonreír. Todo mi cuerpo olía a él, a Hugo.

Teníamos absolutamente prohibido el estar juntos.

Si

llegara a saberse, mi destino inmediato sería el despido

fulminante, mientras que Hugo, con toda probabilidad

sería acusado de haberme «acosado» o incluso forzado,

sin darle tiempo a explicarse. Acabaría en la celda de

castigo, a pan y agua quién sabe cuánto tiempo. Por no

hablar de que, seguramente, vería marchitarse su juventud

entre aquellos grises muros.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a pasar con nosotros?

¿Qué

sería de nuestra vida, de nuestra relación? Dios

mío, ¿de

verdad estaba pensando en términos de relación?
Dejando

aparte los sentimientos que había admitido sentir,
esos que

él parecía que compartía conmigo, ¿dejaba nuestra
realidad posibilidad alguna a tener una relación?
¿Y en

qué situación nos veríamos entonces?

Se vería limitada a las escasas horas que él podía
pasar junto a mí en la enfermería, y dentro de ese
periodo,

a los momentos en que estuviéramos solos.
Deberíamos

disimular en público. No acercarnos en el

comedor. No

acercarnos en los pasillos. No acercarnos en el patio. Y

eso si a mí no me cambiaban de destino.

En definitiva, vivir en una continua separación física.

Al menos, hasta que Hugo saliera de la cárcel, lo cual

podía ocurrir en unos meses, en unos años... o nunca.

Cerré los ojos, masajeándome las sienes con tristeza.

Le amaba con cada pequeña célula de mi cuerpo, con cada

pensamiento consciente, con cada inhalación de aire que

hacían mis pulmones. Y sufría por él y por su suerte. Si al

menos pudiera saber, si reuniera el valor suficiente para

preguntarle...

Pero tampoco quería hacerle sentir incómodo.

Hugo

había dejado entrever en muchas ocasiones que su

encarcelamiento era un tema casi vetado, algo de lo que

no le gustaba hablar. ¿Era alguien yo para sobrepasar su

voluntad? ¿No debía, simplemente, respetarla?

Aunque por otra parte, de saber lo ocurrido, tal vez

podría ayudarlo. Quería ayudarlo. Debía hacerlo.
Pero no

sabía cómo.

Sintiendo debilidad física y espiritual, colgué la
bata

del perchero y apagué las luces de la enfermería,
después

de coger mi bolso. Era tarde y debía volver a casa
a

descansar para coger el siguiente amanecer con
fuerza.

Entré al despacho y miré la cama deshecha con una

sonrisa nostálgica. Arreglé las mantas, que
conservaban el

calor de nuestros cuerpos y fantaseé con el hecho
de que,

quizá, con un poco de suerte y mucha fe,
podríamos volver

a compartir lecho algún día.

De momento, yo debía salir del recinto sin armar

alboroto, pasando por delante de la celda del
hombre que

amaba sin poder siquiera hacerle saber que estaba
allí.

Sin un beso de despedida, un hasta mañana o una
simple

sonrisa de apoyo a su situación.

Todos esos eran lujos que, de momento, no se
encontraban a nuestro alcance.

Sin embargo, habíamos disfrutado plenamente de

nuestro amor, yo había sido suya, su refugio. Le
había

dado mi calor y había recibido el suyo, y eso era
algo que

nadie nunca nos podría quitar.

18

Me temblaban las manos al fingir un desmesurado

interés por ordenar los frascos de jarabe, todos
con la

etiqueta hacia delante, con las fechas de caducidad
bien

visibles, poniendo los más perecederos delante y
los de

duración más prolongada detrás. A ojos de
cualquiera,

aquella tarea estaba tomando todo mi interés y no
había

nada fuera de ella que pudiera importarme.

No podía ser más falso.

Era consciente del tintineo que hacían las llaves
del

alguacil al girar dentro de la cerradura de las
esposas.

Podía sentir su respiración, así como la del otro
hombre

que lo acompañaba. Notaba el sonido inquieto de
un pie

que se removía en el suelo con nerviosismo. Y,
sobre

todo, sentía las airadas palpitaciones de mi
corazón, que

cabalgaba desesperado golpeándome las paredes
del

pecho hasta provocarme casi dolor.

—Aquí le dejo al pájaro, doctora —espetó la voz
del

alguacil, como siempre quejumbrosa y
desagradable—.

No sé qué le estará metiendo en sus horas de
colaboración

de enfermería, pero siga, porque últimamente está
de lo

más...

Las palabras murieron en su boca al ver la
expresión

de Hugo que curvó las cejas de una forma que
dejaba

claro que aquella conversación no era para nada de su agrado.

El alguacil tragó saliva ruidosamente y se puso tan tenso, que tiró las llaves al suelo cuando intentó engancharlas de la hebilla de su pantalón de uniforme.

Musitó una despedida más para sí mismo que para nadie más y emprendió la salida sin dilación.

Nada más cerrarse la puerta y escucharse los pasos del

hombre en dirección contraria, sentí la fuerza de unos

brazos potentes que me asían la cintura con

determinación.

Ahugué un grito y todo mi cuerpo se estremeció
cuando

tropecé contra el fornido cuerpo de Hugo, que
apenas tuvo

tiempo de sonreírme antes de estampar su boca
contra la

mía.

Gemí, rendida, y le envolví el cuello con los
brazos

abriendo la boca y aceptando los embates de su
lengua

que me recorría entera, de esa forma sedosa y

experimentada que me hacía arder entera de
pasión.

Le miré a los ojos, negros como la noche más oscura.

Él sonreía, provocándome unos escalofríos que me recorrieron de la cabeza a los pies. Le besé las comisuras

de la boca, el puente de la nariz, la barbilla, las mejillas

cubiertas de suave barba, e incluso, los parpados, obligándole a cerrar los ojos.

—Hola... hola... —balbuceé tontamente—.
Hola...

Hugo se echó a reír y detuvo mi escrutinio, poniendo su

fuerte mano en la nuca para hacerme parar. Me sujetó la

cabeza y volvió a besarme, mientras su duro muslo derecho se abría paso entre mis piernas, haciéndome

tambalear sobre los tacones que me había puesto.

Con una risita culpable, me sujeté de sus anchos hombros, intentando encontrar aire para respirar. Él se

entretuvo lamiéndome la barbilla.

—Me he arreglado especialmente para ti hoy y ni siquiera te has fijado.

Me abrí despacio la bata, enseñándole el vestido veraniego que había escogido para la ocasión. Me había

vestido y perfumado como si fuéramos a tener la

tan

esperada cita posterior a la gran noche. Poco importaba

que aquello tuviera que quedar en secreto, y desde luego,

no tenía el más mínimo inconveniente el hecho de que

estuviéramos encerrados en la enfermera de una prisión.

Todos esos eran detalles que Hugo y yo habíamos

decidido obviar de mutuo acuerdo. Eran pocos, muy

pocos los momentos de extrema felicidad que podíamos

permitirnos. La noche anterior habíamos hecho el amor

por primera vez, y nos habían arrancado de nuestra ensoñación cuando aún estábamos cubiertos por el sudor

del otro. De nada valía sentarnos a lamentar las circunstancias de nuestra situación.

Perder el tiempo era imperdonable y no íbamos a cometer ese error.

Hugo bajó la vista y me miró de arriba abajo despacio,

haciéndome ruborizar por lo certero de su escrutinio.

Asintió, en apariencia complacido, pero luego le quitó

toda importancia al vestido y los tacones, negó con la

cabeza y me sujetó la cara con sus dos manos,
cálidas y
ásperas.

—Preciosa —dijo, con la voz ronca—. Pero te
quiero
desnuda. Ahora.

Me reí a carcajadas y tuve que hacer alarde de
toda mi

flexibilidad para poder sujetarme a él cuando me
alzó en

sus brazos. Me subió al escritorio, apartando de un
manotazo los papeles, el lapicero y una montañita
de

carpetas, al más puro estilo hollywoodiense.

Corrió hacia la puerta y pasó la cadena por el

gozne,

cerrándola al paso. Después volvió hacia mí, me separó

las piernas sin ningún pudor y me sujetó las nalgas, empujando por la superficie desgastada de la mesa hasta

que mis piernas quedaron enredadas en su cadera.

—¿Y si viene alguien? Algún preso puede tener una

urgencia, o...

Se apresuró a negar, tanteando en mi espalda en busca

de la cremallera del vestido, palpando apresurado. Se

apretó contra mí y tuve que morderme el labio

para no

jadear al sentir la dureza de su miembro erecto
contra mí.

—No se le ocurrirá aparecer a nadie —gruñó, muy
seguro—. Les he amenazado a todos para que no
pongan
un pie aquí.

Intentando que su tono de voz no cruzara la línea
de lo

sensual a lo peligroso, por mucho que aquello me
excitara, decidí confiar en sus palabras y
entregarme al

frenesí que estaba despertándose en mi cuerpo.

Hugo dio por fin con la cremallera y se apresuró a

bajarla, recorriendo mi espalda desnuda con las
manos

mientras me frotaba deliciosamente los pechos,
empezando un martirio torturador que había estado
preso

en mi mente desde la noche anterior. Negándome a
quedarme quieta, metí las manos por dentro de su
camiseta y se la saqué por la cabeza. Le provoqué
un

gruñido de placer cuando empecé a besarle el
pecho,

acariciándome los labios con el suave vello que le
cubría

los pectorales y el vientre.

—No podía pensar en otra cosa... Ni dormir, ni

comer... Sara, no sabes cuánto te deseo. No sabes cuánto...

Seguí besándole, animada ante sus palabras, hasta que

me percaté de algo que hasta entonces no había visto.

Debajo de su ombligo y un poco ladeada hacia la derecha, Hugo tenía una marca. Una especie de cicatriz no

del todo cicatrizada con una forma redondeada un tanto

extraña. El tamaño y el grosor de la señal sobre la piel

daban la sensación de estar recubriendo algo. Algo pequeño y en forma de esfera, como si alguien

hubiese

introducido bajo la capa de piel una pieza, como una

pequeña pila de reloj.

Extrañada, deslicé mi mano sobre la herida,

presionando por inercia, y en efecto, noté algo sólido

cerca de la epidermis. Fruncí el ceño, aún más confundida

que antes. Era posible que la noche anterior, con el deseo

y la oscuridad, se me hubiera pasado por alto.

—Hugo, ¿qué es...?

Repentinamente su mano se convirtió en una tenaza, me

sujetó la muñeca y apartó mis dedos de su piel,
mirándome con seriedad, como si fuera otra
persona.

Apretó un poco mi mano, obligándome a emitir un
quejido

como protesta. Le miré impactada y transcurrieron
unos

segundos que parecieron eternos antes de que me
soltara.

—¿Qué es eso? —le pregunté, con un hilo de voz.

—No es nada —respondió de inmediato, seco—.
Solo

una cicatriz. Si te disgusta no la mires, será lo
mejor.

—No, ¿cómo puedes pensar eso? Soy enfermera,
he

visto muchas cosas, Hugo. Además, no parece curada.

Déjame que...

—¡He dicho que no! —bramó, dejándome callada —.

No la toques, ¿estamos? Ni la toques, ni la mires.

Abrí la boca, sin comprender nada de lo que estaba

pasando.

El

cariñoso

y

risueño

amante

había

desaparecido y estaba claro que ya no íbamos a compartir

un dulce interludio de amor. Hugo recogió su camiseta del

suelo y se la puso apresuradamente, metiéndosela por

dentro de los pantalones sin devolverme la mirada que yo

tenía posada en él.

—¿Se puede saber a qué viene eso? ¿Por qué me tratas

así? —Me bajé de la mesa y le tiré del brazo—. Te estoy

hablando. ¿Tiene esa marca algo que ver con el motivo de

tu detención? ¿Es eso?

—¿No puedes simplemente dejarlo estar? No quiero

hablar de eso, Sara. No voy a hablar de eso. —Me miró,

hoscó—. Y si no vamos a follar, entonces será mejor que

me ponga con el inventario de las medicinas, que es para

lo que estoy aquí.

Le miré atónita. Cogí mi bata lo más dignamente que

pude y me la puse sobre el vestido. Todavía tenía la

cremallera desabrochada, pero de ninguna manera iba a

pedirle que me la subiera. Levanté la barbilla y le miré,

altiva, aunque por dentro estaba hecha un lío y con ganas

de darle una patada en las espinillas.

—Desde luego que no vamos a hacerlo, puedes estar

seguro.

Con un asentimiento de cabeza, Hugo cargó con una de

las cajas de suministros y pasó a la trastienda de la

enfermería. Desde donde estaba podía oírle apretar los

dientes, pero no pensaba ir a consolarle, ni interesarme en

lo más mínimo por el tema.

Le di la espalda y recogí la mesa, ordenando mis pertenencias con dedos temblorosos y la cabeza burbujeante de dudas y preguntas.

Mientras tanto, Mario Carvajal cruzaba el pasillo de

máxima seguridad a una velocidad casi alarmante. Su

rostro serio quedaba surcado por claros y sombras a

medida que pasaba por las enrejadas ventanas. Sostenía

un pequeño paquete en la mano izquierda, el cuál aferraba

como si en ello le fuese toda la vida.

Miró las celdas con precisión clínica, hasta que finalmente se paró delante de una en concreto. Golpeó con

los nudillos las rejas una serie de veces, creando una

especie de sonido identificativo que fue recibido por el

preso que albergaba en su interior.

Los pesados pasos del hombre se acercaron, y un brazo

grande y velludo se dejó ver, saliendo del confinamiento

en dirección a Mario que, instintivamente, dio un paso

atrás.

Levantó el paquete para que la luz pudiera incidir en él

y lo abrió. Las botellitas de morfina destellaron con la

claridad, confiriéndoles un brillo casi etéreo. La desazón

del preso se hizo patente en cuanto captó lo que se le

mostraba.

—Este es solo el primer pago —dijo Carvajal, con voz

baja y adusta—. Tendrás toda la droga con la que puedas

colocarte, y más, cuando acabes con el trabajo.

El hombre se apresuró a coger el paquete en cuanto

Mario se lo tendió, aferrando las botellas y
sonriendo con

placer. Quiso perderse en la íntima oscuridad de
su celda,

pero Carvajal le detuvo sujetándole del brazo e
impidiéndole todo movimiento.

—Ese hijo de puta se está metiendo en mis
asuntos, no

solo me ha ridiculizado, sino que además se pasea
por ahí

disfrutando del premio como si fuera más que yo
—

escupió con rabia, más para sí mismo que para el
hombre

que escuchaba—. Nadie se burla de mí, hace
mucho

tiempo que esa etapa quedó atrás. Es hora de que se le

bajen los humos... y no le vuelvan a subir nunca más.

Mario soltó con desagrado el brazo tatuado del preso y

caminó de nuevo hacia atrás. Miró a un lado y a otro,

asegurándose de que el pasillo estaba en silencio y nadie

podía oírles. Aquel había sido un buen momento para

hacer el intercambio, cuando no había ningún otro preso

en el pasillo de castigo. No quería testigos en aquello, esa

sería una imprudencia que podría costarle muy cara.

—Recuerda —musitó, mirando hacia la celda con los

ojos entornados y medio cerrados, inyectados en rabia y

coraje—, el tal «Jefe» tiene que desaparecer. Me da igual

cómo lo hagas y el método que uses, pero tienes que

acabar con Fernández. No quiero que dentro de

veinticuatro horas siga vivo. Tendrás más recompensa por

lo especial del encargo. Sin fallos.

Recibió un gruñido como respuesta y eso pareció

bastarle. Dándose media vuelta, Mario se apresuró a abandonar el pasillo, con los labios curvados en una sonrisa satisfecha y vengativa.

19

El ambiente tétrico del pasillo le venía muy bien para su estado de ánimo. Lo único audible, aparte de sus pisadas sobre el polvoriento suelo grisáceo, era el zumbido lejano de una mosca, que volaba atontada rumbo al fognazo de la luz del techo, a sabiendas de que aquello

conllevaría su propia perdición.

Así era precisamente como se sentía Hugo en esos

momentos, como un insecto perdido que
deambulaba de un

lugar a otro, bordeando los límites de una
atracción que

con toda seguridad le llevaría a la destrucción.

Por supuesto, todo aquello había sido solo culpa
suya.

Sabía muy bien dónde se metía y los riesgos que
eso iba a

conllevar. El hecho de haber aceptado trabajar
como

voluntario en la enfermería para protegerla solo
había

sido una excusa, una forma de decirle a su subconsciente

que si hacía aquello era por una buena razón. Pero en el

fondo sabía que no era así.

Desde luego, no habría querido por nada del mundo

que algo malo le pasara a ella, pero habría habido otras

formas de mantenerla a salvo, de asegurar su bienestar,

incluso de sacarla de allí de forma inmediata, que es lo

que se había propuesto al principio, hasta el momento en

que empezó a conocerla. No obstante, le habían

bastado

solo unos días, unos instantes quizá, para darse cuenta de

que lo único que ambicionaba era estar a su lado, por

egoísta y absurdo que aquello fuera.

Rememoró los últimos días, aquellos acontecimientos

que en un principio creyó del todo imposibles. El haberle

hecho el amor, poder sentirla desnuda, pegada a su

cuerpo, beber el sudor de su piel con los labios, verla

estremecida de deleite, arqueada, temblando debajo de él,

sumisa a sus caricias más insolentes... Se había perdido,

había cometido el estúpido error de creer que habría

alguna manera, algún modo de que ese descabellado giro

de la realidad saliera bien.

No había podido estar más equivocado.

Todavía sentía el vello de la nuca erizado y la sensación de sudor frío que se había apoderado de su

cuerpo y se negaba a abandonarle. Verla tocar la cicatriz,

sentir sus manos en aquella marca de su cuerpo, en aquel

recóndito lugar que tanto ocultaba, casi había
podido con

sus nervios. Lo único que se le había ocurrido
para salir

del paso había sido tomar una actitud grosera,
brutal

incluso, para evitar que todo lo que tan
celosamente había

estado escondiendo durante los últimos meses le
estallara

en la cara.

No habría querido que las cosas fueran así, aun
cuando

solo él tenía la culpa. Había esperado, sin saber
por qué,

poder hablar con ella, explicarle... pero, ¿qué

esperanzas

tenía de que quisiera escucharle?

Ahora lo había jodido todo, sin duda. La forma en que

le había hablado, la manera en que la había tratado,

provocarían que ella le repudiara en cuanto volvieran a

encontrarse. Y aunque pudiera hablar con ella llegado el

momento, ¿qué iba a decirle? ¿Que le había mentado en

todo desde su primer encuentro? ¿Que nada había sido

real, que todo cuanto había dicho, hecho, sus formas de

comportarse y actuar, obedecían a algo que estaba por

encima de sí mismo?

Conocerla no estaba en sus planes, y dejarla formar

parte de sí mismo tampoco. Pero así estaban las cosas

ahora. Navegaban a bordo de un iceberg que empezaba a

hacer aguas por todos lados, únicamente era cuestión de

tiempo para que las razones de su estancia en esa prisión

salieran a la luz. No quería que se viera salpicada cuando

esto ocurriera, que hicieran preguntas o dieran por

hecho

que ella sabía algo. Aquello trastocaría su vida, y eso era

algo que no podía permitir.

Sabía que el haber discutido de esa manera

probablemente había sido lo mejor. Romper con aquella

locura que nunca debió comenzar era lo más sensato, pues

no quedaban esperanzas de construir nada real y sólido

cuando todo lo existente se había sustentado sobre una

mentira. Sonrió de medio lado para sí mismo, con una

mezcla de ironía y resignación. Le había valido la pena,

aunque ahora sintiera que se estaba ahogando por dentro.

El haber estado entre sus piernas aunque solo hubiera sido

una vez, el poseerla con todo su ser, bien valía el infierno

en el que pronto se iba a hundir.

Al menos caería con un recuerdo agradable en la mente.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de otro par de pasos que venía en su dirección. En

aquella parte del pasillo la luz era aún más

mortecina, por

lo que poco o nada podía vislumbrar desde donde se

encontraba. Una silueta oscura parecía atisbarse al otro

lado, ocupando todo el arco de la curva que iba hacia la

salida a los patios.

Hugo aguardó bajo la luz, inmóvil, notando cómo la

oscura mancha se iba acercando a él de forma gradual,

conformándose en una forma humana cuanto más se aproximaba. Reconoció a un hombre cuya respiración

jadeante y entrecortada era tan brusca que casi le salía

vaho de la boca. Distinguió los grandes y pesados brazos

que parecían troncos de árbol, caídos a los lados como

pesos muertos, el inexistente cuello y la chata cabeza, que

parecía haber sido golpeada hasta encajar en su lugar.

La figura se detuvo a pocos pasos de él, mostrándose

tres veces más grande y al menos cien kilos más pesada

de lo que Hugo, con todos sus músculos y anchas espaldas, podía ser.

Intercambiaron una larga mirada silenciosa, unos momentos de reconocimiento en los cuáles parecieron

estudiarse el uno al otro, o al menos, Hugo lo hacía,

porque el gigante que tenía frente parecía no estar muy

seguro de estar en el lugar adecuado en el momento

preciso. Lucía grandes ojeras bajo sus ojos vacuos que no

mostraban indicios de enfocar demasiado bien, y su

orondo cuerpo se bamboleaba adelante y atrás. Resultaba

evidente que no estaba en pleno uso de todas sus

facultades.

Sus brazos, vistos ahora bajo el foco, lucían marcas

que sin duda habían sido provocadas por pinchazos de

jeringuilla. Pareciendo notar que su interlocutor le miraba,

el hombre sacudió apenas la cabeza y centró en Hugo toda

su atención. Fernández dio un confiado paso atrás cuando

le vio alzar una de aquellas manazas y trastear entre los

pliegues de la camisa desabotonada que llevaba puesta

sobre el uniforme reglamentario de la cárcel.

Sus dedos como salchichas revolviéron hasta dar con

algo pequeño y manejable que sostuvo en su palma. Alzó

la cara y miró a Hugo con una atroz expresión de triunfo

en el semblante. Su sonrisa de dientes roídos causaba

escalofríos, no obstante, Fernández se limitó a tensar los

músculos y encararle de frente.

—Muy bien... —masculló Hugo, con la mandíbula tensa y sin casi separar los dientes—. Veamos qué es lo que tienes.

El pasillo quedó totalmente a oscuras cuando el pesado

preso emitió un gruñido y se abalanzó sobre él.

Me encontraba atrincherada en mi enfermería, dándole

vueltas a la cabeza sobre todo lo que había ocurrido

mientras revisaba la cantidad de fármacos y frascos

almacenados y los comparaba con la planilla que tenía en

las manos. La verdad, poco me importaba si la cantidad

de cajas de aspirinas etiquetadas coincidía con el historial

de suministros, pues en aquel momento toda mi

atención

estaba puesta en la puerta entornada que tenía
detrás de

mí.

Estaba tan furiosa con Hugo, ese asno arrogante,
que

esperaba de todo corazón que apareciera lo más
pronto

posible, con esa sonrisa torcida suya, dispuesto a
arreglar

aquel malentendido. Desde el punto de vista
profesional,

casi podía entender que sintiera cierto reparo, e
incluso

temor a dejarme descubrir los motivos por los que
tenía

esa dichosa cicatriz que de repente se había interpuesto

entre nosotros, como un muro invisible que no podíamos

franquear. Pero visto desde la parte de la mujer que era...

¿Acaso tendría aquello algo que ver con las

misteriosas causas de su encarcelamiento? ¿Se había

hecho aquella marca al ser detenido, por ofrecer

resistencia? ¿Quizá había atacado a alguien y había sido

su víctima la que le había marcado para defenderse?

Y en caso de que esta última hipótesis fuese la

verdadera, ¿qué podría haberle hecho a una persona que

ocasionara semejante ataque defensivo?

Un escalofrío me recorrió la espalda y sacudí la cabeza. Una cosa era que su actitud no me hubiese gustado, incluso estaba en mi derecho de sentirme molesta

por haberle oído decir que si no íbamos a hacer nada, se

pondría con el inventario. Como si la única razón que le

moviera para verme, como si el único motivo por el cual

deseaba mi compañía fuera el mero placer físico. Pero de

ahí a pensar que escondía algo malo, que había algo

oscuro y peligroso en él, no.

Conocía a Hugo, a pesar de que él se había esforzado

en lo contrario, yo sabía cómo era, que no me haría ningún

daño. Puede que mostrase esa faceta de jefe duro a todos

los demás y que tuviera atados en corto incluso a los

alguaciles. Pero a mí no me engañaba.

Me sentí repentinamente más animada, e incluso me

ruboricé un poco al pensar, soñadora, que aquella había

sido nuestra primera pelea. Con una risita propia de una

adolescente, bajé un escalón de la escalera portátil que

usaba para revisar los estantes altos y entorné los ojos.

Algo no me cuadraba en aquella parte del dispensario.

Pasé las hojas de la planilla y revisé bien la caja que

tenía delante. Faltaban al menos cuatro frascos de morfina.

Si yo los hubiera usado, el hecho habría quedado reflejado. Me bajé del todo y corrí al ordenador, pulsando

mi clave y entrando a la hoja de cálculo donde llevaba el

registro pertinente de las medicinas y los recursos usados.

Allí estaba el número total de ampolletas de morfina que

debían permanecer en el estante, no obstante, faltaban

algunas, sin razón lógica aparente.

Saqué el busca y me dispuse a llamar a Mario, el cual

llevaba todo el día ausente. Los únicos momentos en que

le había visto, su nerviosismo era patente y apenas había

cruzado unas secas palabras conmigo. No había

marcado

la extensión completa cuando un sonido
procedente del

exterior me distrajo. Acudí a la ventana desde la
que se

veía el patio y me quedé totalmente sin habla.

Las rejas estaban abiertas de par en par y al menos
una

docena y media de policías las custodiaba a ambos
lados,

formando un pasillo a través del cual entraron dos
coches

oficiales con las sirenas puestas. Las luces rojas
de

emergencia que estaban situadas tanto en la
enfermería,

como en los pasillos y demás zonas comunes
comenzaron

a parpadear y emitir pitidos agudos. Confundida,
me

acerqué a la puerta y oí los cierres metálicos de
las celdas

caer todos a la vez.

No entendía por qué se tomaba aquella medida,

pensada para que en caso de fallo de la reja o
alguna de

las puertas colindantes, todos los presos quedarán
de

inmediato custodiados, sin posibilidad de una fuga
en

masa. Vi pasar a los alguaciles a todo correr, sin
que ni

siquiera parecieran verme o reparar en mi presencia.

La puerta que daba al corredor principal se abrió y los

agentes que habían bajado de los coches entraron en

tropel por ellas. Hubo varios momentos de confusión,

gritos e insultos por parte de los reclusos, que golpeaban

sus celdas y proferían en palabras malsonantes contra

aquellos policías. Después, todo sucedió demasiado

rápido como para que yo pudiera registrarlo en su totalidad.

Inesperadamente los agentes se dividieron, tomando el

control del penal por los cuatro costados. Comenzaron a

intercambiar mensajes cifrados por sus *walkies*, aparentemente poniéndose de acuerdo en algo.

Instantes

después, cinco hombres que venían del módulo de máxima

seguridad, entraron al pasillo central. Traían a alguien que

no paraba de removerse y de gritar. Entre todos los inmovilizaron, formando un corrillo a su alrededor hasta

dejarle arrodillado entre ellos. Cuando uno de los agentes

se movió a la derecha para hablar con el que a todas luces

era su superior, pude por fin ver el rostro del retenido.

Era Mario.

Me sentí impulsada a dar un paso al frente,

trasponiendo las jambas desconchadas de la puerta de la

enfermería. Estaba de acuerdo en que Mario no era para

nada santo de mi devoción, ¿pero de qué trataba toda

aquella charada? ¿Por qué motivo estaban deteniendo al

médico de prisión como si fuera un vulgar criminal?

El alguacil que se empeñaba en llamarme doctora fue

el primero en notar mi presencia, e intentó empujarme

nuevamente dentro de la enfermería, no sé si para protegerme de un posible ataque o para que me quitara de

en medio. El caso es que le ignoré por completo y di un

paso más, dispuesta a pedirle cuentas al agente de policía

que parecía estar al mando de toda aquella alocada

situación. Abrí la boca justo al mismo tiempo que él, que

habló para alguien que al parecer, se encontraba a

mi

espalda.

—Situación bajo control, subinspector —dijo con la

voz grave—. La infiltración queda oficialmente concluida.

Buen trabajo.

Le vi sacarse una placa brillante del bolsillo y lanzarla

hábilmente por el aire, al mismo tiempo que otro de los

agentes desenfundaba una llamativa pistola plateada que

brilló bajo la luz del pasillo. Desconcertada, me di la

vuelta justo a tiempo para ver como el Jefe, Hugo

Fernández, tomaba ambos objetos y se hacía poseedor de

los mismos.

Abrí los ojos como platos, mientras él, con la mirada

parcialmente cubierta por su rebelde flequillo negro,

bajaba la vista al suelo, incapaz de mirarme a la cara.

20

—Sucedió muy rápido —carraspeó Hugo, mientras un

agente situado frente a él tomaba notas a todo correr en un

cuaderno con tapas de cuero—. Sabía que todo estaba

desbordándose. El detenido cada vez parecía tener menos

aguante, me vigilaba en exceso, empezaba a entorpecerme.

Suponía que o bien sospechaba algo o se estaba viendo

cercado. Hace unas horas, ese preso acudió a mí. La

situación había estallado y ya teníamos la prueba que

necesitábamos. Carvajal debió pensar que la adicción

sería suficiente a estas alturas, que ya estaría dominado,

pero se equivocó.

Una mujer joven y pelirroja atendía al enorme
recluso

de brazos como troncos de árbol, inyectándole un

calmante y ofreciéndole algo de beber. El hombre

temblaba como una hoja a pesar de su tamaño y no
cesaba

de excusarse y de repetir una y otra vez su versión
de los

hechos. Al mismo tiempo, otro agente etiquetaba
unos

frascos de morfina vacíos, los cuáles reconocí
como

aquellos que me habían sustraído del dispensario.

Aparté la vista de Hugo y acepté la manta que un

agente me puso sobre los hombros. Apenas me había dado

cuenta de que la noche había caído y el aire frío del patio

entraba por las puertas abiertas que daban al pasillo. Me

sostuve en la pared y respiré varias veces, temiendo

desmayarme y llamar la atención de todos. Oí

declaraciones, la confesión del preso y las acusaciones

contra Mario. Al parecer, suministraba drogas a algunos

de los internos con el objetivo de controlarlos por su

adicción. Después, conseguía que los trasladaran a

un

pabellón para enfermos, desde donde era más fácil que les

ayudara a escapar. Los utilizaba como peones de ajedrez

para robos, amenazas y un sinnúmero de delitos más que me

dejaron boquiabierta.

Ahora que le miraba, la verdad es que tenía sentido.

Mario era menudo, delgado y no demasiado alto. Sin

embargo, el hombre que había testificado parecía una

montaña en comparación. Era claro que buscaba un perfil

determinado de personas para perpetrar sus planes.

Buscaba la fuerza bruta que le faltaba, pero él era el

cerebro de todo aquello.

Sin querer, volví a mirar a Hugo, a aquel «jefe» que

había resultado no ser tal. Llevaba la placa identificativa

colgando del cuello y todo el mundo le pedía

instrucciones. Firmó muchos impresos y se interesó por

todo lo que estaba pasando en la habitación al mismo

tiempo. Alguno de los alguaciles que tanto pavor fingían

ante él, le saludaban ahora con golpes de hombros, susurros de buen trabajo y alegría por el éxito de la

misión. Me miró varias veces, pero no se atrevió a decir

nada, ni siquiera a acercarse. Lo último que vi de él, antes

de que un agente se me aproximara para que prestara

declaración, fue que iba hacia el corrillo donde mantenían

retenido a Mario.

—Doctora Gillian, ¿no es así? —me preguntó el amable agente, pasando las hojas de la libreta—. De

padre francés, supongo. Tengo entendido que trabajó usted

relativamente cerca del detenido.

—Es... enfermera —musité, sin voz—. Y sí, trabajé

con él antes de que se fuera al módulo de máxima seguridad. O pensé que trabajaba con él. Yo... ya no sé.

—Bien, cuénteme todo lo que recuerde del detenido

desde la primera vez que le vio. Con todo detalle. Por

mínimo que este sea, puede ser vital.

Conforme Sara hablaba a unos metros de distancia,

Hugo no le quitaba los ojos de encima ni un solo momento. Suspiró. Por supuesto, se esperaba aquello, no

en vano era parte del procedimiento estándar y ella había

estado tan jodidamente cerca del perímetro de Carvajal

que habría resultado una torpeza no interrogarla.

Pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

Bastante tenía con intentar por todos los medios ser él

quien se entrevistara a solas con Carvajal, no podía

impedir que sus compañeros quisieran la declaración de

una enfermera que había compartido clínica y dispensario

con él. Trataría de que Mario no comentara las sospechas

—ciertas, en todo caso— que tenía de que entre él y Sara

había pasado algo. Lo último que quería era meterla más

en aquella espiral, y menos aún, que cualquier cosa

hiciera dudar sobre la veracidad de la culpabilidad de

Carvajal.

Él ya la había perdido, lo tenía muy claro, no

albergaba si quiera esperanzas de que le permitiera

explicarse, disculparse... aunque lo intentaría.

Tenía que

conseguir que su nombre se viera relacionado solo como

algo circunstancial. Aquella situación no podía salpicar

más a Sara de lo que ya lo había hecho. Estaría dañada a

nivel emocional, pero de él dependía conseguir que en lo

profesional saliera indemne.

El asqueroso interés de Carvajal en Sara había

beneficiado la misión. Si él no hubiera querido quitarle de

en medio, todavía no tendrían las pruebas que necesitaban

para detenerle y él tendría que seguir haciéndose pasar

por un reo. Ahora todo había pasado. Esa noche dormiría

en su casa y metería a ese cabrón entre rejas. Pero no

estaba satisfecho. No existía esa sensación de paz interior

que le llenaba siempre que eliminaba a alguna rata de las

cloacas de la sociedad.

Se acercó hacia donde estaba Mario, al que habían sentado en una silla esposado a la espalda. Miraba con

desprecio a todos los policías que le custodiaban, pero

cuando su mirada tropezó con la de Hugo, su semblante

fue aún peor.

—Quiero un abogado —graznó.

Hugo volvió a suspirar, remangándose la chaqueta que

se había puesto, demorándose en contestar, sabiendo que

aquello sacaba de quicio a los detenidos.

—No me cabe duda —fue su respuesta—. Aunque yo

en tu lugar tendría mucho cuidado con lo que dices. Y con

los nombres que mencionas a quienquiera que se atreva a

defender a un caso perdido como tú. Aparte de todas las

acusaciones que tienes demostradas, podemos añadir la

falta al código profesional y la negación de auxilio,

¿recuerdas? Estuve muriéndome de fiebre y pensabas

ignorarme sin prestarme atención médica. —Se acuclilló

frente a él—. Eso añadiría unos saludables años al

balneario donde vamos a enviarte, aparte del hecho de

que dejarás de ejercer la medicina con un chasquido de

dedos.

La mirada de Carvajal dejó clara la repulsión que sentía, pero también la comprensión. Por supuesto, no

podía demostrar que entre Sara y ese falso preso había

habido algo, sería su palabra contra la de unos respetables

ciudadanos, enfermera y agente de policía, nada menos.

Giró la cara para mirar a Sara. Patética y estúpida enfermera de pueblo. Con toda esa piedad por los perros

que allí tenían encerrados, tratándoles con cariño, siendo

dulce. Y, sobre todo, prefiriendo a esa escoria de

Fernández antes que a él. Le había aceptado
creyendo

incluso que podría ser un criminal convicto de la
peor

calaña. Si pudiera, si tuviera alguna prueba que
pudiera

hundirla, hundirlos a los dos, no dudaría en usarla.
Pero

no era ningún tonto, sabía que utilizarían el
despecho para

desacreditarle, tomarían sus palabras como una
agresión y

la mierda que le rodeaba el cuello subiría aún
más.

Maldita Sara. Malditos todos.

Un tirón repentino le hizo desviar la mirada y

volverla

al frente. Ahí estaba Hugo, con las cejas juntas y la boca

apretada en una delgada línea.

—Aparta los ojos de ella —le susurró, para que el resto no los escuchara—. O estaré encantado de sacártelos.

—Tampoco es que tú vayas a poder mirarla mucho —

escupió Carvajal, repentinamente satisfecho—. Puede que

no consiga joderos a ambos, pero tu parte ya la has recibido. Jamás te perdonaré, y no sabes cuánto me

alegro.

Hugo se incorporó, en apariencia indolente, aunque un

cuchillo de hielo le atravesó las entrañas. Sabía que

aquello podía ser cierto. En esos momentos de angustia y

desilusión, incluso deseó que el caso no se hubiera

resuelto, que algún cabo estuviera suelto o que ni siquiera

hubieran logrado la confesión y posterior detención. Si al

menos la infiltración hubiera durado un poco más, si

hubiera tenido más tiempo para explicarse, para poner a

Sara sobre aviso, para contarle... Pero de nada valía ya

pensar en eso. Las cosas se habían dado así. Le tocaba

apretar los dientes y tragar, después ya se vería.

—Por lo menos yo tengo el resto de mi vida para

intentarlo —le contestó a Carvajal, girándose después a

sus compañeros—. Lleváoslo.

Mientras Mario Carvajal era custodiado a un coche

patrulla por tres agentes, escuchando unos derechos a los

que no prestaba atención, Hugo se acercó a Sara, que en

ese momento estaba libre de las preguntas de otro
de los

policías. La vio arrebujaada en una manta gris, con
el pelo

despeinado y los hermosos ojos brillantes y
confundidos.

Esperaba que al menos alguien le hubiera
explicado todo

aquello. A fin de cuentas, y por mucho que ella
hubiera

rechazado las atenciones del médico forense que
les

acompañaba, el detenido no dejaba de ser un
compañero

de profesión al que consideraba respetable.
Enterarse de

toda la verdad debía de haber sido chocante.

Se obligó a darse valor y sirvió un café caliente en un

vaso de plástico. Le pareció absurdo coger uno de los

bollos con glaseado que estaban en la bandeja, dadas las

circunstancias, pero le pareció que el líquido humeante y

reconstituyente podría ayudarla.

Aquel había sido un punto destacable de la cuadrilla

policial, el traer víveres para la dura noche que aún les

quedaba por pasar. Carraspeó y le tendió el vaso en

cuanto la tuvo delante. Ella le miró y por un instante creyó

que iba a esbozar una sonrisa. Sacó una temblorosa mano

de la manta y tomó el ofrecimiento con un movimiento de

cabeza. Hugo suspiró, deseando besar esos dedos blancos

y fríos, estrecharla contra su pecho y llevársela a casa,

donde podría consolarla sin miradas indiscretas.

—No sé ni por dónde empezar —le dijo—. Solo

necesito que comprendas... que sepas, que salvo la

situación en la que me encontraba, todo lo demás, todas

mis palabras, mis sentimientos, mis hechos, todo fue real.

No esperaba conocerte, ni que esto pasara. Al principio

solo buscaba protegerte, pero después me enamoré de ti y

decidí no evitarlo porque habría sido aún peor. Puede que

fuera egoísta y sé que te sientes engañada. Confiaste en

mí, creyéndome una persona diferente, pensando que era

un criminal... y aunque ahora te encuentras con que podría

ser más fácil quererme, yo... —suspiró, despeinándose—.

Pudiste acercarte a mí antes... ojalá pudieras hacerlo

ahora.

Bien, al menos le había escuchado y se estaba bebiendo el café en lugar de tirárselo a la cara. Aquello

era bueno... o no. Quizá Sara solo estaba buscando

tiempo para argumentar todos los motivos por los cuales

iba a exigirle que se mantuviera alejado de su vida para

siempre. El color volvió a sus mejillas conforme el calor

del café la fue llenando. Después, le miró.

—¿De qué es esa marca que tienes? La cicatriz que no

querías enseñarme.

Aquella pregunta le dejó momentáneamente en shock,

pero teniendo en cuenta lo sucedido, el hecho de que le

hablara ya era mucho. No tenía inconveniente en contarle

todo lo que quisiera saber.

—Es una baliza de seguimiento. Me la injertaron bajo

la piel para tenerme controlado en caso de emergencia —

explicó, viendo el asombro en su cara—. No podía tener

un micro ni otro tipo de protección o la coartada jamás

habría sido creíble. Me la retirarán en cuanto salga de

aquí.

Sara asintió, dejando el vaso vacío junto a una mesita.

No tenía ni idea de qué hacer. Tenía sentimientos encontrados. Se sentía tan aliviada... Hugo saldría de ahí,

era un hombre libre, limpio, no tendría que seguir preguntándose qué habría hecho para estar en prisión. Ella

misma, si quería, podía cruzar las rejas del patio y no

volver ahí jamás. Pero...

—Sara, tenemos que hablar. Por favor, permite que te

explique, que te cuente cómo surgió todo. —Dio un paso

hacia ella—. Si voy a perderte y a torturarme el resto de

mi vida con ello, al menos deja que tenga el consuelo de

saber que dije e hice todo lo que podía. Por favor.

—¿Cuándo?

Hugo exhaló un aire que ni siquiera sabía que estaba

conteniendo, tomó a Sara del codo con la mayor suavidad

que pudo, distanciándola unos pasos más del
corrillo

policial que tomaba huellas, interrogaba presos y
cogía

muestras del dispensario.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó, asombrado—.

¿Estás dispuesta a escucharme?

—Quiero hacerlo —susurró ella, agotada, rendida

hasta más allá de lo razonable—. Yo también fui
parte de

todo lo que vivimos y no puedo creer que lo
fingieras o lo

simularas, por eso quiero escuchar y entender todo
esto.

La infiltración, la culpabilidad de Mario. Si pude

darle la

oportunidad de escucharte cuando pensé que eras un
preso,

también debería dártela ahora.

Contenerse fue imposible, de modo que Hugo se
acercó

y la besó en la frente con una dulzura tal, que Sara
acabó

desarmada. Se recompuso de inmediato, mirando

alrededor, después la miró a ella. Parecía ansioso,
pero

también serio y decidido. No había tenido mucha
cercanía

ni muestras de afecto con ella en aquellos
momentos, ni

siquiera cuando ella le había mostrado comprensión. Eso,

unido a su tono de voz baja hizo pensar a Sara que algo en

esos momentos no estaba bien.

—Hasta que el caso no esté cerrado serás una testigo

importante. Pasaste mucho tiempo con Carvajal, tienes el

informe de la morfina robada y atendiste a varios de los

internos intoxicados. No puedo tener un trato personal

contigo, ni nada semejante durante ese tiempo, o podría

afectar a la investigación. Podría creerse que no

eres

parcial en tus testificaciones y eso podría usarse en

nuestra contra para la condena.

Ella asintió, comprendiendo. Por lo que había oído, los

crímenes de Mario iban no solo en contra del código

profesional al que todo médico juraba ceñirse cuando

comenzaba a ejercer, sino también contra la dignidad y el

respeto hacia las personas. Había usado a seres humanos

con problemas de adicción a las drogas para cometer

actos atroces, hundiéndolos aún más en su desesperación.

Puede que Sara estuviera ansiosa por conocer la verdad

sobre Hugo, por saberlo todo sobre él, pero de ninguna

manera haría nada que pusiera en tela de juicio la culpa

de Mario. Aquella mala práctica debía ser castigada.

Sus deseos podían esperar un poco más, se dijo,

porque no iba a permitir que nada aflojara las cuerdas que

ataban el destino que Mario Carvajal había cavado para sí

mismo.

—Entonces esperaremos hasta que el caso se cierre y

el culpable pague por lo que ha hecho —declaró—. Y

después, hablaremos.

—Sara, te aseguro que trabajaré día y noche si es preciso. No descansaré, no comeré ni viviré hasta que

todo esto se aclare en el menor tiempo posible. Espera,

por favor... espera y no cambies de opinión. Debes

creerme, debes confiar en mí incluso cuando más dudas,

yo...

—¡Subinspector! —le interrumpió una voz—. El

inspector jefe le necesita para que firme los papeles de

término del servicio y para que dé su testimonio.

—Anda, vete —le dijo Sara, esbozando una sonrisa

cansada. Qué extraño le resultaba ver a Hugo llevando

aquella placa, deambulando libre por los pasillos, pasando ante los alguaciles sin que estos se movieran.

No sabía cuánto tiempo pasaría hasta poder tenerla otra vez así de cerca, pero el primer paso para cerrar ese

caso era que él prestara declaración y finalizara la

misión

de forma oficial y por escrito. De manera que todo lo que

podía hacer era darse la vuelta y pasar a la oficina de los

alguaciles, que había sido tomada por las fuerzas del

orden. Cuando cruzó el umbral, algunos de los encargados

salieron y otros le miraron con curiosidad. Siempre

supieron que había algo de particular con ese preso, pero

ninguno podía siquiera imaginar lo que había resultado

ser.

Fernández tomó asiento ante su superior y comenzó por

el principio, justo en el momento en que Sara era escoltada fuera de la prisión, donde esperaba un coche

oficial que la acompañaría hasta su casa. No pudieron

decirse adiós.

21

Siempre era difícil volver a la vida real después de

una infiltración especialmente dura y larga. Hugo lo sabía

bien, no por nada era el agente que más veces había

trabajado de infiltrado, motivo que le había valido un

ascenso meteórico a subinspector. No tenía problema en

ausentarse de su casa y convertirse en otra persona, y

tampoco le importaba si la misión se complicaba y

resultaba más larga de lo que en un principio le habían

dicho.

Nadie le esperaba al volver, así que no tenía prisa en

cruzar su umbral y retomar las cosas tal como las había

dejado.

Hasta ese momento.

Ahora todo era diferente. Conocer a Sara había alterado su ritmo de vida y se había sorprendido a sí

mismo encontrándose tenso, nervioso y desesperado por

dar carpetazo a un caso importante al que había dedicado

muchas semanas. Solo porque, en teoría, cerrar ese asunto

le dejaría libre para poder hablar con ella, aclararle las

cosas y ver si quedaba algo que salvar después de lo

vivido.

Las primeras horas una vez estuvo fuera de Caños de

Sal se sucedieron rápido, como siempre. Presentó los

informes, firmó las declaraciones, contestó preguntas e

ingresó en la sala de cuidados de la comisaría para que le

retiraran la baliza de seguimiento y le efectuaran análisis

de distintos tipos para confirmar que su salud era adecuada después del confinamiento.

El psicólogo le hizo el test acostumbrado después de

cada infiltración y Hugo respondió de memoria a todas

aquellas cuestiones que ya se sabía. No mintió,
pero

tampoco pudo decir de verdad todo lo que sentía.
Lo

primordial era que nada obstruyera el caso, que
nada

pusiera en tela de juicio la culpabilidad de Mario
Carvajal

sujetándose

a

alguna

confraternización

inadecuada durante el operativo.

Cuando todo estuvo listo, volvió a su casa, metió

la

llave en la cerradura, abrió la puerta y dejó la maleta en

el suelo.

Hugo pasó sus primeras horas de libertad abriendo las

ventanas y subiendo las persianas de todo el apartamento,

sintiéndose agobiado al recordar la celda donde había

tenido que vivir. Se duchó con agua caliente durante cerca

de media hora y durmió. La primera noche, con la luz del

pasillo encendida, solo para recordarse que ya no estaba

en el penal, donde los horarios de los presos
habían

regido su vida, obligándole a vivir tal como ellos
lo

hacían.

Era un hombre fuerte, ya había pasado por aquello
en

otras ocasiones, pero su mente estaba demasiado
colapsada por lo que pasaría después, por lo que
pudiera

estar pensando Sara en aquellas primeras horas,
cuando

digiriera la verdad, cuando fuera consciente de
que el jefe

del que se había enamorado, era en realidad un
policía

encubierto del que apenas sabía nada.

Puede que los días en que no pudieran verse ni hablar

bastaran para hacerla sentir que nada de aquello tenía

sentido, ¿qué opciones tenía Hugo, realmente?
Solo

esperar a que Sara decidiera mantenerse firme en su idea

principal de darle opción a explicarse, solo rezar, como

nunca antes en su vida había hecho —ni siquiera cuando

esta corría peligro—, para contar con el tiempo a su

favor.

De modo que pasó su primera noche en casa mirando

el techo y fumando distraídamente dentro del dormitorio,

algo que nunca había hecho, pero que deseaba solo para

reiterarse que podía.

«Todo ha terminado», se dijo a sí mismo.

«Supéralo de

una vez.»

Se quedó dormido sin saber si se refería al caso o a su

relación con Sara.

Durante los días que siguieron, su rutina prosiguió

inalterable. Dedicaba al trabajo más horas de las

que eran

recomendable y se negó en rotundo a tomarse la baja para

descansar que sus superiores le habían propuesto. Se

acostaba tarde y pasaba gran parte de la noche relejendo

informes y asegurándose de que todas las declaraciones

de los testigos estuvieran bien sujetas. Llegó a llamar

tanto al fiscal que este terminó por amenazarle con dejarle

fuera del juicio si seguía insistiendo.

El otoño pasó y diciembre avanzó hasta su segunda quincena antes de que el caso del, ahora ex doctor, Mario

Carvajal fuera visto para sentencia y declarado culpable

por robo, estafa y tentativa de homicidio en primer grado,

debido a las ingentes cantidades de morfina y heroína sin

diluir que estaba suministrando a sus pacientes reclusos.

Además, durante la vista se descubrió que tenía otros

pequeños delitos acumulados en su haber, así como

documentos oficiales que no estaban en vigor. La

pena fue

considerable. Jamás volvería a ejercer la medicina.

Hugo dejó la chaqueta en el respaldo de la silla del

despacho y suspiró. Puso la carpeta sobre el estante y tocó

con los dedos la huella roja que el cuño había dejado al

estampar las palabras «cerrado» en la tapa. El día

anterior, Carvajal había sido llevado a prisión y ahora

podían por fin archivar todo lo relacionado con el caso.

Al fin podría volver a su vida normal, si es que algún día

lograba habituarse a no estar conferido a las normas del

penal. Volver a casa tras una infiltración duradera siempre

le costaba varias semanas de inquietud, insomnio y malestar. Nunca sabía si estaba solo, a salvo o tranquilo.

Le costaba reconciliar su casa con el lugar al que volvía,

y sabía que todavía tardaría un poco en poder hacerlo.

El ambiente en la comisaria era ya festivo. Por todas

partes se oían al mismo tiempo las felicitaciones por el

caso concluido y los planes que se tenían para las

fiestas

que se acercaban. Él, a no ser que las cosas cambiaran,

pensaba ofrecerse voluntario para cubrir algún servicio en

Navidad. Si tuviera que estar solo en su casa, dando

vueltas a la cabeza y rememorando lo perdido, temía

volverse loco.

Que se fueran de vacaciones aquellos que tenían hijos,

maridos o esposas. Los que habían ahorrado para esquiar,

volver a sus pueblos o sentar a treinta familiares a la

mesa. En cuanto a él... ¿Qué tenía él en claro?

Sara no había dado señales, él no había podido

ponerse en contacto con ella y había pasado más de un

mes desde su breve conversación en la cárcel.

Ahora todo

estaba aclarado y tal como había prometido no había

cejado en el empeño y había trabajado de sol a sol,

deslomándose y dando al caso de Carvajal prioridad

máxima para resolverlo a la mayor brevedad.

Todo había pasado, pero ya no sabía con qué iba a

encontrarse. No tenía claro qué hacer. ¿Debía

buscarla?

¿Debía esperar a que ella lo hiciera antes? ¿Darle más

tiempo o no darle ninguno? ¿Se habría enfriado ya el calor

de aquel café de máquina que ella había tomado en la

cárcel y con cuyo gusto en los labios le había dicho que

esperaría?

—¿Subinspector?

Hugo se sobresaltó y se dio la vuelta para mirar hacia

la puerta. No recordaba haberla dejado abierta, pero

también era cierto que había puesto el informe en el

estante y volvía a tenerlo en las manos, no podía confiar

en sí mismo esos días. Lo dejó y miró al agente que tenía

enfrente.

—Los presos afectados por el exceso de morfina ya

han sido trasladados a la unidad para adicciones del

penal, seguirán cumpliendo condena allí con un régimen

de seguridad alto y consideraciones por su colaboración

policial —explicó.

—Bien. Me alegro. Esperemos que puedan superarlo.

Eso era todo lo que quedaba pendiente, yo mismo archivaré los ingresos si quiere, agente. Váyase a casa y

empiece a desenredar las lucecitas del árbol.

—Muchas gracias, subinspector, pero, ¿va a seguir trabajando? ¿Tan cerca de Navidad? —Al ver que Hugo

se encogía de hombros, el joven agente le miró—. Pues

entonces debería avisar a su amiga, le está esperando

desde hace un buen rato en la salita de café.

A veces las personas tenían intuiciones, y en aquel

momento, Hugo tuvo una. Por eso no necesitó preguntar a

qué amiga se refería el agente. Salió del despacho apresuradamente y recorrió el pasillo intentando evitar

que le detuvieran con felicitaciones, palmaditas o buenos

deseos navideños. Esquivó la máquina de agua y a un par

de compañeros que charlaban en mitad del pasillo sobre

las entradas conseguidas para el último partido de la

temporada de no sé qué deporte. Abrió la puerta del *office*

y entró.

Sara estaba allí, llevaba un vestido de un gris azulón

muy favorecedor que le caía hasta las rodillas. Sus mejillas estaban enrojecidas y se retorció las manos con

nerviosismo. Cuando le miró, sonrió, pero no se acercó.

—Lo oí en las noticias. —explicó.

—Acabamos de recibir los papeles sellados por el comisario —graznó Hugo, con una voz que no parecía la

suya—. El caso ha quedado oficialmente cerrado esta

mañana a primera hora. —Se acercó lo que las rodillas

temblorosas le dejaron—. Yo... no sabía si debía llamarte

o si me mandarías a la mierda. Se alargó, ha pasado

tiempo, tenemos tanto de qué hablar, tengo tanto que

explicar...

Sara se acercó a él y le cogió la mano.

Entrelazaron

sus dedos y permanecieron en silencio durante unos

momentos oyendo solo de pasada el trasiego de la comisaría. Esta vez, cuando ella habló, lo hizo con VOZ

segura y calmada.

—He tenido mucho tiempo para pensar y para decidir.

Es cierto que debemos decirnos muchas cosas. No puedo

ni imaginarme lo que ha debido ser para ti estar encerrado

entre criminales sin haber hecho nada, sin poder contar la

verdad, dejando que creyeran lo peor de ti, el sufrir malos

modos y tratos incómodos cuando únicamente estabas ahí

para cumplir con tu deber. Para salvar vidas.

—Bueno... —Apretó su mano, temiendo que la retirara

—. No todo fue tan malo, la verdad.

—Me confesaste todo en cuanto te fue posible, y si bien me sentí engañada en un principio, ahora he comprendido que de haber sabido la verdad en su momento, probablemente te habría estorbado o lo habría echado todo a perder.

—Jamás te habría puesto en peligro de ese modo, Sara.

Nunca. Y de haber podido, aunque me rasgara por dentro,

incluso habría intentado que te trasladaran a otro lugar

para que no te vieras envuelta en nada de lo que pasó.

—Lo sé. —Con la mano que tenía libre, Sara le

acarició el brazo—. Sé que has hecho lo indecible por

protegerme, y que es la razón por la que tras dar declaración no tuve siquiera que acudir a la vista. Intento

decirte que, si bien quiero escucharte y que me cuentas

todo, creo que merecemos una oportunidad.

Hugo parpadeó varias veces, mirándola sin apenas creer lo que oía. Tenía claro que quería contarle y explicarle todo, desde por qué había aceptado la infiltración hasta todo lo que había sucedido después. Si

hacía falta le repetiría su declaración oficial, y después le

hablaría de cómo ella, con su inocencia y dulzura,
se le

había ido metiendo en la piel cada día un poco
más. Le

diría que amaba su piedad y su comprensión. Y de
ser

necesario, le suplicaría en todos los idiomas
creados por

el hombre.

—¿Estás hablando en serio?

—No mentí cuando dije que te quería —respondió
ella

—. Y soy lo bastante lista como para saber cuándo
algo

vale la pena. Siempre supe que tú la valías.

—Sara... si me aceptas ahora, te aseguro que no
habrá

manera de que te libres de mí el resto de tu vida.

—Se

atrevió a acercar su brazo libre hasta rodearla por
la

cintura—. Has hecho que me enamore de ti como
un tonto

y si tú quieres, pagarás por ello pasando el resto
de tu

vida conmigo.

Con una sonrisa, Sara acabó con la distancia que
los

separaba y se lanzó a sus brazos, dejando que la

envolviera con toda su fuerza, sintiendo por fin la
paz, la

calma y el amor que únicamente había experimentado en

su vida cuando había estado en los brazos de ese hombre.

Ahora poco le importaba cómo se habían conocido, de

qué forma había surgido su relación. ¿Acaso no eran

especiales y difíciles al mismo tiempo las vidas de todas

las parejas? Lo que contaba, lo que de verdad tenía

importancia, era que ambos estaban seguros el uno del

otro.

¿Acaso no había dicho una vez que los príncipes

no

siempre estaban en los castillos? Parecía que el
suyo se

dedicaba a un honroso servicio público, llevaba
placa y

pistola. No parecía una mala opción.

—¿Está en disposición de hacerme cumplir con
esa

sentencia, agente? —Sonrió, acariciándole la
mejilla

cubierta de vello.

—¿Qué puedo decir? Ese es mi trabajo. Después
de

todo, soy un hombre de ley.

—¿Pasarás la Navidad conmigo? —susurró Sara,

sintiendo cómo él la alzaba de las caderas,
poniéndola de

puntillas hasta que sus narices se acariciaron y sus
labios

se abrieron—. ¿Y lo que sea que venga después?

—Nada podría impedírmelo, Sara.

22

Ya sonreía cuando abrió la puerta, frotándose las
manos heladas contra las mangas de la chupa.

Caballerosamente, se hizo a un lado, dejando
entrar a una

Sara que tenía las mejillas arreboladas por el frío
de

diciembre y el pelo enredado a causa del viento.

Habían estado hablando durante horas, hasta que el guardia de seguridad nocturno llegó a comisaría y los

miró con suspicacia. Después fueron a cenar, y ahora,

estaban allí. Parecía que separarse no fuera una opción.

—Pasa, ponte cómoda. —Apartó la maleta de un puntapié y dejó las llaves sobre la encimera—, ¿quieres

café o algo?

Sara echó un vistazo alrededor, evaluando la cantidad

de desorden que se acumulaba por las esquinas. Al apreciar la maleta, todavía cerrada, alzó una ceja

con

susplicacia.

—No he tenido tiempo de hacer una limpieza a fondo.

—¿Desde que te mudaste?

A su pesar, Hugo sonrió. Tenía un par de marcos de

fotos que todavía mostraban la imagen de los modelos que

había colocado la tienda. No era un hombre de detalles,

eso era verdad.

—¿Valorando si la casa reúne las condiciones de salubridad, doctora?

—Es enfermera. —Sara hizo un gesto con la mano —.

Déjalo. Creo que sería más fácil sacarme el doctorado

que seguir explicándolo.

Con una risa que le nació del mismo centro del pecho,

Hugo se aproximó, mirándola con los ojos brillantes de un

anhelo que era idéntico al de aquella primera noche en la

enfermería de la prisión. Como un gesto aprendido, cogió

las manos de Sara entre las suyas, balanceándolas un

poco, sintiéndose torpe e inexperto porque ella no

era

como todas las demás y se jugaba mucho con cada paso

que daba.

—Ahora no hay ningún secreto entre nosotros.

—Nunca sentí que lo hubiera. Como te dije antes, no

creo que me mintieras.

—Intentaba protegerte, esa es la verdad.

—Lo sé. —De haberlo dudado, no estaría ahí con él—.

Supongo que ahora tenemos todo tipo de posibilidades,

¿no?

—Podemos ir a donde quieras y hacer cualquier cosa

que queramos, sí.

Pero aunque Hugo le sonrió, Sara supo que no todo era

tan fácil. Parecía cansado, estaba un poco pálido y había

perdido algo de peso desde la última vez que ella le había

visto. Con cariño, tiró de sus manos unidas hasta que

ambos tomaron asiento en un sofá de cuero negro que

presidía la sala de estar. Él le prestó toda atención, pero

resultó evidente que no estaba tan tranquilo como

aparentaba.

—¿Cómo es? —cuestionó ella, midiendo las palabras

con cuidado—. Hacer algo así y luego dejarlo para seguir

tu vida donde estaba.

—Sara... no tenemos que hablar de esto ahora, acabamos de reencontrarnos.

—Por eso precisamente. No más secretos, ¿recuerdas?

Quiero conocerte, conocerte de verdad.

Agobiado de pronto, Hugo soltó las manos que ambos

tenían entrelazadas y se las llevó a la cara, apartándose el

pelo de la frente y exhalando un suspiro. Desde un principio había tenido claro que deseaba dejar a Sara fuera de todo aquello, y su fracaso no había podido ser mayor.

Había

acabado

relacionada

con

el

principal

sospechoso, al tiempo que unida a él, que era el agente

infiltrado en el caso. Por más que hubiera querido, mantenerla alejada no iba a ser una opción. Lo que no

esperaba, desde luego, es que ella buscase más conexión

una vez todo hubiera terminado.

Estaba preocupada por él, le costó entenderlo, pero era

una verdad innegable cuando aquellos ojos azules le

miraban con ternura y paciencia, animándole a hablar,

pero sin forzarle a hacerlo.

Ningún gesto podría haber significado más para él.

—No es la primera vez que me infiltro —explicó,

buscando por dónde comenzar—, de hecho, suelo ofrecerme como voluntario. Tengo experiencia y soy

bastante hábil en situaciones de riesgo. Me manejo bien.

—Veo que la modestia no forma parte de tus dones.

Hugo le sonrió de medio lado, encogiéndose de hombros.

—Tienes que saber improvisar. No siempre los de arriba están ahí para sacarte del lío, suele haber desconfianzas casi siempre. Al principio de todos los protocolos, sospechan que eres un infiltrado. Tienes que

conseguir que te crean como sea. —La miró con intención

—. A veces hay que hacer cosas desagradables.

—Lo entiendo. Pero prefiero no saberlo.

Él asintió, porque prefería no contarle. Al menos no en

ese momento.

—Como te decía, no era mi primera vez. Es fácil que

me ofrezca porque no tengo familia, mujer o hijos de los

que separarme durante meses. Es duro para los

compañeros que dejan personas atrás, la concentración no

es la misma, se desesperan cuando el tiempo pasa,

necesitan contactar con ellos.

—Y eso puede poner en riesgo la misión y sus vidas.

—Exacto. —Hugo suspiró—. La vuelta a casa es difícil. Podrías pensar que se siente un gran alivio cuando

abren la celda y te dejan ponerte tu propia ropa interior,

pero lo cierto es que pasa tiempo hasta que logras ser tú

mismo otra vez.

—¿Algo así como los soldados que vuelven de la guerra?

—Algo así, sí.

Sara barrió la sala con la mirada, aquella maleta aún

hecha, las tazas amontonadas en el friegaplatos, la despensa vacía y la capa de polvo que cubría los muebles.

Hugo estaba en casa, pero no era así como se sentía.

Consternada, alargó la mano para acariciarle la sien,

sintiendo cálida la piel bajo sus dedos y cómo el efecto de

su roce calmaba el ceño fruncido que se le había instalado

en su rostro.

—¿Ha sido más duro esta vez que las anteriores?

—Hice básicamente lo mismo, trabajar a todas horas,

acostarme tarde, realizar rondas revisando cada pasillo y

bajo las camas. —Sonrió, sin mirarla—. Nunca había

sentido tanta ansiedad por acabar, tanto deseo por terminar un caso y que todo se acabara.

Hugo giró la cara para poder observar a aquella mujer

de la que se había enamorado en la peor circunstancia

posible. A su pesar, sonrió. ¿Acaso el amor pedía permiso

cuando decidía llegar? Nunca había lamentado ser el

voluntario que cogía la maleta y salía de casa sin
pesar,

sin dejar nada atrás. Pensar que esos días
estuvieran por

terminar le llenaba de una paz inmensa que no
recordaba

haber sentido nunca.

—Temía que no me esperaras —le susurró,

encogiéndose de hombros—, creo que nunca he
estado tan

asustado.

—Como si hubiera podido seguir adelante sin ti —

contestó Sara, con la mirada perdida en los ojos
de él.

—Me quisiste cuando era difícil, cuando no sabías

lo

que podía haber hecho.

—Y no me arrepiento de dejarme llevar. —

Entrelazando de nuevo los dedos, Sara le sonrió —.

Aunque no seas un príncipe y tu castillo necesite con

urgencia la mano de una mujer.

—Entonces es una suerte que estés aquí.

Dejando escapar una carcajada, Sara tomó impulso y

se acomodó sobre las caderas de Hugo, que rápidamente

la envolvió pegándola a su cuerpo, que comenzaba a

llenarse de calidez gracias a ella. Sus frentes se rozaron y

los labios de ambos se buscaron, pero el beso no llegó.

—¿Me

quieres

entonces?

—cuestionó

Hugo,

presionando la parte de piel expuesta de la espalda de

Sara con los dedos—. ¿Ahora que es más fácil?

—Le quiero, subinspector Fernández, ¡qué remedio!

—Tienes razón, no te queda más opción que quererme.

He prometido pasar la Navidad contigo.

Con un suspiro de fingida resignación, Sara volvió a

recorrer la estancia con la mirada. Habría que hacer algo

con esa maleta, se dijo. Por fortuna, el tiempo había

dejado de estar contado para ambos. Ser consciente de

ello, la hizo sonreír ampliamente.

—¿En qué estás pensando? —murmuró Hugo, besando

su barbilla para tentarla.

—En el Jefe. —Sara suspiró, dejando vagar sus recuerdos por aquellos pasillos oscuros de la prisión—.

¿Por qué ese nombre? Desde que supe la verdad, he querido preguntártelo.

—¿En serio? ¿Ahora? —Hugo se acomodó en el sofá, con ella todavía en el regazo—. En realidad no es una historia demasiado rocambolesca. Necesitaba un alias que infundiera cierto respeto tanto entre el personal como con los demás reclusos, que me diera cierto protagonismo y

me hiciera ver fuerte ante el resto.

—¿Para que te temieran? —Había tenido pruebas de

ello, desde luego—, o para que se acercaran a ti en caso

de tener algo que contar.

—Exacto. —Hugo le tocó la nariz con la punta del dedo—. Los alguaciles estaban enterados, por supuesto.

Pero debían actuar ante los demás. Si se me consideraba

un preso con cierto poder, los otros recurrirían a mí para

confesar ciertas cosas. Era cuestión de tiempo.

Así que el temblor de los encargados, los gestos

de los

reos al apartarse al paso del Jefe y todas las demás

muestras de inquieta soberanía que Hugo había dado,

tenían una clara razón de ser. Desde luego, Sara lo había

imaginado una vez estuvo al corriente de la infiltración,

pero aquellos días previos a volver a verse, a poder estar

juntos, la necesidad de saber más había hecho mella en

ella.

Se había enamorado del jefe, era cierto, necesitaba

reconciliarse con el personaje que le había mentado y

hecho nacer en ella el amor, para poder entregárselo al

hombre al que ahora era libre para querer sin ataduras ni

prohibiciones.

En su fuero interno, elevó un agradecimiento mudo a

aquel hombre de rostro hosco y mirada fría que se había

sentado ante ella en la enfermería dispuesto a recibir el

primer pinchazo contra la gripe. Sonrió. Qué lejos había

llegado con su obsesión de descubrir los misterios

que

entrañaba el Jefe.

No se arrepentía.

—¿Sara? —Hugo la sacó de sus cavilaciones—,
¿y

ahora en qué piensas?

—En que necesitas un árbol. —No era mentira, al
fin y

al cabo.

—Supongo que es plausible añadir uno a la
decoración

claramente masculina de mi piso. —Él se rascó la
barba,

pensativo—, pero sin demasiados colores.

—También habría que pensar en unas fotos algo más

personales para esos marcos.

—Me parece bien.

Sara le envolvió el cuello con los brazos, dejando que

su sonrisa iluminara el rostro del hombre con el que

acababa de decidir compartir el resto de su vida.

—Tengo muchos más detalles en la lista, lo sabes, ¿no?

—Creo que podremos ocuparnos de eso mañana, ¿no te

parece? —Una caricia a su melena bastó para sentirla

temblar entre sus brazos—. Tenemos tiempo.

—Sí, Hugo. —Estar conforme con algo nunca fue tan

sencillo—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El beso por fin se consumó, y esta vez no hubo nada

que pudiera interrumpirlo.

Agradecimientos

Dedico esta novela a mis padres y hermanos,
Samuel,

David y José Pablo, por quienes siempre intentaré
crecer

y dar lo mejor de mí misma.

Mi familia íntegra. Mis amigos, por su interés, por su

entusiasmo, por su empuje. Estaré agradecida con todos

vosotros siempre.

A todas las chicas de *El Otro Lado* y *Sensación*, que

vieron nacer esta historia cuando no era más que algo

nuestro, pequeño y privado. Con sus ánimos, su entrega,

curiosidad y cariño, han hecho posible que *El Jefe* vea la

luz convertido en un libro que, deseo, reciban sabiendo

que se llevan, todas ellas, un pedacito de mi corazón.

Gracias por aquellos momentos, esto es para

vosotras.

A todos aquellos que vayan a leer esta historia por primera vez, gracias por confiar en mí. Espero que la disfrutéis.

Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Contenido](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)

- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [Agradecimientos](#)